



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y
HUMANIDADES "ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIOCULTURAL

**LA AGROECOLOGÍA, UNA LECTURA CRÍTICA. GESTIÓN DE LA
PRODUCCIÓN AGROECOLÓGICA Y MERCADOS ALTERNATIVOS
EN TLAXCALA, MÉXICO**

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN
ANTROPOLOGÍA SOCIOCULTURAL

PRESENTA:
XICOTÉNCATL VEGA NAVARRO

DIRECTORA DE TESIS:
DRA. MARÍA LETICIA
RIVERMAR PÉREZ

COMITÉ TUTORIAL:
DRA. PAOLA VELASCO SANTOS
DRA. DENÍ RAMÍREZ LOSADA
DRA. MARÍA DE LOURDES FLORES
MORALES

Índice

Introducción	4
<i>Problema de investigación</i>	6
<i>Objetivo general</i>	8
<i>Objetivos particulares</i>	8
<i>Hipótesis</i>	8
<i>Justificación</i>	9
<i>Metodología</i>	9
<i>Estructura de la tesis</i>	11
Capítulo I. La sociedad civil en acción	14
Introducción	14
I. 1. La sociedad civil. Sus orígenes y su acepción moderna.....	17
<i>La sociedad civil en el pensamiento hegeliano</i>	17
<i>Concepción moderna de sociedad civil</i>	18
I. 2. La sociedad civil en México	21
I.3. La autonomía del Estado y del poder hegemónico ¿verdad o deseo?	23
<i>Los vínculos de UC y Campesino con organismos supra-nacionales. “La llave del financiamiento”</i>	27
Conclusiones.....	31
Capítulo II. La agroecología en México. Una lectura crítica	33
Introducción	33
II.1. “La guerra verde”. La Revolución Verde en México.....	34
<i>Las consecuencias de la Revolución Verde en la agricultura mexicana</i>	40
II.2. La agroecología. Una alternativa a las políticas agrícolas dominantes.....	41
<i>La agroecología, una respuesta a la Revolución Verde</i>	41
<i>La agroecología ante las reformas estructurales de corte neoliberal</i>	43
II.3. Principios y propuestas de la agroecología.....	46
II.4. Una lectura crítica de la agroecología	50
<i>Recuperación de la soberanía alimentaria y de la sustentabilidad</i>	51
<i>La alianza entre productores y consumidores</i>	52
<i>“El valor agregado”. Comercio justo y comercialización</i>	54
<i>Al rescate de la cultura y las identidades</i>	56
Conclusiones.....	58
Capítulo III: Gestión de la producción agroecológica en Tlaxcala. El caso de UC	60
Introducción	60
III.1. La agroecología en el estado de Tlaxcala.....	61
III. 2 Los mercados alternativos. Origen y desarrollo.....	65

<i>Los mercados agroecológicos en México</i>	68
<i>Los mercados agroecológicos en Tlaxcala</i>	71
III. 3 Los mercados alternativos de Tlaxcala y Apizaco y la tienda de productos orgánicos y agroecológicos “De mi rancho a tu casa”	74
<i>El mercado alternativo de Apizaco</i>	74
<i>El Mercado Alternativo de Tlaxcala</i>	76
<i>El papel del intermediarismo en la comercialización de la producción agroecológica. El caso de la tienda de productos orgánicos y agroecológicos “De mi rancho a tu casa”</i>	80
III. 4 La gestión de los mercados alternativos y conflictos	82
<i>¿Quiénes son los gestores?</i>	82
<i>Conflictos en la organización del MAA</i>	85
<i>Conflictos en la organización del MAT</i>	86
Conclusiones.....	88
Capítulo IV: Agroecología, ¿una vuelta de tuerca más en la exclusión?	90
Introducción	90
IV.1 La vanguardia en la agroecología	91
<i>La diversificación de recursos y la producción agroecológica. Una propuesta de análisis</i>	93
IV. 2 Entendiendo la diferencia dentro de la diferencia	97
<i>“A los inversionistas hay que hablarles con números, con datos”</i>	98
<i>“La llave de la financiación”</i>	102
Conclusiones.....	105
Conclusiones	108
Bibliografía	114

Introducción

En el verano de 2018, gracias a la intermediación de la Doctora Laura Collin y del doctorante David Monachon, hice una estancia de campo con la organización agroecológica Unión Campesina (UC), gestiona y certifica la producción y comercialización agroecológica de pequeños productores del estado de Tlaxcala. UC tiene como propósito brindar asesorías técnicas, certificaciones y mercados alternos a pequeños productores que han sido excluidos de los mercados nacionales y obligados a abandonar sus parcelas y a dedicarse a otras actividades para subsistir. La labor de certificación que UC realiza se enmarca en el artículo 24 de la Ley de Protección Orgánica, que reserva el acceso a la certificación participativa a pequeños productores.

La ruta que sigue un productor para certificar su producción es establecida por los Sistemas Participativos de Garantía (SPG)¹. El proceso de certificación se inicia con la solicitud de una certificación al comité técnico de UC, que realiza, mínimo, tres visitas a las parcelas del solicitante con el objetivo de comprobar que sigan las recomendaciones establecidas. En cada una de las visitas se otorga una calificación con base en un sistema que usa la analogía de un semáforo, proceso que normalmente lleva un año. Quienes realizan la certificación se jactan de que no es intrusiva ni impositiva. A su decir, en tanto la certificación es totalmente voluntaria y se hace paulatinamente, no cambia los hábitos de los productores de manera súbita. A esta ventaja agregan su bajo costo para los productores, quienes solo pagan la gasolina del vehículo que transporta a los miembros del comité técnico durante sus visitas al terreno a certificar.

¹ Los “Sistemas Participativos de Garantía” (SPG) surgieron en Francia en los años 80 como respuesta a las certificaciones de tercera parte de la producción ecológica, impuestas por legislaciones o iniciativas privadas de grandes comercializadoras. Los SPG fueron concebidos por actores locales y consumidores de productos ecológicos que no tenían control de las medidas establecidas por las certificaciones de tercera parte (Nature et Progrès, 2009). Su objetivo principal es dar “[...] respuesta a los pequeños y medianos productores que desean comercializar su producción en el mercado interno y que optan por no entrar (o no pueden por limitaciones socioeconómicas y territoriales) en la dinámica exportadora de sus países. Por eso la mayoría se desarrollan, inicialmente, en los países denominados del “Sur”.” (Torremocha, 2011: 15).

Tuve la oportunidad de observar los numerosos escollos burocráticos que conllevan las certificaciones. Resalta la cantidad de formatos que están obligados a llenar durante el proceso de certificación, muchos de los que revisé no habían sido completados correctamente o estaban incompletos. La primera explicación que se me vino a la cabeza fue que, probablemente, una buena parte de estos productores son analfabetas o analfabetas funcionales. Entonces me pregunté por qué los miembros de UC más avezados en la lecto-escritura no se hacían cargo de esta tarea para agilizar la certificación. Compartí mi preocupación con algunos miembros de la organización, quienes me comentaron que ellos también habían observado este problema y que el comité técnico había planteado que una probable solución era reformular los formatos o desaparecerlos. También noté que en algunos expedientes estos formatos no aparecían, lo que me hablaba de negligencia por parte de los encargados de mantener al día los expedientes de los agremiados.

El resultado de esta experiencia de campo fue un documento de desarrollo de soluciones que elaboré para la asociación y que, posteriormente, se convirtió en un artículo con el que fui evaluado en la asignatura Estudio de Caso. Con base en estos documentos redacté el protocolo de investigación con el que me postulé al programa de Maestría en Antropología Sociocultural (MASC).

Aunque, como veremos más adelante, mi problema de investigación sufrió modificaciones sustanciales a lo largo de mis estudios de Maestría, consideré que debía aprovechar los contactos que tenía en Tlaxcala para llevar a cabo mi investigación. Realicé trabajo de campo en el municipio de Hueyotlipan, donde se ubican las oficinas de Campesino y lugar de origen de una parte importante de los afiliados a esa organización. Este municipio

se localiza en el noroeste del estado de Tlaxcala, a 39 kilómetros de la ciudad capital (ver mapas 1 y 2).



(Mapa 1)



(Mapa 2)

Problema de investigación

En un primer momento me propuse estudiar el accionar de organizaciones de productores agroecológicos a partir del análisis del papel que los Sistemas Participativos de Garantía han jugado en la gestión de la producción y comercialización agroecológica en el estado de Tlaxcala. Mi interés central se desplegaba en dos objetivos: por un lado, analizar las formas como los productores asociados a UC hacen compatible la producción agroecológica con la producción no agroecológica. Por otro lado, indagar los problemas con los que se enfrentan estos productores para cumplir con las normas y reglamentos requeridos por las organizaciones agroecológicas de productores y comercializadores.

A la luz de las lecturas y discusiones realizadas en el Seminario de Investigación del Plan de Estudios de la MASC, de la revisión del concepto de sociedad civil y de la perspectiva de la antropología crítica, cambié mi perspectiva de análisis. Entonces me planteé indagar sobre

las desigualdades de clase y las relaciones de poder presentes en las organizaciones agroecológicas Unión Campesina y Campesino.

Parto de la idea de que estas organizaciones surgieron como respuesta a las reformas estructurales de la década de los 80, que tuvieron graves consecuencias para el sector agrícola en el mundo entero. En México, estas reformas se expresaron en la apertura de los mercados agrícolas, la disminución o reducción de aranceles, la liberación de los precios de garantía de alimentos básicos, el desmantelamiento de subsidios y créditos de agencias gubernamentales y la reorientación de políticas alimentarias centradas en mercados domésticos hacia una producción de materias primas para la exportación. Dichas políticas golpearon severamente a pequeños y medianos productores que enfrentaron grandes limitaciones o la imposibilidad de insertarse en las cadenas dominantes de comercialización (Otero, 2013; Rubio, 2008; Fitting, 2006; Otero y Bartra, 1988).

En este escenario surgieron organizaciones de la sociedad civil ligadas a los Sistemas Participativos de Garantía, que propusieron un discurso enfocado a la producción agroecológica y orgánica como respuesta a la Revolución Verde. A decir de Appendini (1992: 260), estas organizaciones, que se precian de ser autónomas, parecían haberse convertido en los nuevos interlocutores de los campesinos en sus negociaciones con el Estado, lo que dio lugar a nuevas formas de gestión en la ejecución de la política agropecuaria a través de posturas más contestatarias que propositivas.

Unión Campesina y Campesino son unas de esas organizaciones. UC parte de la premisa de que la producción agroecológica y orgánica permitirá a pequeños y medianos productores rurales enfrentar la exclusión y competir en nuevos nichos de mercado, en los que prevalece el comercio justo y se favorece la adopción de “hábitos más amables con el medio ambiente” por parte de los consumidores.

Objetivo general

Investigar los procesos de exclusión y las desigualdades al interior de organizaciones agroecológicas de productores y comercializadores del estado de Tlaxcala.

Objetivos particulares

- 1- Ubicar a las organizaciones agroecológicas como parte de la sociedad civil.
2. Hacer una lectura crítica de la propuesta agroecológica y documentar el contexto histórico y estructural, tanto mundial como mexicano, en el que resurge esta propuesta.
3. Analizar los conflictos y desigualdades que subyacen a las organizaciones de productores agroecológicos y a sus canales de comercialización.
- 4- Analizar las desigualdades y exclusiones al interior de organizaciones de productores agroecológicos.

Hipótesis

Organizaciones de la sociedad civil como Unión Campesina se han erigido como garantes de los buenos hábitos alimenticios y de la preservación de la naturaleza, las identidades y los saberes ancestrales. Enarbolando este discurso, estas organizaciones han planteado que los pequeños y medianos productores agrícolas pueden resistir los embates de las políticas neoliberales en el campo mexicano y operar al margen del sistema dominante. A treinta años de trabajo de estas organizaciones en México pareciera que estos objetivos no se han cumplido, particularmente, la posibilidad de conducirse fuera de las reglas del sistema dominante y la erradicación de las desigualdades.

Justificación

En medio de la devastación económica y social causada por la puesta en marcha de políticas neoliberales, organizaciones de la sociedad civil han intentado enfrentar los estragos que estas políticas han dejado entre pequeños y medianos productores agrícolas. Una de las vías utilizadas en las últimas décadas por estas organizaciones ha sido “la producción de alimentos orgánicos, saludables y justos socialmente” y su comercialización en canales alternos a los dominantes. Estas organizaciones plantean la posibilidad de una alianza entre consumidores y productores como una forma de resistencia al neoliberalismo.

A contracorriente de esta perspectiva, en esta investigación me propuse analizar desde la antropología crítica las desigualdades de clase y las relaciones de poder que subyacen a estas organizaciones. Considero que mi propuesta abrirá nuevos canales de reflexión sobre el tema de estudio desde la antropología crítica y abonará a la reflexión sobre el campesinado -sujeto privilegiado de la antropología mexicana- y del papel que las organizaciones de la llamada sociedad civil han jugado en la gestión de estas poblaciones en el contexto del neoliberalismo.

Metodología

Antes que nada, considero importante aclarar que Unión Campesina y Campesino son mis unidades de análisis, no mi objetivo de investigación. Parafraseando a Mintz (2017: 128), puedo decir que no pretendo estudiar a UC y Campesino como realidades sociales y culturales en un tiempo o espacio determinados, mi interés fundamental es dar cuenta de los procesos de desigualdad y exclusión que se dan al interior de este tipo de organizaciones. Por ello, en acuerdo con Wolf (2001), considero necesario ir más allá del presente etnográfico para situar mi estudio en el tiempo y examinar los procesos que apuntalan y moldean los sucesos históricos. Estos sucesos pueden visualizarse a partir del momento en que están ausentes o

incipientes, hasta que se vuelven extensos y generales. Es solo entonces cuando se pueden hacer preguntas sobre la causalidad próxima y de las circunstancias, así como acerca de las fuerzas que impulsan estos procesos hasta su culminación o deterioro (Wolf, 2001: 24). A esta propuesta metodológica Roseberry (2014) la denomina “etnografía histórica”.

En acuerdo con Roseberry (1989: 7), considero que, junto con el análisis de procesos estructurales e históricos, también deben ser tomados en cuenta los significados culturales que son importantes para los actores políticos y sociales en tanto forman parte de las interpretaciones preexistentes de otros individuos y de uno mismo. En este sentido, Roseberry (1989) plantea que se debe prestar atención a la diferenciación cultural y las desigualdades sociales y políticas que moldean las interpretaciones que se pueden dar en la formación histórica de sujetos antropológicos dentro de procesos de desarrollo desigual.

El concepto de “significados culturales” (Roseberry, 1989) me permitirá identificar el discurso de la producción agroecológica como una forma de resistir a la “producción homogeneizante” entre los miembros y líderes de UC y Campesino. Esta propuesta es de gran utilidad para el entendimiento de los discursos y las prácticas tanto de los productores ligados a ese tipo de organizaciones como de los consumidores de productos agroecológicos, quienes han acuñado el discurso de “los saberes ancestrales” de poblaciones campesinas de origen indígena o indígenas y del respeto a la naturaleza es central. La propuesta de Narotzky y Smith (2006) de las “narraciones matizadas” de las personas entrevistadas fue fundamental para contextualizar el material recopilado en campo.

Por otro lado, considero que el trabajo etnográfico es idóneo para responder al problema de investigación que me he planteado. Durante mi trabajo de campo entrevisté productores afiliados UC y Campesino en el estado de Tlaxcala, especialmente en el municipio de Hueyotlipan. También entrevisté a vendedores y clientes de los mercados alternativos de Apizaco y Tlaxcala, donde se comercializa la producción agroecológica. Finalmente, atendí las

reuniones y asambleas de UC y Campesino con los líderes y promotores (tanto nacionales como extranjeros) de estas organizaciones con el objetivo de conocer los conflictos que subyacen a estas organizaciones.

Las técnicas de investigación que usé en trabajo de campo fueron las siguientes:

1. Entrevistas cerradas a afiliados a UC y Campesino, clientes de los mercados alternativos y líderes de estas organizaciones con la finalidad de hacer un perfil de estos sujetos y de conocer sus experiencias con estas organizaciones.
2. Observación participante en las reuniones de UC, en los mercados y en las parcelas con el objetivo de observar conflictos y la forma como se dirimen.
3. Diario de campo en el que llevé un registro de mis observaciones, reflexiones sobre mis hallazgos y mi experiencia en campo.

Estructura de la tesis

Esta tesis está conformada por cuatro capítulos. En el Capítulo I. “La sociedad civil en acción”, reviso el concepto de sociedad civil desde sus orígenes en Hegel hasta su significado actual. En este último momento, aunque la llamada sociedad civil se constituye como independiente del Estado, ha devenido en interlocutor de los campesinos en sus negociaciones con el Estado. Además, más que erigirse contra el mercado dominante se articula con él. En el primer apartado reviso los orígenes de la idea de sociedad civil, que pueden rastrearse en el siglo XIX y analizo su significado contemporáneo. En un segundo apartado documentó la emergencia de la sociedad civil en México. Finalmente, en el tercer apartado, a partir de los casos de organizaciones agroecológicas del estado de Tlaxcala, reflexiono críticamente sobre uno de los principios fundamentales de la sociedad civil: su autonomía del Estado y del poder dominante.

En el Capítulo II, “La agroecología en México. Una lectura crítica”, reviso los principios de la propuesta agroecológica en el marco del discurso “del buen vivir”, abanderado

por grupos de la sociedad civil. Asimismo, documento los antecedentes, circunstancias y transformaciones que precedieron al resurgimiento de la agroecología en los años 70 como respuesta a los efectos de la Revolución Verde. En el primer apartado documento las características de la Revolución Verde en México y examino su impacto en la pequeña producción agrícola. En el segundo analizo a la agroecología como una alternativa a las políticas agrícolas dominantes, tanto la Revolución Verde como el neoliberalismo. Finalmente, en el tercero reviso críticamente los principios y propuestas de la agroecología.

En el Capítulo III, “Gestión de la producción agroecológica en Tlaxcala. El caso de UC”, examino el origen y desarrollo de los mercados alternativos con el objetivo de hacer una lectura crítica de los principios que mueven a esta propuesta y develar los conflictos y desigualdades que subyacen a las organizaciones de productores agroecológicos y a sus canales de comercialización. En el primer apartado examino las características de la agroecología en el estado de Tlaxcala. En el segundo documento los orígenes y desarrollo de los mercados alternativos, tanto en diversas partes del mundo como en México, específicamente, en Tlaxcala. En el tercer apartado describo el funcionamiento de los mercados alternativos de Tlaxcala y Apizaco y de una tienda de productos orgánicos y agroecológicos. Finalmente, en el cuarto apartado analizo los conflictos en esos espacios de comercialización.

El objetivo del Capítulo IV, “Agroecología, ¿una vuelta de tuerca más en la exclusión?”, es analizar, con base en información obtenida en campo, los mecanismos y procesos de exclusión dentro del grupo de productores agroecológicos. En el primer apartado, a partir de una tipología de productores agroecológicos, examino las condiciones que posibilitan que para algunos miembros de UC la producción agroecológica sea su actividad principal y para otros solo una actividad más. En el segundo, con el objetivo de develar los procesos de exclusión al interior de esta organización, analizo los criterios considerados para seleccionar a los productores que participaron en el Proyecto Pilotaje de Indicadores

Agroecológicos. Asimismo, en el afán de develar la exclusión entre los productores, examino qué condiciones permiten el uso de fuerza de trabajo asalariada.

Capítulo I. La sociedad civil en acción

Introducción

Hace 30 años Appendini (1992: 260) anotó que las organizaciones de la llamada sociedad civil -que se precian de ser independientes del Estado y del mercado- se habían convertido en los nuevos interlocutores de los campesinos en sus negociaciones con el Estado, lo que dio lugar a nuevas “formas de gestión en la ejecución de la política agropecuaria a través de posturas más contestatarias que propositivas”. La emergencia de estas organizaciones en México se observa a mediados de los años 80, cuando se ponen en marcha políticas neoliberales en el campo mexicano que expresan el paso del proyecto de hegemonía expansiva a una hegemonía selectiva (Smith, 2011).

Smith (2011: 4) sugiere que la tensión entre *tecno* (economía) y *demos* (sociedad) es resuelta por los bloques dominantes a través de una variedad de proyectos hegemónicos que fueron generalmente expansivos. Después de la Segunda Guerra Mundial, algunos Estados persiguieron una agenda ampliamente corporativista en búsqueda de la mejora de la productividad y la reducción del conflicto a través de la alianza con líderes clave (del capital y del trabajo) y las clases políticas regionales y étnicas. Esos regímenes funcionaban mediante la hegemonía expansiva. Entonces, la solución para la tensión entre *demos* y *tecno* fue la distribución del bien social entre la población (Smith, 2011: 17). Con la puesta en marcha del neoliberalismo se observa el tránsito a una hegemonía selectiva que restringe el campo de negociaciones políticas a participantes selectos (p. ej. organizaciones no gubernamentales o de la sociedad civil), es decir, hay una esfera de acción más allá de la cual no hay negociación posible de tales políticas (Smith, 2011: 4).

Por su parte, Zamora (2010: 203) plantea que las organizaciones de la sociedad civil han pretendido cubrir el vacío dejado por el retiro del Estado y convertirse en mediadoras entre las agencias internacionales y las comunidades receptoras mediante el “[...] desarrollo de

habilidades a través de talleres de capacitación y transferencia de tecnología para impulsar a los beneficiarios hacia nuevos nichos laborales [y de mercado] donde se convertirían en pequeños “empresarios”. Los proyectos de desarrollo para comunidades rurales de estas organizaciones, dice la autora, apelan a tres preceptos centrales: colectivismo, igualdad y emprendedurismo. “Los intentos de revertir la pobreza y el deterioro ambiental mediante el desarrollo sustentable se han convertido en una “estrategia alternativa” para generar relaciones clientelares y de mercado entre los organismos promotores de desarrollo y los sujetos receptores” (Zamora, 2010: 224).

En esta misma perspectiva crítica, Fraser (2020), en su análisis sobre la forma como opera el capitalismo en espacios que pareciera están fuera del sistema a los que denomina “los talleres ocultos del capital”, entre los que se encuentran la sociedad, la política y la naturaleza, señala que,

[...] sería erróneo interpretar románticamente la sociedad, la organización política y la naturaleza, como algo situado «fuera» del capitalismo e inherentemente opuesto a él. Ese punto de vista romántico lo sostienen en la actualidad muchos pensadores anticapitalistas y activistas de izquierda, incluidos feministas culturales, ecologistas partidarios de la ecología profunda y neoanarquistas, así como otros muchos partidarios de las economías «plurales», «poscrecimiento», «solidarias» y «populares». Estas corrientes tratan demasiado a menudo el «cuidado», la «naturaleza», la «acción directa» o la «producción y gestión de bienes comunes» como elementos intrínsecamente anticapitalistas. Pasan por alto, en consecuencia, el hecho de que sus prácticas predilectas no solo son fuentes de crítica sino también parte integrante del orden capitalista (Fraser, 2020: 30).

De manera similar se expresan Comaroff y Comaroff (2001), quienes señalan que las organizaciones de la sociedad civil o del “tercer sector”, son articulaciones y manifestaciones del Estado, cuyo fin es organizar y controlar la productividad, es decir, estas organizaciones son una nueva forma de expresión del Estado.

En sintonía con estos planteamientos, Collin y Molina (2009: s/p) plantean en su investigación sobre organizaciones de la sociedad civil en el estado de Tlaxcala que, no obstante las acciones para lograr el desarrollo en comunidades rurales han tenido efectos limitados, han rendido frutos en otros ámbitos, fundamentalmente en el de la política. Estas organizaciones además de realizar acciones ecológicas, de gestoría social, promoción cultural y de generar empleo para sus afiliados, se han convertido en un poderoso trampolín político. En este último sentido, los autores (Collin y Molina, 2009: s/p) afirman que la política constituye un objetivo y una práctica de las organizaciones de la sociedad civil que expresa la destrucción del modelo de diferenciación entre la sociedad civil y el Estado mediante la fusión de niveles. Al respecto, los autores se preguntan

[...] si tal fusión mantiene la identidad de las OSC como autónomas, críticas y propositivas o si constituyen nuevas modalidades de acción política por fuera de los partidos. Finalmente, es necesario reconocer que las OSC constituyen un “amortiguador” entre la esfera política y la esfera social, en el contexto de las crecientes diferencias socioeconómicas. En el análisis de las organizaciones de la Sociedad Civil en Tlaxcala, se observa que una minoría, generalmente las constituidas antes de los 90, [...] se constituyen u operan como *intermediarios o gestores ante y de* las dependencias gubernamentales, asimismo se observa una tendencia a transitar de la esfera autónoma de la sociedad civil y los proyectos sociales a la esfera de la política. (Collin y Molina, 2009: s/p).

Desde esta perspectiva crítica, en este capítulo reflexiono sobre el concepto de sociedad civil. En el primer apartado reviso los orígenes de la idea de sociedad civil que pueden rastrearse en el siglo XIX y, de manera concreta, en el pensamiento de Hegel. Asimismo, analizo su significado contemporáneo como un espacio de negociación de los ciudadanos frente al Estado neoliberal. En esta última acepción la sociedad civil queda reducida, en buena medida, a organizaciones no gubernamentales (ONG). En un segundo apartado, documento la emergencia de la sociedad civil en México. Finalmente, en el tercer apartado, a partir de los

casos de organizaciones agroecológicas del estado de Tlaxcala, reflexiono críticamente sobre uno de los principios fundamentales de la sociedad civil: su autonomía del Estado y del poder dominante.

I. 1. La sociedad civil. Sus orígenes y su acepción moderna

La sociedad civil en el pensamiento hegeliano

La idea hegeliana de sociedad civil supera el discurso contemporáneo que la reduce a las ONG, por ello la propuesta de Hegel es útil para develar las contradicciones de ese discurso. En sus apuntes sobre sociedad civil, Hegel (1987) sienta las bases para el entendimiento de esta noción, que el filósofo relaciona con el Estado, la familia, la moralidad y la ética protestantes, la policía y la corporación, los sistemas de necesidades y la satisfacción del individuo. Hegel reflexiona sobre la sociedad civil en medio de la lucha a principios del siglo XIX por la unidad alemana contra Austria en pos de erigir el Estado Prusiano como unificador de las pequeñas repúblicas alemanas, tiempo difícil y de transición en Europa. En ese contexto, Hegel (1987: 173, 174) concibe a la sociedad civil como un sistema de estado de la necesidad y del entendimiento, de las necesidades de los individuos y su papel como “personas privadas”, como un espacio por antonomasia de lo privado, de lo individual *versus* lo público, que es propio del Estado, y la entiende accionando en tres espacios (Hegel, 1987: 177):

[...] A) la mediación de la necesidad y la satisfacción del individuo con su trabajo y con el trabajo y la satisfacción de las necesidades de *todos los demás*, constituyen *el sistema de las necesidades*. B) La realidad de lo universal aquí contenida, de la libertad y la defensa de la propiedad mediante la administración de la justicia. C) La prevención contra la accidentalidad que subsiste en los sistemas y el cuidado de los intereses particulares en cuanto *cosa común* por medio de la *policía* y la *corporación*. (Cursivas en el original).

Hegel (1987: 201, 202, 205, 206) anota que la sociedad civil tiene un carácter de “familia universal” que le da la capacidad, el derecho y la obligación de vigilar aquello que destruye la seguridad y la subsistencia de la familia. La sociedad civil también se ocupa del progreso de la población y de la industria, de la defensa y la garantía de fines e intereses particulares que constituye la determinación de la corporación. La corporación es la segunda raíz de la ética del Estado ahondada en la sociedad civil después de la familia, garantiza que el poder público provea los intereses particulares y que vele por ellos como una “segunda familia” (Hegel, 1987: 206, 208).

Hegel (1987: 206) plantea que quizás algunos sectores sociales -como “la clase *campesina*”, la “clase *general*”- no estén conformes con los postulados de la sociedad civil, sin embargo, se ven imposibilitados de actuar en discordancia, por lo que tienen que seguir los intereses de la corporación correspondiente. De esta afirmación puede colegirse que la sociedad civil constituye una experiencia de la burguesía, mientras que el resto de la sociedad la experimenta sólo como una relación que en un determinado momento le puede ser útil. Por ello, quienes se han interesado en la sociedad civil se obsesionan con la “ética de la clase”. Desde esta perspectiva, ideas como “comercio justo”, “explotación infantil”, “trabajadoras o empleadas domésticas”, “agroecología”, pueden entenderse como nichos de experiencia y luchas de la burguesía, es decir, son parte de esa “ética de la clase” que refiere Hegel. En este sentido, cabe preguntarse si la sociedad civil es un asunto que compete únicamente a la burguesía y si el resto de la sociedad puede ser interpelado por ese interés o, por el contrario, le es ajeno.

Concepción moderna de sociedad civil

El concepto de sociedad civil concitó escasa atención durante largo tiempo, es hasta los años setenta del siglo pasado cuando vuelve a tener importancia en la discusión académica y política.

Como veremos más adelante, su resurgimiento se ubica en Europa del Este y en Latinoamérica. A decir de Olvera (2003: 23-24, 27-28), en nuestros días este concepto tiene un carácter polisémico, en tanto está a debate no parece llegarse a ningún consenso sobre su significado. Según el autor (Olvera, 2003: 31), la sociedad civil actúa desde lo micro-local hasta lo internacional, el concepto entraña cierto trasfondo simbólico y continúa vigente como un referente significativo en las luchas de la vida pública. Edelman (1999: 9) agrega que la sociedad civil ha sido exaltada por algunos académicos como una panacea que curaría las diversas enfermedades traídas por el discurso del “desarrollo”.

En contraposición a Hegel, la idea moderna de sociedad civil ha sido utilizada para diferenciar a la sociedad del Estado. Desde esta perspectiva, Olvera (2003) plantea que la sociedad civil se percibe independiente del sistema político y autónoma del mercado, aunque se relaciona con el sistema -tanto políticamente como en cooperación- se acepta la pluralidad. Esto último resulta en que la sociedad civil sea un espacio de conflicto, ese “piso común” o “arena de arenas” donde se desenvuelven los conflictos culturales (Olvera, 2003).

El énfasis de Olvera en “los conflictos culturales” revela el desplazamiento en las últimas décadas de la discusión en las ciencias sociales al tema de la diferencia que deja de lado el tema de la desigualdad, de la clase (Carrier, 2016; Fitting, 2006; Roseberry, 2014). Posición que cobró relevancia en el mundo académico con la emergencia y hegemonía de la teoría posmoderna. No obstante, Olvera (2003: 31) reflexiona sobre el conflicto al interior de la sociedad civil en otras arenas que van más allá de las culturales: “[...] dentro de la sociedad civil coexisten intereses contrapuestos y contradicciones económicas, políticas y culturales. Es un espacio de conflicto dentro del cual se procesan intereses y principios al mismo tiempo que se crean modelos de interacción con el mercado y el Estado”. Olvera (2022: 17-18) afirma que la sociedad civil de cualquier país se compone de una amplia pluralidad ideológica, política y

de intereses de cada uno de sus componentes que se engarzan en peculiares formas de relación con el Estado.

Rastreado los orígenes del resurgimiento de la sociedad civil, Cohen y Arato (2000) ubican cuatro “discursos políticos ideales” en los que el concepto de sociedad civil y su categorización se volvieron centrales para articular proyectos de liberalización y democratización: el polaco (oposición democrática), el francés (la segunda izquierda), el alemán (los verdes pragmáticos) y el latinoamericano (la nueva izquierda democrática). El resurgimiento del concepto de sociedad civil se observó en Europa oriental, específicamente en Polonia en 1976, durante las luchas de las oposiciones democráticas contra los partidos estatales socialistas. En los mismos años, el concepto revive en Francia como referente principal de los proyectos democráticos de grupos de intelectuales y actores colectivos. En Alemania el concepto reapareció con el movimiento de Los Verdes; es pensado por Claus Offe como una estructura culturalmente definida de lo social, que debe distinguirse de los modelos políticos y económicos. Por su parte, en Latinoamérica la sociedad civil hace referencia “[...] a una red de grupos y asociaciones entre las familias y los grupos de contactos directos personales, por una parte, y [a] las organizaciones claramente estatales, por la otra, que median entre los individuos y el Estado, entre lo privado y lo público” (Cohen y Arato, 2000: 71).

A decir de Cohen y Arato (2000: 408-409) la sociedad civil se planea desde la ética del discurso que “[...] proporciona un núcleo de teoría normativa de la legitimidad política y de una teoría de derechos, pero que no puede servir como una teoría moral que influya en las elecciones de los individuos en todas las áreas de su vida”. Los autores relacionan la ética del discurso con la “vida buena”, que implica una forma específica de vida que presupone un conjunto de valores y conceptos de lo que “está bien”, “un concepto estructural del bien” y las necesidades de identidad particulares y valores de ciertos individuos y grupos (Cohen y Arato, 2000: 423, 428). La idea de la “vida buena” acuñada por Cohen y Arato (2000) nos lleva a

plantearnos una serie de preguntas: ¿existe la posibilidad de que otros sistemas de valores ingresen a ese diálogo que proponen los autores? ¿Valdría la pena considerarlos o escucharlos? ¿Quién valida que los valores de ciertos grupos son el sustento de la “vida buena”? Esto último nos lleva a una pregunta más: ¿la ética de “la vida buena” es universal?

I. 2. La sociedad civil en México

Olvera (2022: 20) anota que el uso del concepto de sociedad civil en México se remonta a los años 80. En la siguiente década el concepto se integró de manera completa al discurso político en dos vertientes. Por un lado, las luchas por la democracia electoral, generalizadas desde 1989, confluyeron en 1993 con la formación de la Alianza Cívica. Por otro lado, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional propició un nuevo uso de la idea de sociedad civil como movimientos populares, incluidos los movimientos indígenas (Olvera, 2022: 22).

Por su parte, Collin y Molina (2009)² señalan que las organizaciones de la sociedad civil emergieron en el contexto del terremoto de 1985. Algunas de estas organizaciones tenían años de existencia cuando aparecieron a la luz pública a raíz de la catástrofe producida por el movimiento telúrico y la inacción del gobierno. En ese contexto se visibilizó un movimiento que había pasado desapercibido y que brincó a la arena pública como un actor social alternativo a los movimientos gremiales-sindicales y a los partidos políticos. Los autores (Collin y Molina, 2009) anotan que la “voluntariedad” es una más de las características de la sociedad civil que implica interés, conocimiento de la organización, tiempo para organizar actividades y compromiso de trabajo. En ocasiones la afiliación a estas organizaciones también se vale de otras maneras de atracción como la amistad, el compadrazgo y la promoción. Collin y Molina (2009) llaman la atención sobre el hecho de que a estas organizaciones no sólo las mueven

² <https://journals.openedition.org/nuevomundo/47723?lang=pt>

relaciones desinteresadas de trabajo, sino también formas “disimuladas” de trabajo remunerado, interacción clientelar y promoción política.

Recordemos asimismo lo señalado por Appendini (1992) en el sentido de que organizaciones de la sociedad civil emergieron como interlocutores de los campesinos frente al Estado al desmantelarse el sistema corporativo que aglutinó durante largo tiempo las demandas de este sector. En ese contexto, observamos la emergencia de organizaciones de diverso tipo que trabajan en pos del descobijado campesinado ante el embate de la reestructuración neoliberal del campo mexicano. Algunas de estas organizaciones son las de productores agroecológicos que surgieron en el estado de Tlaxcala, que manifiestan como su objetivo principal el desarrollo de comunidades rurales.

México es uno de los países en los que la sociedad civil se ha reducido en buena medida a organizaciones no gubernamentales, cuyo origen se remonta a las últimas décadas del pasado siglo Olvera (2003: 56). Estas organizaciones incidieron fuertemente en la definición de la agenda pública de aquellos años. En 1998 existían más de 5,000 ONG en México, 300 de ellas trabajaban con campesinos ligados a proyectos de desarrollo sustentable y protección de los derechos humanos (Olvera, 2003: 57). No obstante, aunque estas organizaciones enfatizan su autonomía del Estado, como veremos más adelante, su accionar está estrechamente ligado no solo a instituciones gubernamentales, sino también a organismos internacionales que las abastecen de recurso de diverso tipo.

Por su parte, Collin y Molina (2009) señalan que las organizaciones de la sociedad civil en México apelan a diferentes modalidades, la más utilizada es la de Asociación Civil (AC), también se constituyen como Sociedad Civil (SC) y Fundaciones. En algunas entidades, como la Ciudad de México y Jalisco, existen formas específicas como Instituciones de Asistencia Privada (IAP). Cualquiera de estas formas se diferencia de las sociedades mercantiles y

determinan su fin al público al estar caracterizadas y registradas como organizaciones “sin fines de lucro”.

Actualmente, el gobierno de México define a las organizaciones de la sociedad civil como agrupaciones constituidas por individuos y fundamentadas en lazos asociativos que pueden actuar por la defensa y el respeto de los derechos humanos, el apoyo o la asistencia a terceros sin fines de lucro ni de proselitismo partidista, político-electoral o religioso, que no persiguen beneficios personales sino sociales y comunitarios. Su origen responde al derecho de todo miembro de la sociedad de ejercer su participación ciudadana³.

En el siguiente apartado, a partir del análisis de dos organizaciones de productores agroecológicos del estado de Tlaxcala (Campesino y UC) reflexiono críticamente sobre uno de los principios básicos de la sociedad civil: su autonomía del Estado.

I.3. La autonomía del Estado y del poder hegemónico ¿verdad o deseo?

Como hemos visto, uno de los principios fundamentales de la acepción contemporánea de la sociedad civil es la idea de su autonomía del Estado. En este apartado me doy a la tarea de revisar este principio a partir del análisis de organizaciones agroecologistas de la sociedad civil surgidas en el estado de Tlaxcala entre las décadas de los 70 y 80, que enfocaron sus esfuerzos en la conservación y aprovechamiento de los recursos naturales con el objetivo de detonar el desarrollo rural. En aquellos años se fundaron el Centro de Educación Ambiental (CEDUAM) y dos asociaciones civiles⁴ enfocadas a la producción agroecológica y campesina, el Proyecto

³<https://www.gob.mx/indesol/acciones-y-programas/registro-federal-de-las-osc#:~:text=Las%20organizaciones%20de%20la%20sociedad%20civil%20son%20agrupaciones%20constituidas%20por,electoral%20o%20religioso%2C%20que%20no>

⁴ El origen de la confusión entre qué es una ONG y qué es una Organización de la Sociedad Civil está en la definición del concepto de ONG por negación (no gubernamental) antes que como afirmación de su quehacer en un conjunto de actividades, vinculaciones y aportes que deberían pesar de forma más decisiva en la identificación y diferenciación de este sector dentro de las OSC. Es por ello, que diversos autores han intentado diferenciar a las ONGs, dentro del conjunto de las OSC, como aquellas entidades dedicadas a promover y realizar proyectos de desarrollo que favorezcan a los sectores más desprotegidos económica y socialmente. (<https://appleseedmexico.org/centro-de-ayuda/entorno-de-la-sociedad-civil-en-mexico/cual-es-la-diferencia-entre-ong-y-osc/>)

de Desarrollo Rural Integral “Vicente Guerrero A.C” (GVG) y el Centro Campesino para el Desarrollo Sustentable A.C (Campesino) (Pérez y Monachon, 2015: 498; Monachon, 2017).

En 2005, como resultado del trabajo conjunto de organizaciones agroecológicas como Campesino o GVG surge el primer mercado alternativo en la ciudad de Tlaxcala. En 2009, nace un mercado filial en Apizaco, bajo los mismos “principios” que el mercado de la capital de la entidad (Pérez y Monachon, 2015). Luego de unos años y ante la necesidad de certificación de la producción agroecológica aparece en 2016 Unión Campesina (UC). Actualmente, UC tiene presencia en 13 municipios y en más de 50 “unidades de producción” (hogares, casas, familias). Además, tiene alianzas con diversas organizaciones, microempresas familiares y grupos como la Sociedad de Producción de Nopal, Consumidores Conscientes, El *Centro de Estudos e Promoção da Agricultura de Grupo* (CEPAGRO), *Slow Food*, Red Ecovida, entre otras.

Ante la necesidad de financiamiento para continuar con sus proyectos tanto Campesino como UC se aliaron con la Fundación Interamericana (IAF)⁵, quien condiciona sus apoyos para “mantenerse en constante innovación”. Esta relación con un organismo multinacional como IAF, que recibe fondos del gobierno estadounidense y de empresas privadas, nos lleva a plantear una vez más la duda sobre la aseveración de que organizaciones emanadas de la sociedad civil son autónomas del Estado y del poder hegemónico. Una duda más que nos asalta tiene que ver con los verdaderos objetivos de organizaciones internacionales en la gestión de poblaciones depauperadas de países como México.

En el invierno de 2018 asistí a un encuentro de campesinos organizado por UC en la ciudad de Tlaxcala. Al evento, que duró cuatro días, asistieron representantes de diversas

⁵La Fundación Interamericana es un organismo autónomo de asistencia exterior del gobierno de Estados Unidos, creado por el Congreso en 1969. A través de donaciones financia iniciativas que priorizan a las personas más desfavorecidas de América Latina y el Caribe con el objetivo de fomentar el desarrollo económico, una mayor seguridad para las comunidades, la participación en los procesos democráticos y la inclusión social. Además, alienta alianzas con empresas, entidades gubernamentales y otras organizaciones comunitarias. La Fundación Interamericana está regida por un consejo directivo nombrado por el presidente de Estados Unidos y ratificado por el Senado. Actualmente, IAF recibe fondos del Congreso estadounidense, del Fondo Fiduciario del Progreso Social y de donantes externos (Fundación Interamericana, 2014: 3).

organizaciones campesinas de México y de Sudamérica, relacionadas con proyectos agroecológicos y a Sistemas Participativos de Garantía (SPG). La mañana del último día, en un espacio brindado por el gobierno municipal, se estableció un mercado alternativo donde los productores pudieron vender sus mercancías. Durante la clausura del evento, una candidata a un cargo del gobierno estatal que estaba en campaña, firmó un convenio con miembros de varias asociaciones campesinas en el que se comprometió a apoyar la causa agroecológica en el estado cuando llegara al gobierno. En medio de un estruendoso aplauso y bajo la esperanza de un “cambio” se dio por clausurado el encuentro.

Concluido el evento me hice varios cuestionamientos: ¿cuál es la relación de UC con el gobierno de Tlaxcala? ¿UC tiene vínculos con los distintos partidos y políticos estatales? Algunos miembros de UC me comentaron que han participado activamente en campañas políticas de candidatos de diversos partidos. A esto se agrega la firma del convenio con la candidata referida en líneas anteriores. Pareciera que, a pesar de la autonomía del Estado que se pregona en el discurso de esta organización, su relación con el gobierno estatal resulta fundamental para el logro de sus objetivos. Un ejemplo de esto último es que el espacio para el mercado durante el evento fue brindado por el gobierno municipal. Asimismo, según información de campo, los mercados alternativos de las ciudades de Tlaxcala y Apizaco se establecen en terrenos propiedad de los gobiernos municipales.

Puedo suponer que sin los vínculos que los líderes de estas organizaciones mantienen con políticos estatales tendrían que rentar los espacios en los que se instalan los mercados alternativos. Y, siguiendo el análisis de Collin y Molina (2009), aventurar que esos vínculos también resultan en beneficios para los líderes. Temas que, desafortunadamente, no pude indagar por falta de tiempo.

Recién llegado a Tlaxcala en el verano del año 2021, luego de una ausencia de casi dos años, algunos miembros de UC mencionaron que en el momento más álgido de la pandemia

“cerró” el mercado alternativo en la ciudad de Tlaxcala como una medida del gobierno para prevenir los contagios de COVID 19. Sin embargo, el mercado continuó en un estacionamiento frente al parque donde normalmente se instala, ante esta situación me pregunto: ¿por qué el mercado continuó operando a pesar de las restricciones impuestas por el gobierno federal? ¿Se echó mano de las relaciones de los líderes con autoridades municipales para que algún funcionario “se hiciera de la vista gorda”?

Una pregunta más que me planteé sobre la relación de estas organizaciones con el Estado fue: ¿UC u organizaciones similares apoyan o se sirven de programas gubernamentales como “Sembrando Vida” o “Jóvenes Construyendo el Futuro”? Algunos miembros de UC me comentaron su interés por participar en estos programas para hacerse de recursos: apoyo técnico, fuerza de trabajo y canales de comercialización. Pareciera que aunque la relación con el Estado es difusa, existe y que UC y Campesino, como lo anotan Collin y Molina (2009), “operan como *intermediarios o gestores ante y de* las dependencias gubernamentales”. Dilucidar las características de esta relación requeriría una estancia en campo más prolongada durante la cual pudiera establecer un mayor nivel de confianza con quienes participan en UC y Campesino.

Estos cuestionamientos vuelven a poner en el centro de la discusión la idea de una sociedad civil global aparentemente incontaminada por el poder del Estado o del mercado, de que la sociedad civil está ligada a la inclusión de prácticamente todas las instituciones fuera del dominio estricto del Estado (Chattherjee, 2011; Chandhoke, 2002). A contracorriente de esta afirmación, podemos decir que organizaciones de la sociedad civil, como UC y Campesino, son articulaciones, manifestaciones y nuevas formas de expresión del Estado, cuyo fin es organizar y controlar la productividad (Comaroff y Comaroff, 2001). El caso de estas dos organizaciones son ejemplo de esas nuevas formas de expresión estatal.

Como hemos señalado líneas arriba, UC y Campesino mantienen una relación con el gobierno tlaxcalteca que expresa la articulación de su accionar con el modelo económico y político dominante, es decir, no son ajenas al Estado. No pretendo denostar el trabajo que estas organizaciones y sus promotores han realizado para la promoción de la agroecología y su buena fe, mi objetivo es develar las contradicciones en el acceso y manejo de los recursos. Estas contradicciones tienen que ver, entre otras cosas, con las necesidades de subsistencia de poblaciones que han visto acrecentar su vulnerabilidad en el contexto del retiro del Estado en su función de “hacer vivir” (Smith, 2011; Li, 2009). Por otro lado, sus vínculos con organismos y universidades internacionales son fundamentales para su subsistencia. A la documentación de estas relaciones me avoco en el subapartado siguiente.

Los vínculos de UC y Campesino con organismos supra-nacionales. “La llave del financiamiento”

Según don Samuel y Rafael, la relación de UC con la IAF es estrecha. La IAF les proporciona el financiamiento que les permite continuar con sus proyectos, cuyos costos son asumidos por este organismo estadounidense: “son gringos y son los que otorgan el recurso”. Contar con el apoyo de la IAF implica para UC demostrar continuamente sus avances, que son medidos a través de dos indicadores: “rentabilidad social” y “rentabilidad ambiental”. El primero refiere “a un mayor ingreso económico de los productores o si aumentaron la cantidad de sus cultivos”; el segundo se relaciona con “la diversidad en su siembra y en la cantidad de árboles, flores o arbustos que hay en sus terrenos”. Estas exigencias resultan difíciles de cumplir para la mayoría de los productores, por lo que muchos quedan excluidos de los beneficios que la relación con la IAF pudiera conllevar (Samuel y Rafael, Tlaxcala de Xicohtécatl, Tlaxcala, 2 de julio de 2021).

Durante mi estancia en campo en el verano de 2018 fui testigo de una de las visitas de la IAF y pude percatarme de la negociación entre UC y la IAF por “el recurso” que iba a recibir

la organización. Los representantes de la IAF inspeccionaron parcelas y terrenos de algunos miembros de UC considerados como “modelos” para comprobar de primera mano que los indicadores se cumplieran. Luego de una presentación de PowerPoint por parte de UC y una comida en la sede del Centro Campesino en Hueyotlipan, los representantes de la IAF dieron el visto bueno y se marcharon. Aunque “el recurso” que UC había conseguido era menor al esperado, ayudaría a cumplir con sus objetivos particulares.

Vale la pena reflexionar sobre las implicaciones que inspecciones como la que la IAF realiza tiene para los miembros de organizaciones como UC. En su estudio sobre una cooperativa de cosméticos en la costa oaxaqueña, Zamora (2010: 212) señala que existen ciertos casos ejemplares de una “transformación social”. Sin embargo, resulta evidente que no todos los individuos que pertenecen a estos grupos pueden llegar a ser considerados como “modelos”. Al respecto, Bernstein (2014: 1043) anota que se debería analizar por qué los miembros que son considerados la “vanguardia” ejemplifican las virtudes de “autonomía, diversidad, y cooperación”, mientras que otros no lo hacen. Para responder esto, el autor enfatiza que es necesario una investigación minuciosa de las condiciones de restricción y oportunidad que diferentes tipos de individuos enfrentan.

Durante el verano de 2021 corrieron rumores entre los miembros de Campesino de que la IAF dejaría de dar “el recurso”. Ante este rumor, la gente se preguntaba cómo se realizarían los talleres, capacitaciones y certificaciones y cómo se mantendrían los canales de comercialización sin este apoyo económico. La incertidumbre suscitó diversas posturas entre los miembros de la organización. Algunos argumentaban que UC, La Colmena y Campesino todavía no eran independientes, por lo que aún requerían de los “subsidios” de la IAF para lograr sus objetivos. Otros, como Roberto, en contraposición a esta idea argumentaron que Campesino ya había tenido mucho tiempo “el recurso” de la IAF, por lo que la propuesta de la agroecología podría funcionar sin ese apoyo. Pensamiento compartido por Martha, La Maestra

y Felipe, quienes pensaban que el largo tiempo que se ha trabajado con la agroecología en Tlaxcala es prueba suficiente de su sustentabilidad. Después de días de incertidumbre y debate, Campesino negoció con la IAF la continuación del apoyo económico. Al final, nada cambió. La organización consiguió “el recurso” que le permitió seguir adelante con sus operaciones. Siguiendo a Macip y Zamora (2012: 82), podemos decir que proyectos como los que la IAF apoya, en tanto son parte de un plan general de desarrollo y de un discurso global, por lo que tienen que ser negociados y asimilados a las condiciones locales y regionales.

Una institución extranjera que también apoyó a UC fue la Universidad de British Columbia (UBC), que puso en marcha en 2021 el proyecto “Pilotaje de Indicadores Agroecológicos”⁶. Quince de los “productores modelo” de UC, Campesino y La Colmena Campesina fueron seleccionados para participar en dicho proyecto. Eran personas de edad avanzada, hombres y mujeres, jubilados, que tienen entre cinco y diez años de experiencia en la agroecología y que utilizan en sus parcelas fuerza de trabajo asalariada y del programa gubernamental Jóvenes Construyendo el Futuro. Una de ellas fue doña Eva, maestra jubilada y productora de nopales y plantas aromáticas (lavanda, romero, entre otras). Hace once años, cuando se jubiló, y ante su preocupación por su salud y el medio ambiente, alentada por don Samuel, doña Eva decidió dedicarse a la producción agroecológica. Entonces adquirió un terreno de 2,300 metros cuadrados en San Pablo del Monte, donde comenzó a sembrar nopales. En la actualidad contrata a un joven trabajador que le ayuda en las labores de campo. El caso de doña Eva nos permite develar las desiguales condiciones de los productores, que resulta en un diferenciado acceso a los recursos. Es decir, observamos lo que Paola Velasco (comunicación personal) definió como “la diferencia dentro de la diferencia”, generada por los organismos financiadores de propuestas de desarrollo rural como la agroecología.

⁶ Este proyecto tuvo como objetivo el desarrollo de una aplicación para los teléfonos celulares de los productores con el fin de actualizar la información de sus cultivos, medir sus parcelas por GPS y registrar sus tiempos de cosecha y siembra.

Aunque UC se precia de ser autónoma del Estado y del mercado dominante y se proclama como un “proyecto alternativo”, como pudimos, constatar está supeditada a intereses y objetivos de instancias privadas, como la IAF, la UBC o a programas gubernamentales que les proporcionan recursos. Así, por ejemplo, UC se ve obligada a trabajar bajo una serie de indicadores impuestos por la IAF o por el “Programa de Pilotaje de Indicadores Agroecológicos”. Exigencias que la mayoría de los productores no puede cumplir. A pesar de esta situación, ante la premura del tiempo para lograr los apoyos, los líderes de UC dan prioridad a los indicadores que imponen la IAF o los “canadienses” y dejan de lado la certificación de la producción agroecológica, propósito fundamental de UC.

Durante mi última estancia en Tlaxcala en agosto de 2022 pude corroborar una vez más la limitada autonomía que tienen organizaciones de la sociedad civil, como UC y Campesino. En esos días recibirían la visita del técnico de soporte de la plataforma de *LiteFarm*, David Trapp. Los objetivos de su visita eran varios: dar seguimiento al proyecto de indicadores agroecológicos, valorar el alcance de la plataforma e intentar resolver las numerosas dudas que tenían los miembros de UC y Campesino respecto al uso de la plataforma. Aunque don Samuel me comentó que le entusiasmaba aprender a usar la plataforma para “romper con los estereotipos que había de los campesinos” sobre su incapacidad para utilizar estos recursos, la realidad es que, pese a sus esfuerzos, ninguno de los miembros o dirigentes de UC o Campesino logró obtener las habilidades necesarias para usar *LiteFarm*.

A esa plataforma se suben las actualizaciones sobre cultivos, cosecha y trabajo en tiempo y forma para el análisis de los técnicos e investigadores de *LiteFarm* y de la UBC. Esto exige al usuario habilidades para su utilización, lo que hasta ahora, pese a los cursos de capacitación, no se ha logrado. A lo que se suma la imposibilidad de muchos de los miembros de estas organizaciones de comprar aparatos electrónicos y pagar el acceso a internet. No obstante, estos inconvenientes, siguen haciéndose grandes esfuerzos para que la plataforma funcione y así

“empatar” los objetivos de UC y Campesino con los de UBC. La dependencia de estas organizaciones de recursos externos que otorgan instituciones como UBC o la IAF se contraponen a sus objetivos y resulta en la subordinación a los objetivos de organismos internacionales que, en muchas ocasiones, no responden a los intereses y necesidades de los miembros de UC o Campesino.

Asimismo, organismos como la IAF o instituciones educativas como la UBC se erigen como garantes de la producción agroecológica a través del monitoreo de organizaciones como UC. Esta aprobación, como hemos señalado antes, les permite a los productores hacerse de recursos para continuar con su trabajo. Siguiendo el planteamiento de Jaffe (2007), es pertinente preguntar, ¿quién monitorea a los que monitorean? ¿Podemos seguir pensando que los objetivos de organismos supranacionales como la IAF -que reciben recursos de gobiernos o de instancias privadas (ver nota al pie 1, p. 8)- se reducen al “combate al cambio climático, de la pobreza, a la coadyuvancia al desarrollo de países del tercer mundo”? ¿O detrás de estos encomiables objetivos se esconden otros que tienen poco que ver con agricultores pobres como los tlaxcaltecas que engrosan las filas de organizaciones como UC? Admito que en este momento no tengo elementos para responder de manera cabal a estas preguntas, pero considero que pueden quedar abiertas como líneas de indagación para futuras investigaciones.

Conclusiones

En este capítulo me he propuesto hacer una lectura crítica de la idea de que la sociedad civil es autónoma del Estado y del poder hegemónico a partir de una revisión de bibliografía especializada. Asimismo, con el objetivo de develar las contradicciones de este discurso, documento el accionar de la sociedad civil en el México contemporáneo a partir del análisis de dos organizaciones de productores agroecológicos del estado de Tlaxcala.

En aras de superar el discurso contemporáneo que reduce a la sociedad civil a Organizaciones No Gubernamentales (ONG), me di a la tarea de revisar los orígenes del

concepto de sociedad civil en el pensamiento de Hegel. El filósofo alemán relaciona a la sociedad civil con el Estado, la familia, la moralidad y la ética protestantes, la policía y la corporación, los sistemas de necesidades y la satisfacción del individuo y la concibe como un espacio por antonomasia de lo privado, de lo individual *versus* lo público, que es propio del Estado. Para Hegel la sociedad civil constituye una experiencia de la burguesía, mientras que el resto de la sociedad la experimenta sólo como una relación que en un determinado momento le puede ser útil.

En la segunda mitad del siglo pasado se observa la reemergencia de la sociedad civil en el contexto de movimientos sociales de diverso cuño (el movimiento de los trabajadores de los astilleros polacos; la nueva izquierda francesa; los verdes alemanes; la nueva izquierda democrática latinoamericana). En México la sociedad civil pronto encuentra acomodo en el escenario de la puesta en marcha de políticas de corte neoliberal que dejan a la deriva a cientos de miles de habitantes, especialmente en las zonas rurales, donde las organizaciones de la sociedad civil se convierten en mediadoras entre agencias internacionales y gubernamentales y las comunidades receptoras.

El posicionamiento crítico frente a la idea dominante de sociedad civil y de las organizaciones que de ella emanan, serán guía para el análisis que sobre diversos aspectos de dos organizaciones de productores agroecológicos y dos mercados alternativos llevo a cabo en los siguientes capítulos.

Capítulo II. La agroecología en México. Una lectura crítica

Introducción

El objetivo de este capítulo es hacer una lectura crítica de la agroecología, propuesta que se encuadra en el discurso “del buen vivir” abanderado por grupos de la llamada sociedad civil. Para tal fin documento los antecedentes, circunstancias y transformaciones que precedieron a la briosa emergencia de la agroecología en los años 70 del siglo pasado como respuesta a los efectos de la Revolución Verde. Esta última fue iniciada a mediados de la década de los 40 con el objetivo de satisfacer la demanda de alimentos a nivel planetario a través del uso generalizado de agroquímicos y semillas mejoradas de alto rendimiento, la mecanización de la agricultura y la implantación de monocultivos. Más tarde, en los años 90, se observa la re-emergencia de la agroecología en el contexto de la neoliberalización de la producción alimentaria -que implicó transformaciones de los mercados agrícolas y el cambio de la relación del Estado con los productores- y de la puesta al día de la “sociedad civil”.

Este último periodo puede ubicarse en el giro del modelo de acumulación fordista al modelo de acumulación flexible, que corresponden a dos momentos de la relación entre sociedad (*demos*) y economía (*tecno*): “hegemonía expansiva” y “hegemonía selectiva”, respectivamente (Smith, 2011) (cfr Introducción del capítulo I). En ese sentido, la Revolución Verde puede pensarse como expresión de la hegemonía expansiva encarnada en políticas de bienestar (*Welfare State*) puestas en marcha después de la Segunda Guerra Mundial, en un intento por restablecer el equilibrio entre sociedad y economía después de largas décadas de crisis. Por su parte, podemos enmarcar la agroecología en el contexto de la hegemonía selectiva que ha implicado que tareas de bienestar social se transfieran a la comunidad o los individuos.

El capítulo está conformado por tres apartados. En el primero documento las características de la Revolución Verde en México y examino su impacto en la pequeña producción agrícola. En el segundo analizo a la agroecología como una alternativa a las

políticas agrícolas dominantes, tanto la Revolución Verde como el neoliberalismo. En el tercero reviso críticamente los principios y propuestas de la agroecología.

II.1. “La guerra verde”. La Revolución Verde en México

Una de mis informantes clave fue La Maestra, a quien conocí durante mis prácticas profesionales en “Unión Campesina” (UC)⁷, en el verano de 2018, cuando visité las oficinas de UC en Hueyotlipan acompañado de David Monachon, actual responsable del Área de Consumo Sustentable de la Coordinación Universitaria para la Sustentabilidad de la UNAM. Entonces tuve la oportunidad de platicar con algunos productores de la zona, entre los que se encontraba La Maestra. David me comentó que ella era una ferviente defensora de la agroecología en Tlaxcala, que su sobrenombre aludía a su labor como docente y a sus conocimientos sobre agroecología y que ella encarnaba muchos de los valores y principios de la agroecología.

Tres años después, cuando inicié mi trabajo de campo para la tesis de maestría en los primeros días de junio de 2021, visité los mercados alternativos con la intención de buscar entre los miembros de UC a alguien que me diera hospedaje durante los meses de mi trabajo de campo. Don Samuel y Rafael me sugirieron que hablara con La Maestra, quien entonces, además de ser miembro de UC, fungía como secretaria y era parte del comité técnico de la organización. Ellos acordaron comentarle a La Maestra sobre mi investigación y la posibilidad de que me quedara en su casa en Hueyotlipan durante mi trabajo de campo y me dieron su teléfono para que yo también le explicara los motivos de mi estancia en el lugar.

Cuando hablé con La Maestra vía telefónica para pedirle hospedaje, aceptó gustosa, me comentó que estaría feliz de ayudarme con mi investigación, que no me preocupara, que ella me hospedaría en su casa. La Maestra, de alrededor de 60 años, es divorciada, vive sola, está

⁷ Organización civil a la que me referiré en extenso en el capítulo III.

jubilada y se dedica a la agricultura y a la cría de animales; tiene cuatro hijos, dos son universitarios. Platica que antes de jubilarse, hace aproximadamente diez años, ahorró para comprar las diez hectáreas que posee y dedicarse de lleno a la agroecología como un proyecto a largo plazo. Luego de buscar capacitación con “Centro Campesino para el Desarrollo Sustentable” (Campesino), se unió a “La Colmena Campesina” organización que “incentiva a los productores a sembrar agroecológico enfocados en los granos básicos; producir, comercializar y transformar diversas hortalizas y granos, así como otros productos agropecuarios” (La Maestra, Hueyotlipan, Tlaxcala, 27 de julio de 2021).

Una vez acordada mi llegada un frío miércoles de julio, por consejo de mi padre, compré una pequeña despensa en el mercado alternativo de Apizaco “para no llegar con las manos vacías” y me dirigí en combi a Hueyotlipan. La Maestra vive en las afueras de esta localidad, en medio de campos de cultivo, a la orilla del camino de terracería que une San Lorenzo y Tlalpan con Hueyotlipan. En sus terrenos se aprecian sembradíos de trigo, maíz y frijol y un pequeño huerto con malla sombra donde cultiva fresas, acelgas, lechugas, jitomates, entre otras plantas; al fondo hay un pequeño bosque, también de su propiedad. Su casa es de dos pisos, en la planta baja están el baño, la cocina y una pequeña sala. Arriba hay tres dormitorios, uno de visitas, el suyo y el de su hija. La casa, además, cuenta con paneles solares y un pozo que capta agua de lluvia. Frente a su casa está un pequeño cuarto donde se hospedan Juan y Karen, dos trabajadores que La Maestra contrata para ayudarle en las labores del campo. Además, tiene una cocineta-bodega, un gallinero y un establo para una yegua y un potrillo.

A los pocos días de haber llegado a Hueyotlipan, La Maestra me habló de don Pablo, que vive en Tlalpan y quien se autoproclama como defensor y uno de los principales precursores de la agroecología en el estado. La Maestra me animó a platicar con él porque “aunque es una persona vanidosa, don Pablo se puede dar al tú por tú con un agrónomo”, además, cuenta con una amplia participación en los proyectos agroecológicos en Tlaxcala. Un

medio día del mes de julio, La Maestra y yo nos dirigimos a San Lorenzo donde suponíamos que encontraríamos a don Pablo trabajando en su parcela. No tuvimos suerte, no estaba allí. La Maestra habló con él por teléfono y le dijo que nos vería en su casa. Después de caminar bajo el sol abrasador del Altiplano Central Mexicano durante aproximadamente una hora, La Maestra y yo llegamos a casa de don Pablo, pero, para nuestra decepción ¡No se encontraba! “Fue a hacer unos mandados a Hueyotlipan”, nos dijo su esposa, doña Victoria, “pero no tarda”. Un poco decepcionados, La Maestra y yo decidimos esperarlo.

Después de cuarenta minutos llegó don Pablo. De alrededor de 60 años de edad, de complexión robusta, copioso gesticular al hablar que denota su fuerte carácter, don Pablo viste camisa azul deslavada y pantalones de mezclilla, calza botas y cubre su cabeza con un sombrero. Todas las prendas están enlodadas, lo que evidencia su trabajo como agricultor. Luego de las presentaciones correspondientes, don Pablo habló de las numerosas bondades de la agroecología en la salud y el ambiente. Le pregunté qué sabe o si ha escuchado hablar de la Revolución Verde y si conoce las consecuencias que tuvo para la agricultura en Tlaxcala. El semblante de don Pablo se endurece al decir que sí sabe del asunto y, acto seguido, me corrige: “no es Revolución Verde, sino la guerra verde”. A su decir, “la guerra verde hizo que, hace algunos años, se dejara de sembrar agroecológico para sembrar con agroquímicos y pesticidas, perdiéndose los saberes y tradiciones campesinos”. (Don Pablo, Tlalpan, Tlaxcala, julio 9 de 2021).

Don Pablo me comentó que mucha gente lo ha entrevistado y que, incluso, ha recibido visitas de agrónomos extranjeros y de la Universidad Autónoma de Chapingo que comprueban que el tamaño de su producción, a pesar de ser agroecológica, rivaliza con la “convencional”. Como podemos observar, su relación con académicos promotores de la agroecología se plasma en su discurso, en el que la Revolución Verde es sinónimo de utilización de agroquímicos y pesticidas y de la pérdida “de la siembra agroecológica y de tradiciones y saberes campesinos”

que, afortunadamente, han sido “rescatados” por la agroecología. A pesar de su ideologizada versión de la “guerra verde” y la agroecología, cabe destacar que entre todos mis informantes, don Pablo fue una de las dos personas que tenían conocimiento de la Revolución Verde. La otra fue La Maestra, quien, en términos generales, coincide con la versión de don Pablo. Pero ella contextualiza históricamente la Revolución Verde.

La Maestra me habló de la Revolución Industrial, las Guerras Mundiales, la Gran Depresión y el *New Deal*. Dice que, *después de la Segunda Guerra Mundial*, las empresas dirigieron toda la maquinaria ocupada durante el conflicto bélico en algo nuevo. “Eso es la Revolución Verde. Los tanques se convirtieron en tractores y las medicinas en agroquímicos, por eso te enfermas con la comida chatarra y luego te curas con la medicina. Por eso no es casualidad que Bayer produzca tanto medicinas como agroquímicos” (La Maestra, Hueyotlipan, julio 7 de 2021). Su versión, además de evidenciar su formación y experiencia docente que le permite tener un conocimiento más certero de la historia, también está acorde con su idea de que la agroecología es buena para la salud, asunto que será tratado con detalle en el capítulo IV.

Efectivamente, como dice La Maestra, los orígenes de la Revolución Verde se ubican en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1940 y 1970 se enfrentó el aumento de la demanda de alimentos a nivel global a través de la modernización de la producción agrícola mediante el uso generalizado de agroquímicos y fertilizantes. Una de las propuestas para superar el hambre y la pobreza fue la Revolución Verde, que resultó en un aumento de los monocultivos de maíz, trigo y arroz -granos básicos de la alimentación de la población mundial- y en la transformación total del sector agrícola (Huerta y Martínez, 2018: 1041).

En 1943, con el apoyo de la Fundación Rockefeller, se estableció en México la Oficina de Estudios Especiales, cuyo propósito fundamental era proveer a los agricultores del país de un paquete tecnológico, agroquímicos, mecanización y semillas de alto rendimiento (Astier *et*

al., 2015: 1-2). Los objetivos eran incrementar la producción agrícola, alentar el crecimiento demográfico, aumentar el impulso de la asistencia técnica, lograr la autosuficiencia alimentaria y acelerar la producción de alimentos para reducir la pobreza (De Gortari, 2020: 73). Tres años más tarde, en 1946, se puso en marcha la Revolución Verde a través del Programa de Agricultura Mexicana (MAP por sus siglas en inglés), cuyo propósito central fue paliar la pobreza y el hambre en el país. A finales de 1952, las autoridades gubernamentales informaron que la superficie sembrada con semillas híbridas y mejoradas se elevaba a alrededor de 600 mil hectáreas (López Sierra, 1989: 97).

En 1954 el gobierno hizo un balance positivo de los avances de la investigación de la Revolución Verde (López Sierra, 1989: 97). Frente a estos favorables resultados del MAP, en 1966 se fundó el Centro Internacional de la Mejora del Maíz y Trigo (CIMMYT), ubicado en las afueras de la Ciudad de México. Con esto se introdujeron nuevas variedades de semillas de maíz y trigo en el centro del país que trajo como resultado que los sistemas agrícolas diversos de bajos insumos y adaptados localmente, tales como el cultivo intercalado de maíz, calabaza y frijol o el sistema milpa, fueran desplazados por un sistema de monocultivo con altos insumos externos, basados en combustibles fósiles y orientados a la exportación (Gliessman, 2013: 22).

Durante su aplicación en México por veinte años, los resultados de la Revolución Verde en términos de productividad de dos granos básicos de la alimentación de la población fueron los siguientes: el maíz incrementó en un rendimiento por hectárea de 777 kilos en el periodo entre 1950-1954 a 1153 kilos entre 1965 y 1969, para finalmente ascender a 1194 kilos por hectárea en 1970. En el caso del trigo pasó de 745 kilos en 1940-1944 a 2415 kilos en 1965-1969 y a 2817 kilos por hectárea en 1970. De esta manera, México se convirtió en el país con los más altos niveles de productividad en el mundo (López Sierra, 1989: 99-100).

No obstante, después de treinta años de operación, el MAP fue cancelado como resultado de su incapacidad para remontar la pobreza y el hambre, que se incrementaron en los

lugares donde fue implementado. Una de las razones que se atribuyen a este fracaso es el hecho de que las variedades de plantas de alto rendimiento y las técnicas de cultivo intensivo producidas por la Revolución Verde fueron adoptadas principalmente por los grandes productores comerciales. En contraste, los pequeños productores campesinos carecieron tanto de capital como de infraestructura -presas y canales de irrigación- necesarios para tomar ventaja de las nuevas tecnologías (Harwood, 2009: 385).

En suma, la Revolución Verde no constituyó una respuesta eficiente a la heterogeneidad de los productores agrícolas en tanto no satisfizo las necesidades de la mayoría de los pequeños productores con prácticas agrícolas de autoconsumo, con escasos recursos en capital y con tierras de baja calidad⁸. Esta situación, aunada a una política agraria diferenciada, derivó en el incremento de las diferencias entre el norte, el centro y el sur del país (Cerutti, 2019), que hasta la fecha no se han podido remontar. Mientras en el norte se fomentó una vigorosa agroindustria, en el centro y sur ha prevalecido la agricultura de autoconsumo.

A decir de Harwood (2009: 389), los objetivos del MAP más que humanitarios eran políticos y se enmarcaron en el contexto de los inicios de la guerra fría. Este mismo autor (Harwood, 2005: 398) señala que la aplicación del MAP enfrentó resistencias por parte de aquellos sectores que lo veían como una amenaza al programa rural de desarrollo del gobierno de Lázaro Cárdenas. Asimismo, anota que los interesados en poner en marcha el MAP aprovecharon el álgido ambiente político y económico que se vivía en el país, aliándose con empresarios y grandes productores agrícolas.

¿Cuáles fueron los efectos de la Revolución Verde en México, un país en el que todavía en 1960 la mitad de los mexicanos vivía en comunidades rurales⁹ y cerca de 55% de la

⁸ http://nuevantropologia.org.mx/index.php/osjdata_na/article/view/12/9

⁹ Una “comunidad rural” se define con base en el número de habitantes: “una población se considera rural cuando tiene menos de 2,500 habitantes”. (https://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/rur_urb.aspx?tema=P#:~:text=El%20n%C3%BAmero%20de%20habitantes%20de,viven%20m%C3%A1s%20de%202%2C500%20personas).

Población Económicamente Activa (PEA) se dedicaba a actividades agropecuarias? (Warman, 2001: 18) En el siguiente subapartado me doy a la tarea de responder a esta interrogante.

Las consecuencias de la Revolución Verde en la agricultura mexicana

Durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) se repartieron 25 millones de hectáreas, pero sólo 8.5% era tierra cultivable (Warman, 2001: 19). A decir de Barta y Otero (1988: 37), este reparto fue más una medida política para pacificar a campesinos ansiosos de tierra que una vía para resolver la grave situación de estas poblaciones que resultó eventualmente en un fracaso al ser incapaz de detener la ruina de la economía campesina. A finales de la década de 1960, la crisis del campo se hizo evidente en el aumento de la pobreza de las poblaciones rurales, cuyas causas eran variadas y complejas (Warman, 2001: 18, 23). Por otra parte, aunque la burguesía agraria se benefició en los años cincuenta con el aumento de la productividad que trajo consigo la Revolución Verde y los apoyos y subsidios estatales, la drástica caída de los precios internacionales de la mayoría de los cultivos comerciales que se observó en los años 70 provocó una crisis de larga duración de la agricultura capitalista, que se prolongó hasta la década siguiente.

En este contexto, en la década de los 70 se observó un importante ascenso de las protestas de todos los sectores rurales que tomaron diversas formas: guerrilla, tomas violentas de tierras, huelgas, largas marchas a las ciudades, reorganización de grupos de presión de los empresarios rurales, entre otras. El gobierno negoció con unos y reprimió violentamente a otros (Bartra y Otero, 1988: 13-14). Un efecto más de la crisis de la agricultura fue la migración a las ciudades y a Estados Unidos, que los gobiernos intentaron contener con diversos proyectos de desarrollo rural. Por otro lado, frente a los efectos devastadores de la Revolución Verde desde la academia, sector que, no olvidemos, tuvo una destacada participación en este proyecto, se puso en marcha

la propuesta de la agroecología entre pequeños productores rurales, especialmente del centro y sur del país.

II.2. La agroecología. Una alternativa a las políticas agrícolas dominantes.

La agroecología, una respuesta a la Revolución Verde

En 1941 el geógrafo Carl Sauer externó su preocupación por las afectaciones a la economía, la cultura y los recursos genéticos de propuestas como la Revolución Verde (Harwood, 2009: 390). En esos mismos años, Taboada, Limón y Khankhoje (citados en Astier *et al.*, 2015: 11) alertaron sobre los problemas asociados a la adopción de variedades genéticamente modificadas y de paquetes tecnológicos. En ese escenario, se voltea la mirada a distintas formas de producción agrícola que ya se habían empezado a indagar, una de ellas era la agroecología.

La historia de la agroecología se remonta a Bensin (1928), quien usó por primera vez el término agroecología. De acuerdo con López i Gelats (2004), fue Bensin quien rastreó el término de la Sociedad Checoslovaca de Botánica. Bensin (1930) sugirió el término agroecología para describir el uso de métodos ecológicos en cultivos comerciales. La agroecología puede ser preliminarmente definida como la aplicación de la ecología en la agricultura. Algunos años después, Bensin (1938) se comprometió con la agroecología como una ciencia básica de la agricultura (Wezel y Jauneau, 2011: 2) (Traducción mía).

En las décadas siguientes la discusión en torno a la agroecología adquirió relevancia en el ámbito académico y como un movimiento. A la definición de la agroecología como una disciplina científica, en los años 70 gradualmente emergió como un movimiento y en los 80 como una serie de aplicaciones prácticas. En la actualidad también se observa la asociación entre la agroecología y el trabajo en agricultura sustentable, a menudo desarrollado por las mismas personas en ciencia y desarrollo. En general, los movimientos ambientalistas en los años 60 emergieron como una consecuencia de los inesperados impactos de la agricultura

industrializada después de la Revolución Verde. Los ambientalistas estuvieron primeramente preocupados por los impactos de las sustancias tóxicas, en particular pesticidas en el ambiente. Otros tópicos no agrícolas de estos movimientos ambientalistas incluyeron la contaminación industrial, la conservación de la naturaleza y la distribución de los beneficios (Wezel *et al*, 2009: 2-4).

En México, en oposición al modelo agroindustrial propuesto por la Revolución Verde, surgió el interés por los conocimientos de agricultores indígenas y campesinos mesoamericanos y andinos (Astier *et al.*, 2015; Altieri, 2015: 7). En ese contexto, en la década de 1970 aparecieron movimientos medioambientalistas que respondieron críticamente a las políticas de la Revolución Verde y promovieron una “[...] agricultura respetuosa con la salud de la tierra y sus habitantes” (Torremocha, 2011: 11). Investigadores, agrónomos y ecologistas encabezaron estos movimientos, destacan entre ellos Efraín Hernández Xolocotzi, Arturo Gómez Pompa y José Sarukhan. Entre 1980 y 1990, la agroecología ofreció alternativas a la Revolución Verde mediante el estudio de los agroecosistemas, la incidencia en el desarrollo de la agricultura y la movilización de elementos de la ecología y de los sistemas agrícolas tradicionales (Astier *et al.*, 2015:10).

Estas propuestas cristalizaron en la creación en 1975 del Instituto Nacional sobre los Recursos Bióticos, con sede en Xalapa, Veracruz, y del Seminario de Análisis de los Agroecosistemas de México un año después. Desde estas instancias se buscó enfrentar los problemas derivados de la Revolución Verde utilizando estrategias y conocimientos locales. Con el paso de los años, nacieron instituciones, cátedras, programas de investigación, organizaciones no gubernamentales y órganos de difusión que aglutinaron a la emergente comunidad de agrónomos, antropólogos y biólogos interesados en difundir y estudiar la tecnología agrícola tradicional con el fin de incorporarla a su práctica profesional (Astier *et al*,

2015). De acuerdo con Gliessman (2013: 22), se pueden ubicar en estos esfuerzos constituidos entre 1974 y 1980 “alternativas y resistencias a la Revolución Verde”.

En el marco de estas propuestas, entre los años 70 y 80 surgieron en el estado de Tlaxcala organizaciones ecologistas que enfocaron sus energías en acciones para la conservación y aprovechamiento de los recursos naturales. En ese contexto se fundó el Centro de Educación Ambiental (CEDUAM), Organización no Gubernamental promotora de la formación de dos asociaciones civiles: el Proyecto de Desarrollo Rural Integral “Vicente Guerrero A.C.” y el Centro Campesino para el Desarrollo Sustentable A.C., con sede en los municipios de Españaña y Hueyotlipan, respectivamente (Pérez y Monachon, 2015: 498).

La agroecología ante las reformas estructurales de corte neoliberal

En los años 80 del pasado siglo, en el marco de la adopción de políticas neoliberales, se observó la concentración de la industria agroalimentaria, la saturación de los mercados de los países industrializados y el estancamiento de la demanda de algunos alimentos. Todo esto resultó en una fuerte competencia entre los grandes productores, agudizada por la presión de los distribuidores. Especialmente, las mega cadenas de supermercados que, además de competir por las ganancias, incursionaron exitosamente en la esfera de la producción con el lanzamiento de “marcas libres” disputando importantes porcentajes del mercado de las marcas dominantes. Ante ese escenario, productores y distribuidores optaron por la fragmentación del mercado a través de su salida de los canales dominantes de comercialización y agregaron a sus productos rasgos que los diferenciaban de sus competidores (Renard, 1999: 82). Un ejemplo de esto es el café orgánico producido por caficultores indígenas de diversas entidades del país -destacadamente Chiapas (Hernández y Gutiérrez: 2000) y Oaxaca (Jaffe, 2007)- organizados en grupos sin fines de lucro que ven al comercio justo como una forma de competir con las grandes acaparadoras del grano, por ejemplo, Nestlé.

A decir de Renard (1999), esas estrategias de diferenciación se apoyaron en las nuevas exigencias de calidad relacionadas con los cambios en los modos de vida y los comportamientos alimentarios, en las preferencias de los consumidores atendiendo a la edad, el género, los gustos, las costumbres, las necesidades y el diferenciado poder adquisitivo, producto de la creciente desigualdad social. Las “preferencias culturales” de los consumidores también se usaron para crear nuevos segmentos de mercado (Renard 1999: 83). Roseberry (1996) denomina al segmento de mercado al que se dirigieron productos como el café, el té y el chocolate “los grises de la clase urbana profesional”. Son hombres y mujeres que intentaban alejarse del consumo de masas a través del consumo de productos especializados que superan la calidad de los productos convencionales. Consumir variedad y calidad antes que cantidad, anota Roseberry (1996), marca una diferencia de clase.

La irrupción de la demanda de estos sectores posibilitó el posicionamiento de pequeños y medianos productores organizados, intermediarios y distribuidores en el mercado en condiciones más favorables que les permitieron escapar a la competencia establecida por los precios. La demanda de alimentos “sanos”, “orgánicos”, “auténticos” y “justos” emergió como una reacción al modelo dominante, lo que generó nuevas alternativas de producción y comercialización. Cooperativas y pequeñas agroindustrias pusieron en marcha “estrategias de resistencia basadas en la defensa y el reconocimiento de la calidad de sus productos” (Renard, 1999: 82-83, 86-87).

En los años 80 surgieron en Francia los “Sistemas Participativos de Garantía” (SPG) como respuesta a las certificaciones de tercera parte de la producción ecológica, impuestas por legislación o iniciativas privadas de grandes comercializadoras. Los SPG fueron concebidos por actores locales y consumidores de productos ecológicos que no tenían control de las medidas establecidas por las certificaciones de tercera parte (Nature et Progrès, 2009). En 1996, Nature et Progrès, una asociación sin fines de lucro, redactó el Cuaderno de Normas Para la

Producción Ecológica, en el que se estipula que los SPG son colectivos, participativos y locales. Colectivos y participativos en tanto se obligan a tejer relaciones entre personas de un mismo núcleo con la sociedad en general; asimismo, tienen el propósito de mejorar prácticas que redunden en el aumento de la sustentabilidad ecológica, social y económica. Los SPG son locales porque asocian los sectores de producción y de consumo en aras de satisfacer las demandas de los consumidores y convertirse en una herramienta para la relocalización de la producción con el fin de acortar la distancia entre productores y consumidores (Nature et Progrès, 2009).

[...] los Sistemas Participativos de Garantía se desarrollan de manera espontánea en varios países a lo largo de los años 90. Su objetivo principal es [dar] respuesta a los pequeños y medianos productores que desean comercializar su producción en el mercado interno y que optan por no entrar (o no pueden por limitaciones socioeconómicas y territoriales) en la dinámica exportadora de sus países. Por eso la mayoría se desarrollan, inicialmente, en los países denominados del “Sur” (Torremocha, 2011: 15).

En ese contexto, la agroecología cobró nuevos bríos en México como respuesta a las reformas estructurales puestas en marcha en el campo en un afán por incrementar el poder de los productores agrícolas y defender sus intereses. Estas reformas se dan a partir de la firma del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT por sus siglas en inglés) en 1986. Se institucionalizaron en 1992 con los cambios al artículo 27 de la Constitución Mexicana, promovidos por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), que culminaron con la reforma a la Ley Agraria y abrió así la posibilidad para la privatización de las tierras ejidales.

Durante esos años se dio el desmantelamiento de empresas paraestatales que tenían como función la comercialización de la producción y el asesoramiento a los agricultores¹⁰;

¹⁰ En esos años se observa la desaparición de empresas paraestatales como el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE), Tabacos Mexicanos (TABAMEX), Azúcar S.A.

asimismo, se reestructuró el Banrural. Acciones que resultaron en el retiro de créditos y subsidios a pequeños y medianos productores y la reorientación de políticas alimentarias centradas en mercados domésticos hacia una producción de materias primas orientada a la exportación. Estas políticas fueron un duro golpe a los pequeños y medianos productores, quienes, expuestos a las fuerzas del libre mercado, se enfrentaron a grandes limitaciones cuando no a la imposibilidad de insertarse en las cadenas comercializadoras dominantes de la producción agrícola (Otero, 2013; Otero, 2011; Rubio, 2008; Fitting, 2006; Otero y Bartra, 1988).

Podemos pensar a la agroecología como un proyecto que posibilita cierto grado de negociación entre las organizaciones de productores agroecológicos y el Estado, utiliza intersticios del mismo sistema que pueden ser aprovechados por la llamada “sociedad civil”. Especialmente si tomamos en consideración que las organizaciones de productores agroecológicos hacen suyo el discurso neoliberal del multiculturalismo para justificar sus acciones, tema que será abordado en los apartados siguientes. No obstante, esta propuesta, que se ha gestado en la academia, no resuelve las acendradas desigualdades entre pequeños, medianos y grandes productores que trae aparejada la hegemonía selectiva y también acrecenta las desigualdades entre los propios miembros de las organizaciones, tema que será documentado con nuestro estudio de caso.

II.3. Principios y propuestas de la agroecología

Los abanderados de la agroecología plantean que desde esta propuesta se busca remontar las desigualdades que han caracterizado el diálogo entre “el saber tradicional” de los campesinos y “la ciencia occidental”. Estas desigualdades, a decir de Peredo *et al.* (2013: 82), se sostienen en la prevalencia de las lógicas de la modernidad sobre las de los campesinos. Desde esta perspectiva, los autores (Peredo *et al.*, 2013: 83) conciben a la “[...] agroecología como un enfoque holístico y una estrategia sistémica que tiene el potencial de frenar las formas de

producción degradantes y expoliadoras de la naturaleza y la sociedad, causantes de la actual crisis ecológica”. Devastación que sólo podrá superarse, según Toledo y Altieri (2010), con la organización de la producción agroecológica y de los productores a nivel local.

En esta misma sintonía, Fournier y Muchnik (2012: 138) anotan que la organización de productores agroecológicos genera un anclaje al territorio, confiriendo así características específicas a los recursos y producciones locales. Los autores (Fournier y Muchnik, 2012: 139) identifican ciertas especificidades de esta organización. Una de ellas refiere al reforzamiento de la acción colectiva de productores y consumidores y la resistencia a la homogeneización o estandarización de los bienes que se ha dado en el contexto de la globalización. Melgar (2017: 103), siguiendo a Castells, lleva esta posición más lejos al señalar que, en tanto los productores agroecológicos intentan vivir de acuerdo con normas, principios y creencias alternativas a las dominantes, los movimientos de la “agricultura ecológica alternativa” pueden ser entendidos como un movimiento “contracultural”.

Productores afiliados a diversas organizaciones agroecológicas del estado de Tlaxcala promocionan sus productos como orgánicos, saludables, locales, conscientes socialmente y amables con el medio ambiente, diferenciándolos así de los bienes homogeneizados¹¹. Con ello dotan a su producción de un especial valor simbólico. Pérez y Monachon (2015: 499) agregan otros atributos a estos productos: su consumo acerca el campo a la ciudad, resignifica la racionalidad ambiental, el derecho de las comunidades al uso y protección de sus recursos naturales, preserva la cultura y la identidad y favorece el cuidado de la salud de los seres vivos.

Según Muchnik y Fournier (2012: 138), los consumidores hacen suyos estos valores simbólicos que, en muchas ocasiones, refuerzan la capacidad de la acción colectiva. Desde esta perspectiva, Renard (1999: 76) apunta que lo alimentario cuenta con particularidades culturales

¹¹ Bienes producidos bajo esquemas agroindustriales con la utilización de grandes cantidades de recursos naturales (agua y tierra) y abundante fuerza de trabajo, que aprovecha la diferenciación étnica para abaratar su costo.

que pesan mucho en la definición de estrategias para “homogeneizar” o “globalizar” el mercado alimentario, ya que la práctica alimentaria posee una fuerte carga cultural y simbólica. Al consumir cierto tipo de alimentos los individuos movilizan significados y capital simbólico conformado por saberes, cultura y relaciones sociales. Además, integran valores culturalmente definidos y marcan el estatus, posición social y definición ideológica de los consumidores (Renard, 1999). Siguiendo a Arce y Mardsen, Renard (1999: 76) anota que el consumo alimentario provee ciertos signos de identidad a grupos e individuos. La práctica alimentaria constituye, entonces, una forma de expresión de la estrategia de diferenciación social y participa en la construcción de estilos de vida. A decir de esta autora (Renard, 1999), estos valores, también referidos por Pérez y Monachon (2015) y Muchnik y Fournier (2012), son fundamentales para oponerse a la homogeneización global de los alimentos, para escapar de las tendencias de oligopolización y, utilizando intersticios del mismo sistema, lograr medidas de acción colectivas.

Al respecto, Pérez y Monachon (2015: 504), en su análisis sobre los “mercados alternativos” como formas de resistencia al neoliberalismo, señalan que el contacto directo de los consumidores con los productores en el mercado permite que aquellos indaguen sobre los productos y la actividad de los agricultores, lo que propicia relaciones más duraderas entre ellos que, a mediano o largo plazo, pueden generar procesos de resistencia. En este mismo sentido, Renard (1999: 88) anota que “[...] alrededor de los productos orgánicos se han creado alianzas políticas, redes sociales y circuitos comerciales que involucran desde los productores agropecuarios, los intermediarios y distribuidores hasta llegar a los consumidores demandantes de este tipo de [alimentos].”

En esta misma línea, Pérez y Monachon (2015: 499) plantean que en la relación entre consumidores y productores también se busca que estos últimos obtengan precios justos que les permitan impulsar procesos de desarrollo económico, social y cultural. Mediante el

“comercio justo”, los consumidores reciben un producto de calidad certificada, elaborado respetando la salud y el medio ambiente y se solidarizan con los campesinos al pagar un precio que reconoce el valor de su trabajo. Al respecto, Renard (1999: 89) sostiene que la producción agroecológica u orgánica posibilita a los integrantes de la cadena comercial escapar de la lógica del mercado dominante y beneficiarse así con una renta de las condiciones comerciales menos desventajosas.

En este mismo sentido, en su investigación con caficultores orgánicos del estado de Oaxaca, Jaffe (2007: XIII-XIX, 24, 26) anota que el comercio justo es una respuesta a las desigualdades del mercado. Los pequeños productores de mercancías de países del sur global, que quedaron a merced de las fluctuaciones del mercado o que se vieron imposibilitados de participar en el comercio internacional, lograron precios estables o de garantía para sus productos. A decir de este autor (Jaffe, 2007), el comercio justo representa una especie de movimiento de autoprotección de pequeños productores contra la tiranía del mercado.

Bajo la bandera del comercio justo, dice Jaffe (2007), campesinos, agricultores y pequeños productores se organizan en distintas asociaciones para incrementar su poder, defender sus intereses y eliminar a algunos intermediarios permitiéndoles mayores ganancias. El contacto directo entre productores y consumidores propicia relaciones más duraderas entre ellos y que los consumidores indaguen más sobre los productos y el proceso de producción. Después de todo, algunos compradores estarán dispuestos a pagar un precio extra si su consumo compensa de manera “justa” el trabajo. En este sentido, Jaffe (2007) enfatiza que el comercio justo trata de reinsertar valores no económicos como moralidad, decencia, sustentabilidad y comunidad dentro de las transacciones que se llevan a cabo en el mercado.

Por otra parte, Altieri y Toledo (2010) han señalado que la producción agroecológica local es una vía para remontar la pérdida de soberanía alimentaria y de sustentabilidad de pequeños y medianos productores, resultado de la liberalización y privatización del campo. En

contraposición a la apuesta neoliberal de satisfacer la demanda de alimentos a través del comercio internacional, Altieri y Toledo (2010: 194) plantean que la soberanía alimentaria se logrará a través de la reactivación de los mercados y los ciclos locales de producción y consumo. Para estos autores, la producción agroecológica, además de posibilitar la recuperación de la soberanía alimentaria, sienta las bases para el logro de la soberanía tecnológica y energética que posibilita, a su vez, procesos de “resiliencia” entre los productores (Altieri y Toledo, 2010).

En el siguiente apartado me doy a la tarea de hacer una lectura crítica de estos principios con el objetivo de definir las premisas que guiarán el análisis de mi estudio de caso.

II.4. Una lectura crítica de la agroecología

En su estudio sobre movimientos populares urbanos, Olvera (2003: 55) señala que el asociacionismo civil forma parte de la expresión de luchas populares entre las clases medias urbanas orientadas a la defensa de intereses o aspiraciones específicas. Pertenecer a esas organizaciones, dice el autor, es una cuestión ética del individuo. Cabe preguntarnos ¿cómo se desarrolla este discurso ético de la sociedad civil en organizaciones agroecológicas como UC?

Algunos de los conceptos que subyacen a la fundación de estas organizaciones son el “comercio justo” y “la certificación agroecológica”, desde los cuales intentan mantenerse fuera del modelo político y económico dominante y resistir al neoliberalismo y al yugo del Estado. Estos dos conceptos están estrechamente ligados con la idea del “buen vivir” a través de la agroecología como un estilo y modo de vida diferente al convencional. Acosta (2015: 301) ha señalado que “el buen vivir” forma parte de una larga búsqueda de alternativas de vida fraguadas al calor de las luchas de la humanidad por la emancipación y la vida.

Desde esta perspectiva, la producción y el consumo de productos orgánicos locales y de precios justos garantizan vivir en armonía con el “medio ambiente”, remontar la pérdida de soberanía alimentaria, recuperar la sustentabilidad del campesinado, detener la destrucción de

la cultura tradicional y las identidades (Altieri, 2015; Gliessman, 2013; Fournier y Muchnik, 2012, Peredo *et al*, 2013; Pérez y Monachon, 2015) y, con ello, oponerse al orden dominante. Podemos decir que estos principios son parte de la ética del discurso de la sociedad civil, que en organizaciones agroecológicas como UC se expresa en la declaración de la pertinencia de consumir productos agroecológicos. No hacerlo estaría expresando la indiferencia por el cuidado de la salud y del “medio ambiente” o por el bienestar de los campesinos y “los pueblos originarios”.

Recuperación de la soberanía alimentaria y de la sustentabilidad

Algunos de los más connotados representantes de la propuesta agroecológica en México (Víctor Toledo y Manuel Altieri, por solo citar a los más destacados) afirman que a través de la producción agroecológica se puede enfrentar la pérdida de soberanía alimentaria. Después de más de casi cincuenta años del inicio de las operaciones de organizaciones de productores agroecológicos en zonas rurales de México pareciera que poco han abonado a la recuperación de la soberanía alimentaria. Al respecto, las cifras son elocuentes: mientras en 1990 el 19.8% del consumo de granos básicos provenía de las importaciones, para el 2006 era el 31.5% (Rubio, 2008: 38). En el caso del maíz, base de la alimentación de las poblaciones del centro y sur del país y, específicamente, del estado de Tlaxcala, entre 1993 y 1998 su importación se duplicó y en 1999 se incrementó 50% (Calderón y Ramírez, 2002: 293). Más recientemente, se esperaba que las importaciones de maíz aumentaran de 16 millones de toneladas adquiridas en 2019 a 18 millones en 2020¹².

Por otro lado, se afirma que a partir de la producción agroecológica los pequeños y medianos productores lograrán recuperar la sustentabilidad, una vez más, las cifras hablan por sí solas. En 1994 existían 4 millones de productores sustentables, para el año 2000 esta cantidad

¹² <https://www.eleconomista.com.mx/empresas/Mexico-lejos-de-ser-autosuficiente-en-maiz-20200126-0111.html>

se había reducido a 300 mil, en su mayoría se trataba de grandes empresas dedicadas fundamentalmente a la exportación (Rubio, 2008: 39). Rubio (2008: 39) anota que, aproximadamente, cuatro millones de productores salieron del sector rural en la década de los noventa.

Por su parte, Bernstein (2014: 1054) anota que en la discusión sobre soberanía alimentaria debe abarcar una variedad de políticas y prácticas públicas que van desde la regulación del comercio internacional y nacional de alimentos y productos básicos, la protección y promoción de la agricultura a pequeña escala, “ampliar” la agricultura de lo local a lo nacional, subsidiar los ingresos de pequeños productores así como los precios al consumidor de alimentos de pequeños productores. Es en definitiva, afirma el autor, una lista de demandas que ningún Estado moderno ha podido cumplir, mucho menos en un contexto donde la mayoría de los países se han afanado por insuflar al capitalismo. Según Bernstein (2014: 1055), el proyecto radical de lo que es la soberanía alimentaria no puede ser adecuado, imaginado, ni factible si se ignora o se pasa por alto la historia agraria de la época moderna.

En acuerdo con Bernstein (2014) y parafraseando a Appendini (1992: 262), podemos preguntarnos: a casi cincuenta años de distancia ¿la producción agroecológica ha sido una vía real para remontar los procesos de despojo que han sufrido los medianos y pequeños productores rurales en México en las últimas décadas? O, por el contrario, ¿la producción agroecológica ha sido incapaz de detener el embate de las transformaciones neoliberales del campo mexicano?

La alianza entre productores y consumidores

La relación virtuosa entre productores y consumidores, dicen los defensores de la agroecología, se evidencia además en el interés de estos últimos por un consumo responsable que los convierte en garantes del éxito de la agroecología, de la calidad de los productos que consumen

y, por tanto, en reguladores de la producción. Estas ideas no toman en consideración que las relaciones productores/consumidores se dan en un campo social marcado por las desigualdades, por lo que resulta en la equiparación de los productores con los consumidores de sus mercancías y en pensar las relaciones que estos sujetos establecen como relaciones entre mercancías, entre objetos (Wolf, 2001: 54).

Además, la propuesta agroecológica obvia el significado del consumo en esta fase de acumulación postfordista. Siguiendo a Narotzky (2007: 30), planteamos que el consumo incluye tanto las necesidades de la producción material, como las de la producción simbólica, de significados y su relación con el poder. Así, desde el concepto de consumo puede abordarse la complejidad de los sistemas de aprovisionamiento como una totalidad para entender las pautas de consumo, las relaciones sociales que se producen, la construcción del significado social o las formas de distinción y diferenciación social que surgen en torno al mismo.

En esta línea de reflexión, Sennett (2006: 123) señala que el consumo de bienes desempeña un papel decisivo en la complementación y legitimación de las experiencias de consumo: las personas compran “cosas deseables”, de un “modo inteligente” que les permiten tener una comprensión de las cosas físicas, un conocimiento de la producción y del oficio. Un ejemplo de este discurso es la afirmación de Pérez y Monachon (2015: 504) respecto a que el contacto de los consumidores con los productores agroecológicos les permite conocer las formas de producción y la actividad de los agricultores y, con ello, asegurar que lo que consumen “es bueno para la salud y el medio ambiente”. Parafraseando a Sennett (2006: 127-128) y Roseberry (1996), podemos decir que no importa qué se compra, lo que interesa es la sensación de un cambio personal y que consumir variedad y calidad antes que cantidad, marca una diferencia de clase. Respecto a esto, como documentamos en los capítulos III y IV, existe una relación de compra-venta entre pequeños productores agroecológicos afiliados a UC y a

Campesino para abastecer, entre otros, a restaurantes gourmet del estado de Puebla, cuyos clientes demandan “productos orgánicos de calidad”.

El sistema de marcas -por ejemplo, el sello de certificación que garantiza que un producto es agroecológico- busca que un producto básico se venda en todo el mundo pareciendo distinto, se trata así de disimular su homogeneidad (Sennett, 2006: 124). Desde esta perspectiva, pensamos que el consumo de productos agroecológicos, que por cierto son mucho más caros que los productos agrícolas convencionales, estaría marcando una distinción entre los consumidores: aquellos que tienen el poder adquisitivo para consumir estos productos y quienes no lo tienen. Hecho que pudimos corroborar en nuestras visitas a los “mercados alternativos” de Tlaxcala y Apizaco al documentar mediante la aplicación de una pequeña encuesta, que tenía por objetivo definir el perfil sociodemográfico de los clientes. La mayoría de quienes acuden a estos lugares cuentan con estudios universitarios, empleos medianamente estables en los que devengan salarios por arriba de la media o son jubilados y están interesados por un consumo responsable en aras de cuidar su salud y el “medio ambiente”¹³.

“El valor agregado”. Comercio justo y comercialización

Durante mi estancia en campo, La Maestra se quejó en reiteradas ocasiones de que muchos entran a la agroecología “más por conveniencia que por convicción”. Esta “conveniencia” tiene que ver con el hecho de que las certificaciones que reciben los productos agroecológicos los dotan de un valor agregado por encima de los productos convencionales. Por ejemplo, el precio del trigo no agroecológico es de \$5.50 el kilo, en cambio, el agroecológico puede ser vendido en \$10 o incluso \$11 (La Maestra, Hueyotlipan, Tlaxcala, 21 de julio de 2021). Don Samuel, uno de los líderes de UC, mientras hablaba con una productora de las ventajas de la certificación agroecológica para vender sus productos a un mejor precio, refirió “el valor

¹³ Ricardo Macip (comunicación personal) anota que esta frase es un pleonismo, resultado de las posturas “medioambientalistas” y “conservacionistas”.

agregado” que la certificación da a esta producción. Un factor más que abona al valor agregado es el “comercio justo”, que es el precio mínimo garantizado para protección de los productores de las fluctuaciones de los mercados.

Los promotores de la agroecología parten de la premisa de que la inserción de los productores agroecológicos en mercados alternativos, donde pueden competir con los oligopolios, es una vía para remontar los estragos dejados por la reestructuración neoliberal del campo. En esos espacios se promovería la “cultura de consumo responsable y la producción agroecológica” en todos sus aspectos (sociales, económicos, ambientales y culturales) y, de paso, “preservar la cultura del mercado tradicional y su aporte a la educación ambiental” (Pérez y Monachon, 2015: 499). No obstante, tal como anota Fitting (2006: 18), la producción agroecológica no protege a los productores de los embates del mercado, de las fluctuaciones en los precios de sus cultivos, del desempleo y de las recurrentes crisis económicas que han flagelado a estas poblaciones desde la puesta en marcha de políticas privatizadoras.

Respecto a la afirmación de que el comercio justo es una vía de resistencia al capitalismo, Macip (2007: 225-226) argumenta que a través de este comercio sus defensores más que resistir, buscan su armonización con valores posmodernos como multiculturalismo y neoliberalismo. Además, de manera similar a programas de asistencia social, estas organizaciones de la sociedad civil determinan identidades y acciones de sus miembros o beneficiarios en busca de su inserción en la sociedad dominante vía “canales alternativos de mercado” (Zamora, 2010: 202). En suma, siguiendo a Fraser (2020), podemos decir que las organizaciones de productores agroecológicos, ligadas al comercio justo, no buscan resistir al dominio del mercado y del Estado, más bien, son algunos de los espacios donde opera el capitalismo.

Al rescate de la cultura y las identidades

La alianza productores-consumidores se liga con otro de los problemas que se buscan remontar vía la producción agroecológica: la pérdida de la cultura y las identidades “tradicionales” de los pueblos campesinos e indígenas, hoy llamados “pueblos originarios”. Lo dicho por Carrier (2016 :43) sobre la cultura y las identidades nos permite hacer una lectura crítica de este objetivo:

El interés intelectual por la identidad y las formas en que lo que la gente hace y dice [que se ha esparcido no solo dentro de la antropología, sino también en las ciencias sociales y otras disciplinas como la biología y la agronomía] se dio en un período en el que la prominencia de la posición de las personas dentro de un todo socialmente concebido está siendo reemplazada por la autodefinición en términos de propiedades culturales internas como la etnia, el género y otras categorías relacionadas [...]. *Esto fue acompañado y alentado por un interés comercial concomitante.* El inicio del Giro Cultural se dio poco después de que los académicos interesados en la clase comenzaron a prestar atención al surgimiento de la clase media, a la que trataron cada vez más en términos de valores culturales y tipos de consumo [...] [o formas de vida, diría Renaud]. (Traducción nuestra. Cursivas nuestras).

En su investigación en el Valle de Tehuacán, Fitting (2006: 20) argumenta que los campesinos del centro y sur de México han sido retratados no solo como productores y guardianes de las variantes tradicionales del maíz, sino también de una tradición cultural y nacional de prácticas de cultivo que, como hemos visto, se pretenden poner al día a través de la agroecología. A decir de la autora (Fitting, 2006: 28), la narrativa del maíz como enlace con el pasado o con la tradición se ha constituido en elemento fundamental de la herencia o identidad indígena. En esta misma perspectiva crítica, Bernstein (2014: 1041) anota que los campesinos, pequeños productores, comunidades indígenas e incluso medianos productores agrícolas del llamado “sur global” han sido vistos como portadores de “tecnologías autóctonas” que reflejan una

comprensión de la relación con el mundo natural que es más realista y sostenible que la occidental.

Para Fitting (2006: 18) el problema de esta narrativa es que no toma en cuenta el hecho de que la agricultura y los medios de vida basados en lo “tradicional” están moldeados por las prácticas del Estado y del capital y cada vez se monetizan más. Por otro lado, señala que este sentimiento no es compartido por las nuevas generaciones quienes a menudo ven el cultivo de maíz como uno más de los problemas que aquejan a sus comunidades. Vale la pena preguntarse, parafraseando a Roseberry (2014: 238), ¿de qué imágenes de un pasado o un presente común se valen quienes promueven los proyectos de producción y comercialización agroecológica para preservar sus proyectos concretos como si fuesen un proyecto universal?

Al planteamiento de que la alianza productores-consumidores coadyuva a la recuperación de la cultura y las identidades “tradicionales” de los pueblos campesinos e indígenas, subyace la idea de la cultura como una entidad en sí misma. Siguiendo la propuesta de Kate Crehan, Fitting (2006: 25) propone examinar la relación de poder entre los dominantes y los dominados y cómo crean entidades sociales fluidas y relacionadas. Esto obliga a explorar las ideas y prácticas compartidas por las poblaciones rurales de México como un proceso y un conjunto de relaciones ligadas a fuerzas más amplias y no como entidades ya existentes (“culturas” o “economías naturales”) que confrontan al proyecto neoliberal mexicano y a la economía global. En suma, podemos decir que el desplazamiento de la clase por la cultura y las identidades en la antropología y en algunas ciencias sociales subestima “[...] los intereses y las acciones de las clases subalternas; simplemente se subsumen a los intereses y las acciones de las élites (que, a su vez, responden a los requerimientos de los diferentes capitales)” (Roseberry, 2014: 241).

Conclusiones

En este capítulo he analizado la Revolución Verde como una propuesta internacional iniciada al término de la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de paliar la pobreza y el hambre en el mundo. Asimismo, me he dado a la tarea de documentar las consecuencias de su aplicación en México. Aunque la producción de alimentos en nuestro país aumentó significativamente durante los años en que la Revolución Verde fue implementada (López Sierra, 1989), los beneficios de este incremento fueron desiguales. Mientras los grandes productores comerciales fueron los mayormente favorecidos, los pequeños y medianos productores no tuvieron a su alcance capital e infraestructura para tomar ventaja de las tecnologías, fertilizantes y semillas mejoradas ofrecidas por el Programa de Agricultura Mexicana (MAP), que fungió como intermediario entre la Fundación Rockefeller -una de las más importantes impulsoras de la Revolución Verde- y los productores agrícolas.

También he documentado la agroecología como una práctica y un movimiento en los años 70 ante los devastadores efectos de la Revolución Verde. En México la propuesta agroecológica de aquellos años se propuso retomar los conocimientos de los pueblos mesoamericanos y andinos con el propósito de lograr la soberanía alimentaria y la sustentabilidad de los pequeños y medianos productores. En los años 90, la agroecología toma nuevos bríos como una alternativa a las reformas estructurales de corte neoliberal que dejaron a los pequeños y medianos productores desprovistos de subsidios estatales y apoyos de diverso tipo e imposibilitados para competir con las grandes comercializadoras. Es en aquellos años cuando, alentados por destacados académicos, surgen organizaciones de productores y comercializadores agroecológicos en un intento por restablecer la soberanía alimentaria nacional y la sustentabilidad de pequeños y medianos agricultores. Estas organizaciones se han valido de la promoción de sus productos como orgánicos, locales y socialmente responsables,

cuyo “consumo responsable” pretende resolver la destrucción del ambiente y rescatar los “saberes” y “tradiciones” indígenas y campesinas.

No puedo dejar de señalar el papel que académicos y egresados de la Escuela Nacional de Agricultura, hoy Universidad Autónoma de Chapingo, han jugado tanto en la puesta en marcha de la Revolución Verde como de la agroecología. Es sabido que durante la Revolución Verde tuvieron un papel protagónico abanderando un proyecto que, como hemos visto, fue devastador para pequeños y medianos agricultores. Paradójicamente, en la actualidad se erigen como defensores a ultranza de la “madre tierra” por medio de la agroecología, adoptando el discurso multicultural. A esto han sumado la propuesta del “comercio justo” con la creación de “mercados alternativos”, tema que tocaremos en extenso en el siguiente capítulo.

Desde una perspectiva crítica la explicación de este fracaso se relaciona con el hecho de no tomar en consideración las condiciones históricas y estructurales que han transformado la producción de alimentos a nivel global a partir de la Revolución Verde y que impiden a estos grupos alcanzar la autonomía del Estado y del mercado dominante. Tampoco se repara en las causas que obligan a los productores a retirarse de la propuesta agroecológica, una de las cuales es el trabajo que implica la búsqueda de mano de obra, canales de comercialización y apoyo técnico que ofrecen organizaciones de la sociedad civil o programas gubernamentales. En el siguiente capítulo, con base en el análisis del caso de Unión Campesina, documentaré con amplitud estos escollos y la operación de los mercados alternativos de Tlaxcala y su viabilidad frente a los dominantes canales de comercialización de alimentos.

Capítulo III: Gestión de la producción agroecológica en Tlaxcala.

El caso de UC

[...] no todo colectivo de dimensiones pequeñas y relaciones cara a cara es una comunidad. Es ese el error de los ejercicios de economía solidaria y de justicia restaurativa, pues cuando un colectivo se organiza con un fin instrumental como, por ejemplo, suplir carencias en momentos de escasez o resolver conflictos, se disuelve apenas el problema que vino a solucionar se resuelve [...] (Segato, 2018: 27).

Introducción

En la propuesta de los “mercados alternativos”, donde se comercializa la producción agroecológica, como lo veremos más adelante, subyace la idea de “economía solidaria” a través de la cual pueden generarse lazos de solidaridad y, con ello, una comunidad alternativa al sistema dominante. En este capítulo, examinaré el origen y desarrollo de los mercados alternativos con el objetivo de analizar los canales de gestión de la producción agroecológica, que me permitirá hacer una lectura crítica de los principios que mueven a esta propuesta. Interesa de manera especial documentar las relaciones de los promotores de estos mercados con el Estado y el mercado dominante y con los productores. Estos mercados se rigen por el principio del comercio justo, a través del cual se fomenta la alianza entre consumidores y productores mediante relaciones de compromiso “éticas y medioambientales” con el fin de lograr un “consumo alternativo”, ajeno a la lógica capitalista.

A contracorriente de la propuesta de los mercados alternativos como una solución a los problemas que aquejan a productores y campesinos, argumento que dichos mercados no se contraponen al capitalismo, sino que buscan su armonización con este. Con base en

información de campo, documento el papel de los mercados alternativos de Tlaxcala y Apizaco y de otros canales de comercialización en la gestión de la producción agroecológica del estado de Tlaxcala.

El objetivo de este capítulo es develar y analizar los conflictos y las desigualdades que subyacen a las organizaciones de productores agroecológicos y a sus canales de comercialización, hecho que va a contracorriente de la premisa de que esta propuesta genera una comunidad alternativa al sistema dominante. En el primer apartado, examino las características de la agroecología en el estado de Tlaxcala. En el segundo, documento los orígenes y desarrollo de los mercados alternativos, tanto en diversas partes del mundo como en México y específicamente en Tlaxcala. El tercer apartado, describo el funcionamiento de los mercados alternativos de Tlaxcala y Apizaco y de una tienda de productos orgánicos y agroecológicos. Finalmente, en el cuarto apartado analizo los conflictos en esos espacios de comercialización.

III.1. La agroecología en el estado de Tlaxcala

Velasco (2014: 122) anota que la añeja tradición triguera del suroeste del estado de Tlaxcala fue seriamente afectada por la Revolución Verde. Asimismo, Fabila *et al.* (citados en Velasco, 2014: 122), señalan que entre 1940 y 1950 disminuyó drásticamente la producción de trigo tanto en tierras privadas como ejidales.

La imposibilidad de adquirir los paquetes tecnológicos para aumentar la productividad del cultivo, las fuertes plagas y la desintegración de los mercados de trigo regionales provocaron estragos en su comercialización en toda la región del suroeste de Tlaxcala. Su falta de competitividad en términos modernos, [...] orilló a [los productores a] buscar productos alternativos o fuentes de ingreso diferentes.

En el resto del territorio tlaxcalteca, el sistema de milpa fue paulatinamente desplazado por el monocultivo de maíz: en 2017, solo 5% del maíz producido en la entidad se cultivaba bajo ese

sistema. Esto es resultado de más de 60 años de fomento de la agricultura productivista que trajo la Revolución Verde (Zagoya *et al*, 2017). La agroecología fue una de las alternativas de los productores ante el embate no solo de la Revolución Verde, sino también, años después, de las políticas agrícolas neoliberales.

El surgimiento de organizaciones ecologistas interesadas en la conservación y aprovechamiento de los recursos naturales del estado de Tlaxcala se remonta a las décadas de los 70 y 80 del pasado siglo. Un ejemplo es el Servicio de Desarrollo y Paz (SEDEPAC), organización que sentaría las bases para la creación del Grupo Vicente Guerrero (GVG) en Españita y del Centro de Educación Ambiental (CEDUAM), este último conformado por Rogelio Cova (Monachon, 2017: 183-184). Según Monachon (2017: 182-183), Rogelio Cova fue un ecologista mexicano oriundo de Lázaro Cárdenas, Tlaxcala y un importante promotor de la agroecología en la entidad. Rogelio Cova participó activamente en CEDUAM y en proyectos de educación ambiental y agroecológica hasta su muerte en 1993. Posteriormente, miembros de la CEDUAM liderados por Gabriel Ledesma fundaron en 1994 el “Centro Campesino para el Desarrollo Sustentable” (Campesino).

La Maestra cuenta que Gabriel Ledesma, también miembro del CEDUAM y conocido como mentor de campesinos de la región en asuntos agroecológicos, fundó Campesino junto con la CEDUAM. Se podría decir que Campesino es “organización padre de UC”, a decir de La Maestra. Según ella, los objetivos de Campesino son capacitar a los productores en la agroecología y conservar las distintas variedades del maíz; además, Campesino tiene injerencia en espacios de comercialización como los mercados alternativos de Apizaco y Tlaxcala. Conforme pasa el tiempo, esta organización crece y sus necesidades van cambiando, ante lo cual se crean grupos “satélites” con distintos objetivos. Primero surgió “La Colmena Campesina”, que se propuso promover la producción y transformación de granos. Tiempo después apareció UC, cuya tarea fundamental es la certificación agroecológica de productores.

La Maestra recuerda que Campesino trabajó con el gobierno estatal durante la administración de Alfonso Sánchez Anaya (1999-2005), “entonces sí se avanzó en la agenda campesina”. Podemos decir que Campesino es una de las principales gestoras de la producción agroecológica en Tlaxcala, por ello será tratada con mayor amplitud en el capítulo IV.

Por otra parte, como hemos señalado, también se observa la presencia de organizaciones agroecológicas en otros municipios de la entidad como Españaíta, específicamente en la comunidad de Vicente Guerrero. Allí, según Monachon (2017: 188), no llegó la Revolución Verde debido a que los técnicos de aquella época concluyeron que los suelos de la región no eran aptos para desarrollar esta propuesta debido a la avanzada erosión que presentaban. De manera similar a varios poblados del país, Vicente Guerrero se enfrentaba a la falta de agua potable, deforestación, sequía, carecía de servicios de salud, salarios bajos, pérdida de tierras fértiles y la corrupción de autoridades locales.

En 1973, probablemente como una medida para solventar sus problemas, la comunidad de Vicente Guerrero se relaciona con el “Comité de Servicios de los Amigos” y posteriormente con la SEDEPAC, relaciones que propiciaron el nacimiento del Proyecto de Desarrollo Rural Integral Vicente Guerrero A.C (GVG) en 1989 (Monachon, 2017: 188). El autor anota que en 1993 GVG entró en contacto con la organización alemana “Pan para el mundo” con el objetivo de obtener financiamiento, a raíz de lo cual la asociación se constituyó como figura legal en 1997. El siguiente año GVG recibió apoyo de la Fundación Rockefeller (la que, como hemos señalado, jugó un papel importante en la puesta en marcha de la Revolución Verde en México) para echar a andar el proyecto de centro de capacitación para promotores comunitarios en temas de técnicas agroecológicas, gestión y educación ambiental (Monachon, 2017: 188-189).

En 2004 GVG comenzó a gestionar mecanismos para la protección de maíces nativos ante la presencia de importaciones de transgénicos procedentes de Estados Unidos. Su objetivo era defender y conservar las distintas variedades de maíz. Los miembros de este grupo

consideran a la semilla de maíz parte fundamental de su cultura, de ahí su interés por aplicar estrategias de diversificación y preservación del grano. A pesar de los diálogos con legisladores locales, GVG no tuvo éxito hasta 2008 cuando, con el apoyo de una diputada del Partido Revolucionario Democrático (PRD), se promovió la Ley de Fomento y Protección al Maíz como Patrimonio Originario en Diversificación Constante y Alimentario para el estado de Tlaxcala, aprobada por el Congreso del estado¹⁴ el 13 de enero de 2011 (Hernández, 2017: 98). Actualmente, dicha diputada es representante del partido político Movimiento Regeneración Nacional (MORENA) con quien GVG mantiene relaciones (Monachon, 2017: 189)¹⁵.

Organizaciones como GVG y Campesino aparecen en el espectro agrícola tlaxcalteca como una medida para proteger a los campesinos de los embates de las políticas privatizadoras de corte neoliberal. Sobre esto último, tanto La Maestra como don Eugenio coinciden al comentar que: “sí conviene a un productor estar en Campesino, ya que los apoyos son buenos, te capacitan en la agroecología y, aparte, te apoyan con abetos, ocotes y árboles frutales”. No obstante, ambos se quejan de la cantidad de juntas y la burocracia que se observan tanto en Campesino, como en La Colmena y UC.

Don Eugenio, de alrededor de 60 años, casado y padre de cinco hijos, todos apartados de la casa paterna, dedica buena parte de su vida a la agricultura: “el campo es un trabajo duro y uno tiene que buscarle”. Y así es, se ha acercado a “Sembrando Envidia”, “Jóvenes Destruyendo el Futuro”¹⁶ o Campesino en búsqueda de aligerar la dura carga que significa para un hombre de la tercera edad dedicarse a la agricultura. Don Eugenio trabajó como chofer de camiones de carga por más de treinta años: “de lunes a viernes trabajaba en el camión y los

¹⁴ Esta ley busca fomentar un desarrollo sustentable, promover productividad, diversidad y competitividad e incentivar actividades con productores y comunidades que descienden de aquellos que originalmente han cultivado maíz. La ley también establece los mecanismos de producción, consumo y diversificación y regula el almacenamiento, distribución y comercialización del maíz nativo (Lazos, 2014).

¹⁵ Las relaciones de GVG con los gobiernos locales se remontan a años atrás: en 1990 Gabriel Sánchez Ledesma, uno de sus miembros fundadores, fue elegido presidente municipal de Vicente Guerrero (Monachon, 2017: 190).

¹⁶ Utiliza estos términos para referirse críticamente a los programas gubernamentales “Sembrando Vida” “Jóvenes Construyendo el Futuro”, puestos en marcha por la actual administración federal.

fin de semana los dedicaba al campo. Pero como me enfermé, dejé de trabajar en el camión y me puse a trabajar en mis tierras.” Don Eugenio decidió salirse de Campesino “porque, entre reuniones y las cosas que nos piden, no podía dedicarle tiempo a mi tierra”. Del total de las seis hectáreas que tiene, solo dedica una parcela a la siembra agroecológica: “eso sí con una buena variedad de cultivos, esto para mejorar mi salud que se encuentra muy delicada”. En el resto de sus tierras practica una agricultura convencional, en la que echa mano de agroquímicos y del trabajo de un peón durante la siembra y la cosecha, además contrata una yunta para preparar el terreno. En un intento por ahorrar en salarios, se acercó al programa Jóvenes Construyendo el Futuro, con desastrosos resultados, según comenta: “a mí nunca me llegó información y me dieron de baja del programa. Aunque sigo en sembrando envidias”.

En los siguientes apartados analizo los diversos canales de comercialización de la producción agroecológica en el estado de Tlaxcala, a través de los cuales se gestiona esta producción. Destaco los conflictos al interior de las organizaciones por la disputa de recursos y de vínculos con productores, académicos y organismos financiadores. Asimismo, me interesa documentar el intermediarismo que se observa tanto en los mercados alternativos como en otros espacios.

III. 2 Los mercados alternativos. Origen y desarrollo

Como hemos señalado en el capítulo I, desde la década de los 70, a partir de la adopción de políticas neoliberales, se observó la concentración de la industria agroalimentaria, la saturación de los mercados en los países industrializados y el estancamiento de la demanda de algunos alimentos. Un ejemplo de esto son las seis grandes cadenas de supermercados en Argentina - entre las que destacan Walmart y Carrefour- estudiadas por Niño (2019: 106), quien anota que esas seis cadenas poseen el mayor número de establecimientos, tienen el mayor número de facturaciones y venden el 58% del total de alimentos y bebidas en ese país. Renard (1999: 82)

señala que las grandes cadenas de supermercados incursionaron en el lanzamiento de “marcas libres” con el objetivo de disputar el mercado de alimentos a los grandes distribuidores.

Las estrategias adoptadas por grandes y medianos productores y distribuidores para lograr ese fin fueron varias: la fragmentación del mercado, su salida de los canales dominantes de comercialización y agregar rasgos a los productos para diferenciarse de sus competidores. A decir de Renard (1999), estas estrategias de diferenciación correspondían a nuevas exigencias de calidad relacionadas con los cambios en los modos de vida, en los comportamientos alimentarios y en las preferencias de los consumidores según la edad, el género, los gustos, las costumbres, las necesidades y el diferenciado poder adquisitivo. Esto permitió que pequeños y medianos productores organizados, intermediarios, cooperativas, pequeñas agroindustrias y distribuidores satisficieran la demanda de las crecientes clases medias de alimentos “sanos”, “orgánicos”, “auténticos” y “justos” a partir de “estrategias de resistencia basadas en la defensa y el reconocimiento de la calidad de sus productos” (Renard, 1999: 87).

En este escenario, los mercados de productos orgánicos se multiplicaron en el mundo en los últimos 20 años: las ventas totales de esta producción se incrementaron 5% en 2019 para alcanzar 55 billones de dólares. Por otra parte, aproximadamente 32.7 millones de hectáreas se destinan a la producción agrícola; destaca el aumento de países en desarrollo involucrados en esta producción. Además, se estima que hay 1.8 millones de productores que se dedican a la producción orgánica (Collin, 2019: 347-348).

González (2011: 45) anota que la presencia de ese tipo de “experiencias” posibilitaron el surgimiento de mercados alternativos en países desarrollados como Estados Unidos, algunos de Europa, Japón y Canadá. O’Hara y Stagl (2001: 545) apuntan que en Europa la búsqueda de sistemas alimentarios alternativos comenzó a finales de la década de 1970. Desde entonces, la producción de alimentos orgánicos en aquella región ha aumentado significativamente en

parte debido a los cambios en las políticas agrícolas dentro de la Unión Europea en 1991. Por ejemplo, en Austria el número de granjas orgánicas se multiplicó por diez entre 1990 y 1996; la demanda de alimentos orgánicos subió 25% en Alemania, 12% en Gran Bretaña, 11% en Francia y Suecia, 9% en Dinamarca, 7% en Holanda y 3% en Italia.

Este crecimiento fue de la mano del movimiento *Slow Food*, organización sin fines de lucro fundada en 1989 por Carlo Petrini cuando un restaurante de la franquicia estadounidense McDonald 's abrió sus puertas a pocos metros de la Plaza España de Roma, Italia. En 1996 el movimiento dio un giro cuando pasó de dedicarse a la gastronomía a interesarse por la ecología y los agricultores que producían alimentos “artesanales”. Este cambio, a decir de Martins (2001: s/p), se dio porque “[...] ya no era suficiente con conocer buena comida: ahora necesitábamos saber de dónde viene, quién la produce y cómo podemos asegurarnos de su futura existencia” (traducción nuestra).

En 2001, *Slow Food* agrupaba a 65,000 personas: 5,000 personas en Estados Unidos eran miembros de *Slow Food U.S.A*, que se abastecía de diversos puntos de la unión americana, entre los que destacan productores nativo-americanos de Minnesota que le proveían de arroz salvaje, pescadores de ostras de Delaware y vendedores de manzanas de Oregon (Martins, 2001). Al final de mi estancia en campo en Tlaxcala en el verano de 2022, entré en contacto con Jennifer, quien tiene una maestría por la Universidad del Medio Ambiente. Jennifer se dedica a la comercialización de productos agroecológicos, incluyendo los de productores que no están afiliados a organizaciones agroecológicas de Tlaxcala. Ella abastece de verdura y hortalizas a *Slow Food-Tlaxcala* y a diversos restaurantes gourmet del estado de Puebla.

Asimismo, como anotamos en el capítulo II, en 1996 Nature et Progrès, una asociación francesa sin fines de lucro, redactó el Cuaderno de Normas Para la Producción Ecológica, donde se estipulan las normas para los Sistemas Participativos de Garantía (SPG). Sus objetivos eran mejorar las prácticas que aumentarían la sustentabilidad ecológica, social y económica.

Además, planeaban convertirse en una herramienta para disminuir la distancia entre productores y consumidores (Nature et Progrès, 2009).

En Latinoamérica también se ha observado el crecimiento de la producción agroecológica y de su distribución. Según Roldán *et al.* (2018), en 2003 nueve organizaciones campesinas del centro de Colombia alentaron la creación de mercados en los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Tolima y Meta. Entre sus objetivos destacan “[...] la visibilización de la importancia de la economía campesina para la capital del país y el establecimiento de mercados, con cierta regularidad, en ocho parques de la ciudad [de Bogotá]” (Roldán *et al.*, 2018).

A partir del estudio de los mercados alternativos de la zona sur de Buenos Aires, Argentina, Missio (2020) refiere los principios que los sustentan. Uno de ellos es la formación de relaciones sociales entre productores y consumidores basadas en “[...] una nueva ética que guía nuevas prácticas económicas: eliminación/disminución de la intermediación, comercio justo, calidad, no explotación del trabajo, equidad de género, cuidado del ambiente.” (Missio, 2020: 4). El autor anota que el comercio justo es una práctica indispensable para el desarrollo de los mercados alternativos en tanto que lo que se busca es una relación de cooperación entre productores y consumidores. Desde esta perspectiva, el consumidor es consciente de que no sólo adquiere productos, sino también “[...] relaciones de compromiso con los productores en aspectos éticos y medio ambientales.” (Missio, 2020: 4). (*Cfr.* la lectura crítica que en el capítulo II hacemos sobre estos temas).

Los mercados agroecológicos en México

México se ubica en el tercer lugar a nivel mundial con el mayor número de productores agroecológicos: 128,862 personas se dedican a la producción orgánica (Collin, 2019: 348). Esta producción se desarrolló en México principalmente a partir de la crisis de la caficultura

ligada al inicio del desmantelamiento en 1989 de la empresa estatal Instituto Mexicano del Café (INMECAFE) y de la caída de los precios internacionales del café en ese mismo año. En ese contexto, miles de pequeños y medianos productores quedaron en la ruina al carecer del apoyo del Estado que facilitaba créditos, asesoría técnica y canales de comercialización. Ante la debacle de lo que Macip (2005) denomina la “caficultura social”, que incorporó a miles de productores minifundistas, particularmente indígenas, en diversos estados se adoptó la caficultura orgánica. Un ejemplo de ello se observa en los estados de Oaxaca y Chiapas, donde se concentra este cultivo, que es administrado por organizaciones y cooperativas campesinas e indígenas. Resalta el hecho de que 47.84% del total nacional de la agricultura orgánica se concentra en estas dos entidades, pero gran parte de ella es café (Escalona, 2010; Jaffe, 2007).

Por otra parte, vale la pena señalar las peculiaridades de la comercialización de la producción agroecológica en México, que lo diferencian del resto de Latinoamérica. A decir de Schwentesius y Gómez (2015: 100), a partir del crecimiento del mercado orgánico a nivel mundial en los años 80, México se posicionó como uno de los principales exportadores de estos productos, he allí una de esas particularidades. Ante esto destaca el hecho de que sólo 15% de la producción orgánica se destine al mercado interno, uno de cuyos canales de distribución son precisamente los mercados alternativos.

La experiencia de comercialización alternativa se inició en México en la Feria Anual de Productores “Vida Digna” llevada a cabo en 1975 en la ciudad de Dolores Hidalgo, Guanajuato. Esta feria, que fue promovida por la Red Mexicana de Comercio Comunitario (REMECC), continúa hasta nuestros días porque, a decir de los vendedores que participan en ella, es un espacio para reforzar “lazos de identidad” (Collin, 2019: 346). Los mercados alternativos surgen en México casi treinta años después de esta primera experiencia a partir de los trabajos de la Universidad Autónoma Chapingo, encabezados por Rita Schwentesius - socióloga rural, formada en Alemania y en la Unión Soviética y profesora de dicha

Universidad- para la conformación de la Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos (REDAC).

La REDAC, fundada en 2004 y actualmente extinta, era una organización de la sociedad civil integrada por tianguis, mercados, productores y consumidores. En 2013 estaba conformada por 28 mercados consolidados y nueve en construcción vinculados a la agroecología, el comercio justo, la promoción de la certificación participativa y actividades, talleres de formación y asesorías. La mayoría de estos mercados fueron integrados por organizaciones de productores y tienden a practicar la certificación participativa (Collin, 2019: 354). Los mercados alternativos del estado de Tlaxcala, que serán analizados en extenso más adelante, pertenecían a esta red.

Uno de los mercados que formaba parte de la REDAC y uno de los primeros en aparecer, es el de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, fundado en 2005 por un grupo de cinco mujeres que buscaban “[...] acercar a los productores orgánicos de la zona a consumidores conscientes dispuestos a pagar por la calidad de los productos” (Santana, 2011: 138). En 2011 participaban en este mercado, 30 productores y cuatro vendedoras de hortalizas “limpias”, todos ellos inmiscuidos en el proceso de “conversión a lo orgánico” (Santana, 2011) (Monachon, 2017). Otros de los mercados alternativos que estudió Santana son el Tianguis Purépecha de Michoacán, La Feria Anual “Vida Digna” en Dolores Hidalgo, Guanajuato y el de la ciudad de Tlaxcala. La autora destaca que la principal característica de estos mercados es que “[...] permiten construir una alternativa viable de intercambio de bienes a pequeña escala y frecuentemente de manera doméstica, aunado a las relaciones personales y al consumo alternativo” (Santana, 2011: 138).

Los mercados agroecológicos en Tlaxcala

El Mercado Alternativo de Tlaxcala (MAT), que es uno de los más importantes mercados agroecológicos del estado, fue ampliamente investigado por Escalona (2010: 240). El autor refiere que, durante los trabajos de un Taller de Derechos Humanos realizado en 2004 en la ciudad de Tlaxcala, convocado por la Comisión Nacional de Derechos Humanos, al que asistió un número importante de campesinos, se puso en la mesa de las discusiones el tema de la comercialización “convencional” de la producción agroecológica. Resultado de las discusiones se formó un grupo de trabajo apoyado por religiosas, al que se invitó a productores y consumidores de productos agroecológicos a sumarse al proyecto de fundar un mercado alternativo. Después de varias reuniones, se acordó la formación de un mercado local para comercializar productos agroecológicos, asimismo, se pensó ese espacio como privilegiado para generar la alianza entre productores y consumidores y garantizar la calidad y el precio justo de los alimentos.

Uno de los primeros asuntos a resolver fue la ubicación del MAT. En un primer momento, sus promotores acudieron a instituciones gubernamentales que no les dieron una respuesta positiva. Al no contar con el apoyo gubernamental, decidieron solicitar ayuda a la iglesia. Entonces, el mercado se estableció en el atrio de la Capilla de San Nicolás Tolentino, localizada en el centro de la ciudad. Poco tiempo después, ante las protestas de los feligreses por vender alimentos “en la casa del señor”, el mercado fue removido. Finalmente, con el apoyo de las autoridades del municipio, se permitió que el MAT se instalara en el Parque San Nicolás, aledaño a la capilla (Escalona, 2010: 241), donde hasta el día de hoy se localiza.

Por su parte, Pérez y Monachon (2015: 498, 499) documentan la fundación del primer mercado alternativo en Tlaxcala en julio de 2005, cuyo propósito era vender productos sanos y ser un sostén de los pequeños productores y sus familias. Según los autores, el MAT surge

bajo los principios y valores del cooperativismo, economía solidaria y comercio justo. A su decir, sus objetivos son

[...] promover entre los habitantes del estado de Tlaxcala la cultura del consumo responsable y la producción agroecológica en todos sus aspectos (sociales, económicos, ambientales y culturales); además de preservar la cultura del mercado tradicional y su aporte a la educación ambiental (Pérez y Monachon, 2015: 499).

Posteriormente, en 2009, con el impulso de una contadora local y bajo los principios del MAT, se abrió un segundo mercado filial del MAT en la ciudad de Apizaco. En los dos mercados alternativos del estado de Tlaxcala participan 26 familias de productores procedentes de 15 municipios de la entidad y de 24 localidades diferentes. En 2015 el MAT contaba con 23 puestos y el Mercado Alternativo de Apizaco (MAA) tenía once puestos, con un promedio de dos personas por puesto. Además, en la producción y preparación de productos agroecológicos participan aproximadamente 200 personas (Pérez y Monachon, 2015: 501).

Por otra parte, uno de los retos que se plantean quienes enarbolan la propuesta de los mercados alternativos, tanto locales como nacionales y globales, es el logro de la vinculación de productores y consumidores con el objetivo de contrarrestar la lógica de la producción capitalista. Esto permitiría que los mercados funcionaran de manera diferente a como operan los mercados “convencionales” y abonar así a un proceso de transformación social y política (Pérez y Monachon, 2015: 505), que “construiría una racionalidad social y productiva diferente a la del neoliberalismo” (Leff, citado en Pérez y Monachon, 2015: 505).

Como hemos señalado tanto en el capítulo I como en este apartado, la emergencia de la agroecología y de los mercados alternativos se da hacia las décadas de los 70 y 80 del pasado siglo. Recordemos que es precisamente en aquellos años cuando se observa la reemergencia de la sociedad civil (cfr. Capítulo I), desde la cual se piensa a la sociedad como autónoma del Estado. También entonces el modelo de acumulación fordista gira hacia la acumulación

flexible, que implica, de manera fundamental, el accionar del Estado en distintos espacios y con nuevos ropajes (Fraser, 2020; Smith, 2011; Comaroff y Comaroff, 2001). Estos se manifiestan en Organizaciones no Gubernamentales, organizaciones civiles, organizaciones altruistas u organizaciones de productores agroecológicos, como la que aquí nos ocupa.

Una de las ideas fundamentales que sustenta estos proyectos es que son una vía para resistir los embates del sistema dominante a partir de la autonomía del mercado y del Estado, aunque al final no puedan prescindir de autoridades gubernamentales, como es el caso de los mercados alternativos en Tlaxcala. Vale la pena preguntarnos aquí sobre un asunto que será tratado con amplitud en los siguientes apartados: ¿quiénes son los promotores de estos proyectos en el devastado campo mexicano?

Mi experiencia de campo me permite afirmar que una buena parte de estos promotores son profesores o egresados de universidades -por ejemplo, la Universidad Autónoma de Chapingo y la Universidad Iberoamericana- quienes, a pesar de su innegable buena fe, han hecho suya la perspectiva de la diferencia, en la que los temas de cultura e identidad son centrales, sin tomar en consideración la desigualdad de clase y pasan por alto las condiciones que subyacen a la producción. Lo que los lleva a plantear que el consumo de productos agroecológicos marca una “diferencia”: la diferencia entre los que cuidan el “medio ambiente” y la salud y quienes no lo hacen; la diferencia entre consumidores “conscientes dispuestos a pagar por la calidad de los productos” y quienes no lo son. También se plantea que desde el “consumo responsable y los precios justos” se genera la alianza entre productores y consumidores que, tarde que temprano, pondrá en entredicho al capitalismo.

En el siguiente apartado, con base en información de campo, documento la operación de los mercados alternativos de Tlaxcala y de Apizaco y de una tienda de productos orgánicos de la ciudad de Tlaxcala.

III. 3 Los mercados alternativos de Tlaxcala y Apizaco y la tienda de productos orgánicos y agroecológicos “De mi rancho a tu casa”

El mercado alternativo de Apizaco

En junio de 2021 regresé al Mercado Alternativo de Apizaco (MAA) con el objetivo de “tantear el terreno” para iniciar el trabajo de campo. El MAA se establece cada miércoles en las afueras de la ciudad de Apizaco, en el lugar conocido por los lugareños como “Canchas de San Martín”. Hay alrededor de diez puestos de verduras, hortalizas, legumbres y frutas (nopales, aguacates, lechugas, tomate, cebolla, ajo, calabazas, fresas, entre otros productos), jabones, mermeladas, aceites, miel, plantas aromáticas, yogurt, postres y prendas de vestir. Destaca la fonda de doña Mona, quien prepara alimentos con hongos seta que ella misma cultiva.

Los puestos en el MAA se encuentran distribuidos alrededor de la cancha de basketball. A excepción del puesto de verduras de Roberto y el de hongos de doña Mona, todos los puestos tienen una mesa cubierta con un mantel verde, por aquello de lo ecológico, sobre la cual se exhiben los productos, además de unas cuantas sillas en las que se sientan los vendedores. Aunque se ha incorporado la venta de productos agrícolas de temporada como huevo, pollo o borrego y verduras de estación, su oferta es limitada por lo que no alcanza para llenar una despensa. En contrapartida, observamos que la mayoría de los puestos expenden productos que no son de uso cotidiano y que, probablemente sean adquiridos más para apoyar al productor que para cubrir necesidades básicas.

Un ejemplo de esto último es el puesto de Olga de postres (pasteles, galletas, muffins y café). En el verano de 2021 Olga, de 21 años de edad y originaria de Apizaco fue aceptada en el MAA. Olga me platicó que fue parte de la selección de gimnasia del estado de Tlaxcala, pero al lesionarse se vio obligada a abandonar la duela y buscar ingresos mediante la elaboración y venta de postres, entonces inició su negocio “Olga-Delicias”. Comenta que al ser aceptada por la dirección del MAA tuvo que firmar unos papeles en los que se comprometió a elaborar sus

postres con ingredientes agroecológicos, ya que de otra manera no le permitirían vender ahí. A pesar del entusiasmo de Olga, Martha, otra vendedora, comenta que no cree que “aguante mucho” por los conflictos que se generarán al haber dos vendedores de postres en el MAA. El caso de Olga, además de ilustrar el tema de los vendedores de productos que no son de primera necesidad, también nos permite observar que quienes tienen la última palabra sobre quiénes pueden ser parte del MAA son, como veremos en el siguiente apartado, los líderes de las organizaciones agroecológicas del estado.

La primera vez que visité el MAA, en el verano del 2018, en compañía de David Monachon, me comentaba que una parte fundamental del éxito de los mercados alternativos o convencionales son los puestos de frutas, verduras y hortalizas y de antojitos y comida. El resto de los puestos del MAA, como pude comprobar en mis posteriores visitas al lugar, son inestables, sólo cuatro de los que había en aquel año se mantenían en 2021. Dos de mis informantes, vendedores en este mercado, me comentaron que la permanencia de esos puestos depende de la aceptación de “la vieja guardia”. Ellos, por ser los miembros más antiguos del MAA, tienen mayores cuotas de poder en las asambleas del MAA, donde se decide, entre otros asuntos, quiénes pueden estar en el mercado y quienes no o se imponen reglas a los vendedores, por ejemplo, el uso de uniformes o el tipo de materiales con los cuales se arman los puestos.

Respecto a los clientes que acuden al MAA podemos decir que son pocos y que la mayoría se concentra en el puesto de doña Mona y Roberto. En palabras de Rafael, los clientes del MAA son “consumidores cautivos”, es decir, son gente que acude cotidianamente al mercado, por lo que solo se detienen en los puestos donde comprarán lo que les interesa y “no más”. Una parte importante de los clientes vive en las inmediaciones de la cancha y cuentan con estudios universitarios o son jubilados. Los entrevistados señalaron que acuden al mercado por estar cerca de su casa y porque consideran que el consumo de productos orgánicos es bueno

para su salud, además de que comprando allí evitan a los intermediarios y contribuyen al cuidado del medio ambiente.

Como hemos señalado, muchos de los productos que se venden en el MAA no son de primera necesidad. Quienes esporádicamente compran jabones, aceites esenciales, postres, miel o mermeladas lo hacen para apoyar la “causa” o al productor. Ante la escasez de ventas muchos vendedores terminan retirándose, tal es el caso del puesto de postres de Olga, que en agosto de 2022 ya no estaba en el MAA. En contraste, en el puesto de antojitos de Doña Mona y el de verduras y hortalizas de Roberto las ventas son abundantes.

Cabe resaltar que Roberto está asociado a Campesino, lo que le garantiza, en alguna medida, su permanencia en el MAA y en el MAT. Para quienes no tienen esta relación su permanencia por largo tiempo se torna difícil. No obstante, hay sus honrosas excepciones. Es el caso de Doña Mona, quien hace algunos años abandonó UC por diversos conflictos, sin embargo, dado que es una vendedora exitosa, los líderes de esa organización no la han expulsado del mercado. Esto último evidencia el poder que las organizaciones agroecológicas de Tlaxcala ostentan en estos mercados que se manifiesta, entre otras cosas, en el hecho de que la cercanía a alguna de esas organizaciones puede ayudar a entrar y mantenerse en los mercados alternativos.

El Mercado Alternativo de Tlaxcala

El Mercado Alternativo de Tlaxcala (MAT) se instala los viernes entre las 9 de la mañana y las 2 de la tarde o cuando se acaba la mercancía que allí se expende. Este mercado está conformado por alrededor de trece puestos dedicados a la venta de diversos productos, que incluyen nopales, tamales, barbacoa, pulque y manualidades. La escandalosa clientela del pulque causa la molestia de algunos integrantes del MAT al permanecer allí hasta que cierra el mercado o hasta que se termina la bebida. El MAT es más grande que el MAA, por lo que algunos vendedores

de este último, como Doña Mona, Rafael, Enrique, Martha, Eli y Roberto, acuden también al MAT. Asimismo, asisten productores de GVG del municipio de Españita, de Campesino y otros vendedores, como Martha y Enrique, que no están afiliados a ninguna de esas organizaciones y venden por su cuenta tanto en el MAA como en el MAT.

El pequeño parque donde se establece el MAT cuenta con algunas bancas, grandes árboles y plantas. En el centro se localiza un busto de Felipe Santiago Xicotécatl, prócer regional, y una fuente. La mayoría de los puestos se ubica alrededor de la fuente y los tres puestos grandes de antojitos y verduras en las esquinas del parque. Algunos transeúntes se detienen a comer en el puesto de doña Mona o en el de barbacoa. La actividad del mercado es amenizada por la música que se escucha desde la bocina de Rafael. Aproximadamente a las 11 de la mañana, Gerardo, asiduo cliente del mercado y ferviente defensor de la agroecología, toma el micrófono para hablar de temas de su interés y de su propia agenda política. Una parte de los vendedores del mercado declaran de manera irónica ser “fans” de las reflexiones de Gerardo, no obstante, su discurso, por reiterativo, pasa inadvertido.

Un día de agosto de 2022, apoyado por el “escuadrón de la muerte”, Gerardo habló de los memes que circulan en redes sociales donde se afirma que “Tlaxcala no existe”. A contracorriente de esta versión generalizada, Gerardo afirmó que Tlaxcala es un estado digno y lleno de historia, por lo que exigió a sus paisanos reclamar el respeto que merece su entidad y así expresar “justicia social y dignidad”. Al finalizar la intervención de Gerardo, uno de los miembros del “escuadrón de la muerte”, que había ingerido una buena cantidad de pulque, gritó a los cuatro vientos lo emocionado que le hacía sentir que existiera “un espacio local, de iniciativa de los propios productores” y que para él esto era un paso más para una “cultura digna”. Como podemos observar, a las demandas de Gerardo y sus compañeros subyacen las narrativas culturales e identitarias que han calado hondo no sólo en la academia, sino también

en el pensamiento popular y en las que la desigualdad de clase y las relaciones de poder quedan totalmente desdibujadas.

Al ubicarse en el centro de la capital del estado, el MAT atrae tanto a residentes de la ciudad como a turistas. Tuve la oportunidad de platicar con algunos de ellos que en su recorrido por el centro colonial se toparon con este mercado. Desconocían que era un mercado agroecológico y manifestaron su beneplácito porque en Tlaxcala hubiera gente que se preocupara por el medio ambiente y la salud. Asimismo, dada la importante afluencia de clientes al MAT, se observa a algunos vendedores ambulantes de variadas artesanías, típicos de los centros históricos del país. Ocasionalmente, un grupo de marimba callejero ameniza las actividades del mercado a cambio de una propina.

A partir del perfil sociodemográfico que realicé con base en entrevistas a los consumidores y de mis observaciones, puedo decir que la mayoría de los consumidores son vecinos del lugar, cuentan con educación universitaria y están interesados en cuidar su salud y el ambiente. Como hemos dicho, algunos de los clientes que asisten de manera regular al MAA y al MAT son lo que Rafael define como “consumidores cautivos”, que están convencidos de que el contacto directo de los compradores con el productor garantiza la eliminación del intermediarismo. En algunos casos esto es verdad, pero en otros se requiere una observación más detallada. El tema del intermediarismo será analizado en extenso más adelante.

Uno de los “consumidores cautivos” del MAT es Gerardo, quien tiene alrededor de 50 años, es historiador egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y, además, activista social. Además de la agroecología, le interesa la economía solidaria, la espiritualidad, el alma, las epistemologías del sur, el Movimiento Zapatista de Liberación Nacional. Para rematar el cuadro, se dice ferviente admirador de Andrés Manuel López Obrador. Tiene un programa de radio en una estación local en el que habla de los temas de su interés. Gerardo piensa que respecto a la agroecología él es “híbrido”, ya que no es

completamente agroecológico. Comenta que tiene 16 años asistiendo al MAT y que, junto con su esposa, fue uno de sus primeros clientes. El MAT representa para él “una oportunidad de salir del sistema”, específicamente, del sistema neoliberal.

Un ejemplo más de estos consumidores es la señora Cecilia, quien acude a los dos mercados. Ella estudió dos maestrías, una de ellas en permacultura¹⁷. Cecilia me comenta que vive en Tlachco y lleva varios años asistiendo al mercado, especialmente al puesto de verduras de Roberto. Cecilia comenta que hace sus compras en esos mercados porque allí los productos son más sanos, naturales, “producidos sin tantos químicos” y locales. Normalmente acude a los mercados acompañada de algunos de sus hijos quienes me hicieron observaciones sobre los mercados alternativos y los productos que allí se venden similares a las de su madre, pero con menor entusiasmo.

Aunque la mayoría de los compradores no se involucran con este mercado alternativo más allá de las ocasiones en que acuden a realizar sus compras, destaca la presencia de la organización “Consumidores Conscientes”, desde la cual sus integrantes intervienen para mejorar la calidad de la producción agroecológica. En una reunión de agosto de 2022, en la que se discutió el proyecto de indicadores de agroecológicos de la Universidad de British Columbia (UBC), Rafael habló de la sugerencia de esa organización de poner malla sombra a los cultivos debido a que las hortalizas y verduras que se venden en el mercado estaban maltratadas por el sol y diferentes plagas. Los miembros de UC y Campesino tomaron cartas en el asunto y, en aras de mejorar sus ventas, aceptaron la recomendación de “Consumidores Conscientes”. Desafortunadamente, no tuve tiempo para obtener mayor información sobre esta organización

¹⁷ “Arte de diseñar espacios de vida, territorios funcionales, profesiones y vidas ricas en significado, inspirados en la naturaleza. También cuidar de los seres humanos, de la tierra y a compartir equitativamente.” <https://www.fondation-louisbouduelle.org/es/2018/04/23/diez-cosas-debes-saber-sobre-permacultura/#:~:text=La%20permacultura%20es%20el%20arte,la%20tierra%20y%20a%20compartir%20equitativamente.>

que, probablemente, me hubiera permitido develar algunos asuntos de la relación entre productores y consumidores en los mercados alternativos.

El papel del intermediarismo en la comercialización de la producción agroecológica. El caso de la tienda de productos orgánicos y agroecológicos “De mi rancho a tu casa”

Como hemos señalado en el capítulo II, uno de los principios de la agroecología es la eliminación del intermediarismo que, a través del comercio justo, resultará en la alianza de productores y consumidores. No obstante, pude documentar que las organizaciones campesinas de Tlaxcala echan mano de intermediarios para lograr la comercialización de una parte de la producción agroecológica de los afiliados que cumplen con los estándares de este mercado. Uno de esos intermediarios es Liliana, originaria de la Ciudad de México y egresada de la Universidad de Chapingo. Liliana llegó a Tlaxcala hace siete años después de que la empresa donde trabajaba quebró y recibiera su liquidación, que utilizó para comprar las ocho hectáreas que posee actualmente y dedicarse a su “sueño de ser agricultora”. Hace cuatro años decidió abrir la tienda “De mi rancho a tu casa”, donde catorce productores le entregan periódicamente mercancía para su venta.

Su marca, “Señor Maíz”, consta de 36 productos diferentes y está ligada a UC a través de las certificaciones que esta organización realiza. Con el objetivo de aumentar el precio de los productos por el valor agregado que da esta certificación, Liliana estableció un acuerdo con UC para certificar la mercancía que expende en su tienda. Pero como repetidamente la organización no le da las certificaciones, Liliana creó un grupo de *whatsapp* con alrededor de veinte clientes con el fin de validar los alimentos sin procesar que le venden (maíz, nopal, trigo y verduras) y que ella ofrece a sus consumidores. Constantemente envía fotografías de las parcelas, de los agricultores y los productos como evidencia de que son agroecológicos. Debido a la negligencia de UC, Liliana ha encontrado en su grupo de *whatsapp* una forma de “certificar” que todo lo que vende es agroecológico, aunque no cuente con el sello requerido.

El trabajo de Liliana llamó la atención de Graciela Díaz, líder del colectivo “México Tierra Viva”¹⁸, quien le ofreció abastecer su tienda de diversas mercancías y distribuir sus productos a nivel nacional e internacional. A decir de Liliana, Graciela la contacta con productores de distintos puntos del país tan distantes entre sí como Michoacán y Chihuahua para facilitar la comercialización e intercambio. Inclusive tiene contacto con productores de África, orgullosa me muestra una crema de manteca de karité procedente de dicho continente.

Siguiendo la propuesta de Jaffe (2007: 77), podemos definir el acuerdo entre Liliana y Graciela como “coyotaje”, una forma de intermediarismo entre los productores y el mercado. Los “coyotes” suelen ser el primer eslabón de una larga cadena de comercialización antes de que los productos lleguen al consumidor. Esta cadena puede incluir, además de productores y “coyotes”, distribuidores, bodegueros, dueños de grandes, medianas y pequeñas tiendas, importadores y exportadores. El gran perdedor en esta cadena es el productor, quien ve mermados sus ingresos conforme sus productos transitan por la cadena. En contrapartida, los otros eslabones logran obtener una ganancia por el solo hecho de fungir como intermediarios entre el productor y el consumidor (Jaffe, 2007: 25).

Al gestionar la inserción de la mercancía dentro de sus propios canales de comercialización, Graciela y Liliana se convirtieron en “coyotes”. Ellas, como lo señala Jaffe (2007: 77) en su investigación sobre la caficultura orgánica en Oaxaca, utilizan sus conocimientos sobre los productores (comunidades e individuos), los precios y las compañías procesadoras para posicionarse en el mercado nacional e internacional, información que las dota de poder. Por ejemplo, ante la negligencia de UC, Liliana echa mano de ciertos artificios para vender sus productos como “agroecológicos” a pesar de no contar con las certificaciones correspondientes. Asimismo, revende en su tienda mercancías que periódicamente los

¹⁸ “México Tierra Viva” es una organización sin fines de lucro, fundada hace once años con el objetivo de “regenerar la Naturaleza a través de la compra de Alimentos Agroecológicos a campesinos que cuidan la tierra fomentando la salud” (<https://mexicotierraviva.org/>).

productores le “entregan”. Tarea similar a la que realiza Graciela, quien compra la cosecha directamente al productor o intermediarios y distribuye los productos a través de su colectivo a los clientes que los solicitan. Podemos observar que la labor que estas dos mujeres realizan en la comercialización de la producción es similar a la que se hace en la “agricultura convencional”.

Además de su labor de coyotaje, pese a pregonar los valores y el discurso agroecológico que describimos en el capítulo II, tanto Graciela como Liliana, en los hechos, no cumplen con estos principios. Algunos ejemplos al respecto. Desde la propuesta agroecológica se promueve el consumo local, sin embargo, ellas son intermediarias de productores no solo de Tlaxcala, sino también de otros puntos del país o de otras latitudes del mundo. Por otro lado, los consumidores de México Tierra Viva, ciudadanos en su mayoría, son totalmente ajenos a los procesos de producción de los alimentos que llegan a su mesa y sólo están interesados en consumir productos libres de agroquímicos que son buenos para su salud. Un punto crítico más es el hecho de que Graciela se vale de trailers y grandes camiones de carga para transportar los productos a diversos destinos, lo que evidencia que la comercialización de la producción agroecológica no es “amable” con la naturaleza y, en definitiva, no va en línea con “el cuidado del medio ambiente”.

III. 4 La gestión de los mercados alternativos y conflictos

¿Quiénes son los gestores?

Algunos de los principales promotores de la propuesta agroecológica en Tlaxcala estudiaron alguna ciencia natural (biología o agronomía) o una disciplina social o humanística (antropología, sociología, historia), la mayoría comparte el discurso de Gerardo. Otros más son lugareños, con educación básica, que han participado en la política local. Solo algunos viven de la producción agroecológica, pero todos se benefician de la gestión de la agroecología. La

mayoría de los líderes de UC y de Campesino también tiene algún tipo de educación universitaria o técnica. Algunos de los más destacados han trabajado en temas referentes a agroecología por más de 30 años, incluso desde antes de la fundación de Campesino en 1994, ya sea desde el activismo, la academia o en la práctica agroecológica. Ellos, junto con representantes de la International American Foundation (IAF) o la University of British Columbia (UBC), son los principales gestores de organizaciones como Campesino, La Colmena Campesina y GVG, quienes han propiciado la formación de los mercados alternativos y la certificación participativa de UC.

Destaca la asistencia de algunos de los líderes a “encuentros campesinos” de distintos países latinoamericanos (El Salvador, Perú, Bolivia, Paraguay y Brasil). Allí se relacionan con productores manteniendo un constante intercambio de información, con el objetivo de “aprender, comparar y capacitarse en diversos ámbitos de la agroecología”. En Tlaxcala también se han organizado estos encuentros, el evento que describo en el capítulo I fue uno de ellos. En el encuentro de 2017, llevado a cabo en Brasil, representantes de UC y Campesino y líderes brasileños propusieron la creación del “comité gestor” que se encargaría de la gestión de financiamientos ante organizaciones como la IAF o la UBC.

En la reunión de 2019, también celebrada en Brasil, con el asesoramiento de Hannah Wittman, profesora de la UBC, se creó la primera lista de indicadores agroecológicos en lo social, económico y ambiental. Precisamente en uno de esos encuentros se diseñaron el Pilotaje de Indicadores Agroecológicos y la plataforma *LiteFarm*. También allí se han establecido alianzas entre diversas organizaciones campesinas de América Latina. No obstante, las organizaciones de productores campesinos, incluídas las tlaxcaltecas, están supeditadas a organismos internacionales como la IAF o la UBC, quienes dictan a los líderes de las organizaciones los requerimientos para continuar con “el recurso” (financiamiento). Las discusiones sobre cómo administrar “el recurso” o si vale la pena continuar gestionando estos

recursos, han resultado en la conformación de facciones y disputas dentro de las organizaciones.

Los gestores de la agroecología en Tlaxcala se han posicionado como defensores de campesinos y pequeños productores y de la producción agroecológica. Algunos de los pequeños productores que entrevisté fueron parte de los comités de estas organizaciones que, a su decir, abandonaron decepcionados de la gestión de ciertos individuos que no tomaban en cuenta aspectos de la producción agroecológica que ellos pensaban fundamentales. El caso de los pequeños productores tlaxcaltecas guarda importantes similitudes con lo señalado por Larsen y Brockington (2018: 4) en su estudio de los Organismos No Gubernamentales (ONG) de la Amazonía peruana. Los autores anotan que, a pesar de la existencia de una representación indígena en estas organizaciones y de su aparente participación como miembros activos que juegan roles centrales, estos productores son excluidos de la toma de decisiones en los proyectos, que como hemos visto, están en manos de líderes locales con amplia expertise en la agroecología y de representantes de organismos o universidades que otorgan financiamientos y asesorías.

Esto último evidenciaría lo que la Dra. Paola Velasco define como “la exclusión dentro de la exclusión” (comunicación personal). Parafraseando a Zamora (2010: 218), podemos decir que el control de los recursos otorga poder, no solo por los beneficios económicos, sino, de manera fundamental por el acceso a información sobre diversos temas de su interés. Así, son los líderes quienes reciben asesorías administrativas, de producción, sobre la mejora de la gama de productos y la gestión de recursos. Todo esto los convierte en bisagras entre los organismos que otorgan financiamiento y sus organizaciones, papel que los dota de poder sobre sus compañeros.

Conflictos en la organización del MAA

Cada miércoles, después de que el MAA “cierra” a las dos de la tarde, sus miembros y algunos productores y consumidores se reúnen para una junta dónde se ventilan problemas o asuntos diversos relacionados con la organización del mercado. En mis primeras visitas en 2018 las discusiones se daban a gritos. En ese entonces existían dos facciones que discutían principalmente dos temas: el consumo de pulque por parte de algunos vendedores dentro del MAA cuando cerraba y un caso de acoso hacia una de las vendedoras. La facción anti-pulque resultó triunfante, por lo que quienes disfrutaban de esa bebida espirituosa han tenido que consumir el pulque con moderación y sin hacer escándalo. En cuanto al acoso, solo uno de los implicados fue expulsado del MAA.

Actualmente, las discusiones durante las reuniones han bajado de tono y ya no son frecuentes. Sin embargo, eso no ha evitado conflictos entre “la vieja guardia” y otros afiliados más recientes del MAA. Uno de los temas que causan mayor escozor está relacionado con el uso de uniformes y los materiales con los que deben instalarse los puestos. En la mañana del 7 de julio de 2021, cuando se llevaría a cabo una junta, Rafael, quien la encabezaría, les dijo a los miembros del MAA que uno de los temas que se discutirían sería la organización del festejo del aniversario del MAA. Rafael aprovechó el momento para bromear sobre los conflictos que habían caracterizado a las juntas en el pasado: “hace mucho que no peleamos, ya hace falta”. Roberto remató el chiste diciendo: “quiero entrar en calor con este frío”. Ante las bromas todos reían y así pasaban el tiempo a la espera de que iniciara la junta.

Al empezar la junta a la una de la tarde Rafael la dirigió y Roberto hizo las funciones de secretario. El primer tema que se discutió tenía que ver con los uniformes. Doña Mona sugirió los colores blanco, verde y azul con pantalón, playera y mandil opcional. Aunque hubo una pequeña discusión sobre los bolsillos del mandil, en general no hubo objeciones a la propuesta. El siguiente tema, como lo había advertido Rafael esa mañana, fue el festejo del aniversario

del MAA, se tenía que discutir “cómo” sería el festejo. Una vez más, doña Mona planteó que cada uno de los miembros llevará una cartulina donde se explicará el significado que el mercado tenía para ellos. Aunque hubo discordancias de algunos, al final se aceptó la propuesta de doña Mona. Cuando la junta llegó a su fin, los miembros del MAA se retiraron y empezaron a recoger sus puestos. Roberto y Rafael celebraron la tranquilidad que hubo durante la junta y recordaron con ironía las juntas pasadas donde los gritos no paraban de escucharse.

Discutir los problemas e inquietudes es una parte importante en la gestión de estos mercados. No obstante, en el trabajo de campo observé que los profundos desacuerdos se hablan fuera de las juntas sin llegar a dirimirse, lo cual me genera ciertas reflexiones. Una de las cuestiones de las que se habla es la gran injerencia que algunos miembros tienen sobre la manera como se organizan las juntas y la toma de decisiones. Esto ha llevado a un repudio a las juntas por parte de algunos integrantes del MAA. Incluso, señalan que las juntas y los altercados que se suscitan en ellas ha impedido la llegada de nuevos vendedores. Además, anotan que ciertos individuos ostentan un mayor poder en la toma de decisiones sobre la organización del mercado. Quienes al final deciden sobre estos asuntos son quienes tienen mayor antigüedad y no quienes han logrado mejores resultados en las ventas. Todos estos asuntos, como lo he señalado, no son tratados abiertamente en las juntas, lo que ha generado apatía durante esas reuniones. Pude observar también una franca división entre la “vieja guardia” y los afiliados al MAA más recientes, que evidenciaría la imposibilidad de la propuesta de que los mercados alternativos generen comunidad y se conviertan en una alternativa al sistema dominante.

Conflictos en la organización del MAT

Los miembros del MAT se reúnen cuando el mercado cierra para discutir los problemas que enfrentan, en ocasiones los ánimos se pueden caldear. Los asistentes a la reunión del 30 de julio

de 2021, cansados después de una ardua jornada de trabajo y preocupados por la tormenta que se avecinaba, esperaban que la reunión terminara pronto. don Samuel era el secretario, después de pasar lista, inició la reunión. El primer punto del orden del día era tratar el descontento de algunos miembros del MAT porque en el convivio del mes anterior uno de los afiliados llevó refrescos embotellados, lo cual se agradecía y no se negaba su buena intención. Sin embargo, algunos vendedores expresaron su descontento por la mala imagen del MAT que dichas bebidas daban. Don Samuel reconvino a los asistentes a no repetir hechos como el discutido.

Pasado este primer punto, se discutieron diversos temas. Uno de ellos fue la exigencia a quienes no habían aportado la cuota que les correspondía para pagar la renta de la bodega que se usa para guardar los materiales con los que se arman los puestos. Al mencionar los nombres de los morosos, los aludidos manifestaron gran malestar por lo que consideraban una exposición ante los miembros del MAT. Don Samuel puso fin a la discusión cuando les dijo que si no les gustaba que los “expusieran”, cumplieran con sus obligaciones. Otro de los temas abordados fue la puntualidad y asistencia a las reuniones. Después de cobrar las respectivas multas a quienes no cumplieron, don Samuel intentó proseguir con el punto de las visitas de verificación a los productores agroecológicos, pero un chiste le hizo perder el control de la reunión. Alguien describió la obligatoriedad de asistir a las reuniones con la expresión “son de a huevito”. El comentario hizo mella en algunos miembros del MAT. la controversia se avivó y mientras unos discutían, otros reían y bromeaban.

Después de unos minutos, una vez más don Samuel puso orden, pidió a sus compañeros que bajaran el tono y convenció a todos de seguir con la reunión, prometiéndoles que se irían más rápido si pasaban al último y urgente tema: las visitas de verificación o certificación. A pesar de mi insistencia, ningún miembro del MAT me pudo explicar por qué si UC realiza certificaciones, los miembros del MAT hacen su propia certificación. Puedo suponer que esto es resultado, por un lado, de que no todos ellos pertenecen a UC. Por otro lado, a que el MAT

apareció antes que UC, por lo que desarrollaron un sistema propio de certificación que hasta la fecha siguen utilizando.

Don Samuel y Rafael dicen que, a causa de la pandemia de Covid 19, el MAT no pudo realizar las visitas de verificación a los productores por lo que, con la llegada de las vacunas y un aparente “control” de la pandemia, era pertinente retomarlas. Se organizaron dos grupos para hacer las verificaciones. El primero iría a Santo Tomás, Tepetilla y Santa Cruz Aquiahuac y el segundo a López Mateos. Asimismo, pidieron apoyo a Rodolfo, presidente de Campesino, para el área de Hueyotlipan. Se resaltó que muchos de los dictámenes que se revisaron tenían “tache”, es decir, no fueron realizados correctamente, por lo que se recordó a los verificadores la importancia de que los dictámenes fueran bien elaborados para seguir recibiendo apoyo de los organismos con los que trabajan proyectos y para satisfacer las necesidades y demandas de los consumidores.

Conclusiones

En este capítulo hago una rápida revisión de la forma como opera la agroecología en el estado de Tlaxcala y los mercados alternativos en donde se comercializa esa producción. Como hemos observado, académicos, estudiantes, productores, amas de casa conciben a la agroecología como una solución a los grandes problemas ecológicos y de salud que aquejan a la humanidad en la actualidad. Tlaxcala se caracteriza por ser una de las entidades del centro del país donde se observa una importante presencia de organizaciones de productores y distribuidores de productos agroecológicos en mercados alternativos o en otros canales de comercialización, entre los que se incluyen las denominadas “vías dominantes de distribución”.

Estas organizaciones enfatizan su autonomía del Estado y del mercado y ser expresión de la sociedad civil. Sin embargo, como hemos corroborado, en muchas ocasiones están a merced de los organismos que les otorgan financiamiento para continuar con su operación, del Estado y del mercado dominante. Asimismo, el intermediarismo sigue presente en la

producción agroecológica tlaxcalteca. Las tiendas de productos agroecológicos de la entidad se valen del intermediarismo y de certificaciones hechas por los dueños de estos establecimientos para satisfacer las demandas de sus clientes. A pesar de intentar librar el intermediarismo, los propios promotores de la agroecología señalan la casi imposibilidad de lograrlo. Al respecto, Roberto me comentó: “En Campesino se discutió sobre el intermediarismo, pero se tiene que hacer”. Rodolfo anota una cifra contundente: “Sólo el 47% de lo vendido es contacto directo entre el consumidor y los productores”. Desafortunadamente no pude corroborar esta cifra, pero puedo decir, con base en mis observaciones, entrevistas y pláticas informales, que los mercados alternativos de Tlaxcala aglutinan a un número reducido de productores quienes comercializan pequeñas cantidades y, como lo he descrito, la mayoría no son productos de primera necesidad.

Asimismo, me he dado a la tarea de analizar el conflicto en estas organizaciones con el fin de develar su nula horizontalidad. Esto me ha llevado a desentrañar prácticas que abonan a la desigualdad entre los propios participantes en el proyecto agroecológico, productores y comerciantes. También he documentado las prácticas de líderes y promotores que sancionan quienes pueden ser parte de estas organizaciones y quienes no. Son estos personajes quienes, además, acumulan información y relaciones con organismos y académicos que les permiten acceder a recursos que sus compañeros no tienen. En el siguiente capítulo examinaré, desde una perspectiva crítica, los mecanismos y procesos de exclusión entre productores agroecológicos y entre productores agroecológicos y “productores convencionales”.

Capítulo IV: Agroecología, ¿una vuelta de tuerca más en la exclusión?

Introducción

El objetivo general de este capítulo es analizar, con base en información obtenida en campo, los mecanismos y procesos de exclusión dentro del grupo de productores agroecológicos. Como hemos reiterado en capítulos anteriores, estar en organizaciones agroecológicas otorga ventajas a los productores. La Maestra y don Eugenio lo confirman con su testimonio: “Campesino, UC y La Colmena otorgan apoyo técnico, capacitación e, incluso, semillas y árboles como ocotes o abetos” (cfr. Capítulo III). Sin embargo, para la mayoría de los productores los rendimientos ni siquiera son suficientes para “completar el gasto”. Ante ello se ven imposibilitados de cumplir con los “valores y principios” de la propuesta agroecológica al tener que realizar otras actividades, entre ellas la producción convencional.

En su estudio sobre una cooperativa de cosméticos en Mazunte, Oaxaca, Zamora (2010: 212) anota que a pesar de que existan casos de “éxito” que posibiliten “la transformación social”, no todos los miembros tienen la oportunidad de ascenso o de estabilidad económica. En el caso de las organizaciones aquí estudiadas, las historias menos conocidas son las de los productores no “exitosos”, para quienes la agroecología es una actividad más para la reproducción de sus hogares. En sintonía con el cuestionamiento de Bernstein (2014) de por qué los miembros que son considerados la “vanguardia” ejemplifican las virtudes de “autonomía, diversidad, y cooperación”, mientras que otros no lo hacen, puedo preguntarme: ¿Las condiciones que subyacen a la desigualdad entre productores son dadas por la producción agroecológica o están puestas de antemano?

En el primer apartado, con el propósito de responder a la anterior pregunta, a partir de una tipología de productores agroecológicos, examinaré las condiciones que posibilitan que para algunos miembros de UC la producción agroecológica sea su actividad principal y para

otros solo una actividad más. Asimismo, a partir del hecho de que sólo un puñado de productores tienen los recursos para echar mano de trabajo asalariado, analizo este aspecto como una de las condiciones que subyacen a la exclusión entre productores agroecológicos. En el segundo, con el objetivo de develar los procesos de exclusión al interior de UC, analizaré los criterios considerados para seleccionar a los productores que participaron en el Proyecto Pilotaje de Indicadores Agroecológicos de la Universidad de British Columbia (UBC).

IV.1 La vanguardia en la agroecología

De Gortari (2020: 75) anota que 60% de las unidades de producción agropecuaria en México tienen un promedio de 2.5 hectáreas de terreno y poseen 15% de la superficie cultivable. El 40% restante de las unidades tiene una extensión promedio de 16 hectáreas y cuentan con el 85% de la tierra cultivable. En Tlaxcala la situación se asemeja al promedio nacional. A decir de Lazos (2014: 209, 211), la unidad de producción más frecuente con 69% del total es la pequeña propiedad cuya superficie máxima consta de dos hectáreas; el 30% ostenta entre dos y veinte hectáreas y solo el 1% tiene más de veinte hectáreas.

Por otro lado, en el estado de Tlaxcala en el primer trimestre de 2022, la población económicamente activa (PEA) fue de 621,000 personas con un salario mensual promedio de 4,350 pesos mexicanos. De estas personas, aproximadamente, 35,600 son trabajadores agrícolas. En el municipio de Hueyotlipan, donde realice la mayor parte de mi trabajo de campo, el 2.60% de las unidades económicas se ocupa en actividades agropecuarias¹⁹. La mayor parte de estos productores se dedican a la siembra de maíz, trigo y cebada. De este último grano, Tlaxcala ocupa el tercer lugar en producción a nivel nacional²⁰.

¹⁹ <https://datamexico.org/es/profile/geo/hueyotlipan#Industrias>

²⁰ <https://www.gob.mx/agricultura/es/articulos/conoce-el-mercado-organico-de-tlaxcala#:~:text=A%20nivel%20nacional%2C%20Tlaxcala%20ocupa,de%20cerdo%20y%20de%20bovino.>

La concentración de la tierra, por un lado, y la acentuada pulverización, por otro, que se observan en las cifras anteriores es parte del escenario en el que se desarrolla la producción agroecológica en Tlaxcala. A esto se suma la legislación que abona al minifundio dentro de esta producción. En el artículo 24 de la Ley de Protección Orgánica se reserva el acceso a la certificación participativa a pequeños productores. Esto se refleja en las unidades de producción afiliadas a UC: en agosto de 2022 las aproximadamente 50 unidades de producción (casas, familias, parcelas) afiliadas a UC tenían en promedio tres hectáreas (Rafael, uno de los líderes de Campesino, Hueyotlipan, Tlaxcala, 16 de agosto de 2022). Esta limitación resulta en que aquellos que cuentan con recursos, generalmente quienes han hecho de la agroecología su actividad principal, arrienden parcelas para la producción agroecológica de frijol, maíz, trigo, cebada, hortalizas, verduras, nopal y haba.

En sintonía con información estatal y nacional²¹ sobre la edad promedio de los pequeños productores agrícolas, una gran parte de los afiliados a UC son adultos mayores. Según Rodolfo, la razón de esta situación es que “la gente joven ya no quiere trabajar el campo y no tiene interés en él”. Destaca, asimismo, la importante participación de mujeres en esta organización. Como lo hemos señalado en el Capítulo II, podemos decir que estos dos fenómenos -el envejecimiento de los productores agrícolas y la feminización de esta actividad para enfrentar a la escasez de fuerza de trabajo y de recursos- están relacionados con la debacle que vive este sector desde hace ya varias décadas.

Podemos plantear que la agroecología ha devenido en una “actividad de refugio” de amplias franjas de la población rural para enfrentar esta situación. A pesar de que uno de los principios fundamentales de las organizaciones agroecológicas es la erradicación de la desigualdad, el trabajo de campo realizado entre productores y comerciantes agroecológicos

²¹ Más de la mitad de los agricultores tlaxcaltecas encuestados por Lazos (2014: 211) tienen alrededor de 50 años. A nivel nacional el promedio se ubica entre los 42 y 56 años de edad. (año <https://www.agricultura.gob.mx/sites/default/files/sagarpa/document/2019/01/28/1608/01022019-2-estudio-sobre-el-envejecimiento-de-la-poblacion-rural-en-mexico.pdf>).

me permite discutir críticamente este principio. Con el objetivo de revelar las desigualdades al interior de Campesino y UC, enseguida hago una tipología de los afiliados a estas organizaciones.

La diversificación de recursos y la producción agroecológica. Una propuesta de análisis

Tipo I. Hombres mayores, cuyos hijos han dejado la casa paterna, por lo que sus hogares están conformados por ellos y sus esposas. Son hombres que a lo largo de su vida se han dedicado al cultivo en parcelas de su propiedad, actividad que han combinado con trabajo asalariado temporal de diverso tipo en la región, al interior del país o en Estados Unidos. No obstante que algunos mantienen un trabajo asalariado, la mayoría -con enfermedades a costas que les impiden salir en búsqueda de trabajo- ve en la agroecología una vía para superar su agobiante pobreza. Destinan una parte de sus parcelas a esta producción y en el resto producen de manera convencional para el autoconsumo o la venta. El trabajo de sus esposas en las parcelas es fundamental y algunos de estos productores utilizan la fuerza de trabajo que ofrecen programas gubernamentales como “Jóvenes Construyendo el Futuro” y “Sembrando Vida”.

Uno de ellos es don Eugenio, quien tiene 67 años de edad, es casado y padre de cinco hijos, todos fuera de la casa paterna. Don Eugenio se ha dedicado desde niño a las labores del campo en la parcela familiar, actividad que, ya casado y ante las exigencias de su creciente familia, combinaba con la de chofer de camiones y trailers. Cuando se enfermó y ya no fue contratado, se volcó de lleno a la actividad agrícola. Al fundarse Campesino, don Eugenio se afilió a esta organización con el objetivo de “vender la cosecha a un mayor precio y de contar con apoyo”. Una parte de la producción agroecológica es para el autoconsumo y el resto para la venta. Regularmente el producto de la venta no es suficiente para la reproducción de su hogar. A esto se suman las contingencias climáticas del campo tlaxcalteca -especialmente sequías y heladas- y las plagas que merman su producción.

Aunque don Eugenio simpatiza con la causa agroecológica, ocupa otra parcela para la producción convencional para completar sus escasos ingresos. Antes buscaba mano de obra, canales de comercialización y apoyo técnico fuera de Campesino: ONG, UC, programas gubernamentales como “Jóvenes Construyendo el Futuro”, “Sembrando Vida” o “MasAgro” y Proyecto de Indicadores Agroecológicos de la UBC. Al toparse con engorrosos trámites burocráticos que “le quitan tiempo para el campo”, don Eugenio ha dejado de buscar recursos por esos canales. Él es un típico caso de aquellos productores agrícolas que han tenido que diversificar sus actividades con el objetivo de lograr la reproducción de sus hogares. Una de estas actividades ha sido la producción agroecológica, la que, como observamos, tampoco resuelve sus ingentes necesidades.

Tipo II. Mujeres que contaron con empleos estables y prestaciones laborales que les permitieron jubilarse y tener una pensión. Fue hasta que se afiliaron a organizaciones de productores agroecológicos cuando empezaron a dedicarse a la producción agrícola. Antes de finalizar sus vidas laborales adquirieron pequeñas parcelas para la producción agroecológica, a la que ven como una vía para “mejorar su salud y cuidar el ambiente”. Utilizan una buena parte de la producción agroecológica para el autoconsumo. La mayoría de estas mujeres viven solas, son viudas, divorciadas o solteras. Sus hijos también han dejado el hogar materno, pero, a diferencia del tipo anterior, les brindan apoyo a sus madres. Estos recursos y sus pensiones les permiten contratar fuerza de trabajo para las labores en sus parcelas.

Uno de estos casos es La Maestra, a quien hemos referido en diversas ocasiones. Ella vende su producción de trigo a Irene, una ingeniera química que tiene una panadería en Cholula, Puebla. La producción de maíz y frijol la vende a La Colmena y a México Tierra Viva. El resto de esta producción, de verduras y hortalizas la dedica al autoconsumo. Los ingresos obtenidos por las ventas se suman a su pensión y a los apoyos que recibe de sus hijos, lo que le permite mantener una producción agroecológica constante. La Maestra comenta que la

agroecología “es una inversión a largo plazo. Tengo más de diez años dedicándome a la siembra agroecológica y todavía no tengo ganancias”. Gran parte del dinero obtenido de la cosecha lo destina al pago de trabajadores que contrata para “pasar la yunta, cosechar, sembrar o desyerbar”.

También hay mujeres que procesan su producción para hacer diversos productos. Una de ellas es doña Eva, quien tiene alrededor de 70 años de edad, es maestra jubilada y vive de su pensión y de la ayuda que sus dos hijos le proporcionan. Doña Eva tiene un terreno de aproximadamente 2,300 metros cuadrados en San Pablo del Monte. Contrata a un peón para el trabajo en su parcela, donde produce nopales y diversas hortalizas. Doña Eva “transforma” estos productos en galletas, té y otros postres que vende a sus vecinos y conocidos.

Tipo III. Hombres y mujeres de mediana edad con estudios de secundaria, preparatoria o universitarios, solteros y casados, con hijos y sin hijos, algunos se han independizado de sus hogares paternos y otros no lo han hecho. Antes de integrarse a organizaciones agroecológicas algunos tenían un empleo relacionado con su profesión. Unos mantienen sus empleos y otros los dejaron para dedicarse por completo a la agroecología. Unos más, al finalizar sus estudios universitarios, se integraron a estas organizaciones. Algunos se convirtieron en líderes de estos grupos, otros “recogen” la producción excedente de compañeros para comercializarla en mercados alternativos o en otros canales de comercialización. También están quienes, además de dedicarse a la comercialización por temporadas de productos agroecológicos en el Mercado Alternativo de Apizaco (MAA), el resto del año realizan otras actividades.

Un caso más es el de Linda, quien tiene 35 años de edad, es ingeniera química farmacobióloga por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y cuenta con un posgrado. Procesa el cacao que compra a productores del sur del país para ofrecerlo con distintos grados de dulzura y concentración. Linda vende chocolates y derivados de cacao en el MAA y a través de su cuenta de Instagram. Pone su puesto en ese mercado cuando se da la

cosecha del grano, el resto del año se dedica a impartir capacitaciones para el procesamiento de alimentos y a surtir los pedidos que recibe por Instagram. A pesar de haber comentado que su trabajo con el cacao “es más un *hobbie* que su modo de subsistencia”, considero que la venta de chocolate y otros productos representa para Linda una importante fuente de ingresos.

Un caso más dentro de este tipo es el de Roberto, quien tiene alrededor de 40 años de edad, es casado, no tiene hijos y solo estudió la secundaria. Roberto se dedica a la venta de verduras en el MAA y el MAT. Cuando se afilió a Campesino le pusieron la tarea de “chalán” (ayudante) en los puestos de verduras a cargo de don Pepe y su hijo (cfr. Capítulo II). “Pero como ellos no cumplían con su trabajo y como nadie en Campesino se quería hacer cargo de los puestos”, Roberto decidió “agarrar la chamba”. A su decir, el trabajo de recolección de verduras en los municipios de Hueyotlipan y Españita, cada martes y jueves, y su venta en los mercados es “una chambota” por la que obtiene un margen de ganancia muy bajo. Antes, dice Roberto, “Campesino disponía de un sueldo para el vendedor en los mercados alternativos, pero ahora ya no hay nada”. Tomando en consideración que la recolección y venta de verduras es su única actividad, aventuramos que lo dicho por Roberto en el sentido de que sus ingresos son bajos no responde totalmente a la realidad. Asimismo, podemos pensar que la recolección y venta de la producción en los mercados alternativos no sólo deja dividendos para quienes realizan estas tareas, sino también les permite tener relaciones que, a la larga, les darán ciertos beneficios.

Para La Maestra, doña Eva y muchos de los defensores acérrimos de la propuesta agroecológica afiliados a UC o a Campesino, la producción agroecológica no es su principal fuente de ingresos, además, cuentan con recursos para contratar mano de obra para el trabajo en sus parcelas. No obstante, observamos que entre ellos hay diferencias marcadas por el acceso a recursos que les permitan dedicarse de tiempo completo a esta actividad y, en un tiempo cercano, obtener ganancias por su producción. Cabe preguntarse cómo viven esta “diferencia”

aquellos individuos, como don Eugenio, para quienes involucrarse en UC no ha resultado en una mejora socioeconómica. Considero fundamental tomar en cuenta las desigualdades entre los miembros de UC y, como lo han anotado Macip y Zamora (2012: 82), analizar qué grados de poder e institucionalización tienen y qué intereses o agendas representan

Por otro lado, a partir de lo documentado en esta tipología podemos preguntarnos hasta dónde la producción agroecológica y las organizaciones que la gestionan responden al planteamiento de Hegel (1987) de que el carácter de “familia universal” de la sociedad civil permite que esta se ocupe del progreso de la población y garantice los fines e intereses particulares. A contracorriente de esta aseveración, observamos en la tipología la reproducción de desigualdades entre los productores, que están enraizadas en la sociedad dominante y de la que estas organizaciones no son ajenas. En el siguiente apartado, con el fin de seguir evidenciando estas desigualdades, documento la relación entre UC y organismos financiadores como la Fundación Interamericana (IAF) y la Universidad de British Columbia (UBC).

IV. 2 Entendiendo la diferencia dentro de la diferencia

Con la frase de Bateson (citado en Larsen y Brockington, 2018: 2) que da título a este apartado, Larsen y Brockington inician su crítica al conservacionismo. Los autores anotan que, a contracorriente de lo que se ha planteado, el conservacionismo es neoliberal y está ligado a los intereses del mercado. En sintonía con estos autores, podemos decir que la conservación es el desarrollo disfrazado de verde. Recordemos que uno de los objetivos de las organizaciones agroecológicas es precisamente el cuidado, “la conservación” de la naturaleza y la salud, que reiteradamente expresan sus afiliados. Este objetivo es uno de los puntales para establecer una diferencia entre “ellos”, interesados por la madre tierra, y los “otros”, para quienes esos temas no están en su interés. Estos grupos agroecológicos se proponen diferenciarse de los agricultores convencionales con el objetivo de lograr “el buen vivir”, que para los involucrados

pareciera reducirse al cuidado de su salud y el medio ambiente y, con ello, satisfacer sus intereses.

Larsen y Brockington (2018: 8, 25) señalan que estas organizaciones, en sus inicios, tomaban una postura combativa contra el capitalismo, al que veían como el causante del declive de la biodiversidad. Actualmente, se mueven en dirección de colaboración con el capitalismo a fin de resolver los problemas de manera conjunta. Así, dicen los autores, lo importante para estas organizaciones es cumplir con los objetivos de los proyectos que les presentan las financiadoras, aunque no concuerden ideológicamente con ellos. A estos acuerdos Larsen y Brockington (2018) los denominan la narrativa de “*Dirty Harry*”, que, en palabras llanas, puede interpretarse como “un mal menor para lograr un bien mayor”.

Desde esta perspectiva, la conservación requiere *engagement*, que para Larsen y Brockington refiere al compromiso de productores y financiadoras, recursos y soluciones positivas y, por ello, es necesario incrementar los fondos en el mundo de la conservación. Mientras unas organizaciones de productores agroecológicos quedan atrapadas en una “utopía verde”, las *Dirty Harry* de la conservación se ensucian las manos, manejan grandes presupuestos y establecen relaciones positivas con el gobierno y con la industria (Larsen y Brockington, 2018: 28). Considero que las organizaciones de productores agroecológicos tlaxcaltecas analizadas en esta tesis están atrapadas en esa “utopía verde” que refieren los autores. Pero no como una decisión para lograr el conservacionismo, sino como resultado de la escasez de recursos de diverso tipo, tal como veremos en los siguientes apartados.

“A los inversionistas hay que hablarles con números, con datos”

En agosto de 2022 volví a Tlaxcala con el objetivo de afinar algunos detalles de mi información. En el reencuentro con los miembros de UC me sugirieron que asistiera a una asamblea extraordinaria que se realizaría la siguiente semana en casa de don Samuel, donde

discutirían los convenios con Campesino y La Colmena y cómo se presentarían los avances de *LiteFarm* ante el técnico de soporte. En la reunión se discutieron, entre otros puntos, los problemas para el uso de la plataforma. Se dijo que estos problemas se relacionan con indicadores agroecológicos que se arrastran desde el Encuentro Campesino en Brasil (cfr. Capítulo I).

Más allá del tema de los indicadores, en Tlaxcala se han detectado las siguientes dificultades: aunque UBC proporcionó a los productores un teléfono celular de la marca *Apple*, que es compatible con la plataforma, y los subsidió con una recarga de 20 pesos para acceder a internet, tuvieron problemas para usar la plataforma, lo que trajo como consecuencia que sus resultados se subieran fuera de tiempo y de forma incorrecta. Se dijo que esto se debía a que la mayor parte de los productores y los capacitadores no sabían usar la plataforma. Ante lo cual se propuso que Bruno Smith, técnico de soporte de la UBC, organizara una reunión para resolver las dudas de los capacitadores de UC y Campesino. La reunión se llevaría a cabo un lunes en Hueyotlipan en la sede de Campesino y habría representantes de UC, Campesino y La Colmena, que expondrían sus dudas a Bruno.

El lunes 16 de agosto se llevó a cabo la reunión propuesta con Bruno. Luego de las presentaciones de Luis Carlos y Rafael sobre el trabajo de Campesino y UC, Bruno expuso datos generales sobre *LiteFarm*. Dijo que la plataforma tiene presencia en 104 países, 1,200 granjas y, aproximadamente, 2,500 usuarios, la mayoría distribuidos en Europa y Norteamérica (Canadá, Estados Unidos y México) y que su objetivo es llegar a 10,000 usuarios en 2023. Señaló que en la plataforma se puede crear un plan de cultivo; anotar gastos y ventas; asignar tareas como siembra, cosecha o desyerbe; indicar roles de los usuarios de la granja; ver procesos de certificación; conectarse con otros productores; agregar cultivos o semillas a la base de datos y hacer un mapa de las parcelas vía GPS.

No obstante que el objetivo de Bruno era responder dudas sobre el uso de la plataforma de la manera más amplia posible, gran parte del tiempo lo dedicó a explicar cómo iniciar una sesión desde el navegador y cómo realizar el mapa virtual de la parcela, imprimirlo y guardarlo. Como podemos observar, los problemas de productores y capacitadores se refieren a funciones básicas para el dominio de *LiteFarm*, que desde agosto de 2021 se han intentado resolver. A nuestro parecer, estos problemas son resultado del “analfabetismo tecnológico” de usuarios y capacitadores tlaxcaltecas de la plataforma *LiteFarm*.

El idioma y la distancia son otros problemas más. Como recordamos, UBC, creadora de *LiteFarm*, es una universidad canadiense, por lo que las primeras reuniones fueron virtuales y requirieron de un traductor inglés-español. Durante las pruebas del proyecto piloto fui testigo de las dificultades con las que se toparon los capacitadores ante la incomprensión de la guía escrita en inglés, en algunas ocasiones decidí hacerla de traductor para paliar el problema. A esto se agrega el uso de términos especializados como “área natural protegida” o “zonas silvestres” que no son de uso cotidiano entre los productores y capacitadores y de los cuales hay una diversidad de comprensión. Además, la plataforma utiliza la unidad de medida de kilos y toneladas, sin tomar en consideración que los productores de hortalizas usan las medidas de mazos o piezas.

Ante los problemas externados tanto por capacitadores como por productores tlaxcaltecas que han utilizado la plataforma de *LiteFarm*, me pregunto: ¿Cuál es la urgencia de que los productores tlaxcaltecas usen una plataforma de internet? De acuerdo con los promotores de *LiteFarm*, como Luis Carlos o Rodolfo, la plataforma permitiría agilizar las certificaciones agroecológicas, inclusive, quitar las visitas de verificación porque los datos están en la plataforma. Para ellos, *LiteFarm* representa la oportunidad de respaldar y defender el trabajo de la agroecología con datos duros. Argumentan que, con la plataforma, podrían convencer a otros productores de las ventajas de la agroecología en el uso de suelo, la cosecha,

la producción de semillas o el fertilizante agroecológico supermagro. Según Rodolfo, “esa es la manera en la que progresará la agroecología ya que a los inversionistas hay que hablarles con números, con datos”.

A decir de Luis Carlos y Rodolfo, a lo largo de su historia Campesino ha capacitado en técnicas agroecológicas a más 5,100 agricultores tlaxcaltecas, en no pocas ocasiones por instrucción de autoridades gubernamentales. Además, apoyó a sus afiliados para la construcción de sistemas de captación de agua de lluvia, tal fue el caso del contenedor de “ferrocemento” de 33,000 litros de capacidad. El 50% del financiamiento para esta obra fue gestionado por la organización, el resto fue pagado por los agricultores. A pesar de los muchos obstáculos con los que Campesino se enfrenta para hacerse de recursos y continuar con sus operaciones, tal como hemos observado en el caso de *LiteFarm*, sus líderes manifiestan gran interés por conseguir apoyos para no “morir en el intento”. En este sentido, para promotores de la agroecología y líderes de las organizaciones el financiamiento extranjero resulta vital para continuar con este proyecto.

Como hemos podido observar, tanto organismos internacionales como los propios líderes de las organizaciones de productores agroecológicos consideran que los problemas de los productores pueden resolverse a partir del uso de paquetes electrónicos, sin tomar en consideración las condiciones reales de las poblaciones. Esto me lleva a recordar mis primeros acercamientos con UC en el verano de 2018. Entonces, los líderes de esta organización, ante mi llamado de atención sobre los errores encontrados en los formatos y planes de manejo de los afiliados a esta organización, respondieron que ya se habían percatado de ellos y que estaban en vías de resolverlos. Igual que los organismos internacionales, consideraban que el poco avance en el proyecto agroecológico se debía a esos problemas.

Antes de terminar este apartado, considero importante señalar qué piensan los productores al respecto. Don Pepe, La Maestra y don Eugenio reconocen que han obtenido

beneficios por pertenecer a Campesino, pero no dejan de manifestar su disgusto por la forma como se gestionan los recursos. Al respecto, me asalta una pregunta: ¿quiénes son los verdaderos beneficiarios de la propuesta agroecológica en un contexto como el tlaxcalteca que se caracteriza por la extrema pobreza de sus habitantes? ¿Son los líderes y promotores quienes resultan finalmente beneficiados de la gestión de productores y recursos?

“La llave de la financiación”

Una mañana de julio de 2021, mientras esperábamos la combi que nos llevaría al centro de Tlaxcala, después de que don Samuel dio una capacitación sobre el uso de la plataforma de *LiteFarm*, dijo que este tipo de proyectos “son la llave para la financiación”, es decir, para conseguir recursos. Ante el comentario, le pregunté cuáles eran los criterios para seleccionar qué productores podían participar en el proyecto. A lo que don Samuel respondió: “son personas con amplia experiencia en la agroecología, con voluntad y actitud de participar”.

Frente al primer comentario de don Samuel puedo pensar que, no obstante los diversos problemas con los que UC y Campesino se topan para “bajar el recurso”, por ejemplo, que el apoyo sea menor al esperado, que las organizaciones agroecológicas terminen supeditando sus intereses a las decisiones de las financiadoras o, en el mejor de los casos, que sus objetivos empaten con los de las financiadoras, el destino de estas organizaciones está totalmente atado a los intereses de organismos internacionales o nacionales y, en ocasiones, a programas gubernamentales.

Respecto al segundo comentario puedo afirmar que no corresponde del todo con la realidad. He observado que algunos de quienes han sido seleccionados para participar en el proyecto *LiteFarm* no se han dedicado nunca a la producción agrícola o lo han hecho de manera esporádica. Son aquellos que han invertido ahorros, pensiones y liquidaciones en la compra de parcelas para dedicarlas a la producción agroecológica utilizando fuerza de trabajo asalariada.

Son defensores apasionados de la agroecología a la que consideran buena para su salud y el medio ambiente, por lo que “tienen voluntad y actitud para participar en el proyecto”. A diferencia de ellos, aquellos que han hecho de la actividad agrícola su forma de vida y a pesar de haberse involucrado en la producción agroecológica como una más de las vías para hacerse de recursos, dedican la mayor parte de sus tierras a la producción convencional, están fuera del proyecto *LiteFarm* al considerarse que “carecen de voluntad y actitud”.

Los comentarios de don Samuel me han servido para evidenciar, una vez más, la diferencia de la diferencia que observo al interior de UC y Campesino. Como hemos señalado, quienes pueden dedicarse de tiempo completo a la producción agroecológica son aquellos que cuentan con recursos que les permiten no depender de esta producción y pagar trabajadores. Al respecto, Jaffe (2007: 118, 121-122) señala que la alta exigencia en la calidad de la mercancía impuesta a los productores agroecológicos requiere un mayor gasto en mano de obra. En ocasiones el pago por la contratación de este trabajo dice el autor, puede derivar en un gasto del 58% de las ganancias de todo un año de trabajo, como es el caso de la caficultura que documenta. Entre los miembros de UC esta situación no es diferente. Tal es el caso de La Maestra, quien utiliza temporalmente fuerza de trabajo asalariada con el objetivo de disminuir su carga de trabajo en la parcela y cumplir con los requerimientos impuestos por la organización. Para cerrar este apartado, a continuación, refiero los casos de cuatro personas que trabajan para La Maestra.

Jorge y Lucia trabajan para La Maestra desde 2012. Jorge nació en un pueblo cercano a Zacatlán de las Manzanas, Puebla. Tiene aproximadamente 33 años de edad, estudió hasta la secundaria y está casado con Lucía. En agosto de 2021, cuando lo conocí, ocupaba la cabaña de La Maestra con su esposa. Jorge y Lucía se ocupan en labores de deshierbe, siembra y cosecha. “Cuando el trabajo se le junta a La Maestra nos llama y nos contrata por cuatro días durante algunas semanas”, dice Jorge. Les paga 250 pesos al día a cada uno y les da hospedaje

y comida. Jorge tiene un pequeño huerto y una parcela en Zacatlán, donde siembra árboles frutales y maíz ecológico. Pude percatarme que La Maestra ha hecho una labor de convencimiento con Jorge sobre los beneficios de la agroecología para la salud y el planeta, discurso al que Jorge alude reiteradamente. Jorge también se contrata como albañil cuando “me llaman para trabajar en grandes obras en otros lugares del país. Trabajé en Sinaloa, en el fraccionamiento Tres Ríos, en Nayarit y en Guadalajara”.

No obstante, la aparente buena relación de La Maestra con Jorge y Lucía, ella se queja de que en ocasiones “ellos no terminan el trabajo que les encomienda porque salen mucho del municipio y, además, no hacen bien el trabajo”. Por eso, contrata a don Mario y a su nieto Jared para distintos tipos de tareas, como pasar la cultivadora o la yunta. Don Mario es originario de Xaltocan, Tlaxcala, tiene 60 años de edad. Jared tiene 19 años de edad y también es originario de Xaltocan, donde vive con su esposa y su hijo en casa de sus padres. No terminó sus estudios de preparatoria porque se casó y tuvo un hijo. La Maestra le ofreció a Jared su cabaña para que fuera con su familia y trabajara sus tierras, pero él no aceptó. Puedo suponer que su negativa se relaciona con la fuerte carga de trabajo y la poca paga que recibe. Además, Jared considera que para él el trabajo agrícola es una más de las actividades que tiene que hacer para mantener a su familia, pero “es mejor si encuentro otro trabajo”.

Como lo hemos observado en la tipología solo algunos de los productores agroecológicos utilizan mano de obra asalariada, son quienes no dependen de los ingresos que genera la venta de esta producción. Ellos son presentados como “la vanguardia” ante organismos financiadores como la IAF o la UBC (cfr. Introducción de este capítulo). Estoy convencido de que sin el uso de fuerza de trabajo asalariada la producción de estos individuos no alcanzaría los estándares requeridos por esos organismos y ellos no serían considerados como “la vanguardia”, como “productores modelo” de las organizaciones a las que pertenecen.

Conclusiones

En acuerdo con Edelman (1999: 9), puedo decir que organizaciones de la sociedad civil, como las de productores agroecológicos aquí analizadas, son vistas por sus afiliados, académicos y promotores como una panacea que curará los problemas traídos por las políticas desarrollistas puestas en marcha en las zonas rurales en décadas pasadas. Desde esta perspectiva, promotores de la agroecología en Tlaxcala afirman que, aunque la agroecología podría ayudar a los productores, “la gente no quiere salirse de su zona de confort” o que muchos de quienes se adhieren a la propuesta agroecológica “entran más por conveniencia que por convicción”.

Contrario a estos supuestos, a partir de mi experiencia de campo, puedo decir que la completa transición a la agroecología implica una inversión tanto en tiempo como en recursos monetarios y de otro tipo que muchos productores no pueden o no están dispuestos a hacer, a pesar de los supuestos beneficios que este proyecto les podría acarrear. A esto se suma la burocracia que se ha gestado dentro de las organizaciones de productores y comerciantes agroecológicos, que ya hemos referido.

Como hemos documentado en este capítulo, la mayoría de los afiliados a estas organizaciones no cuentan con los recursos para dedicarse de tiempo completo a la agroecología. Para ellos, a diferencia de la “vanguardia”, la agroecología es una más de las actividades que realizan para “completar el gasto de la casa”. Ellos, desde la perspectiva de promotores, líderes y convencidos, no “tienen voluntad y actitud para participar en el proyecto”, lo que explicaría su “fracaso”.

La familia Casteñada, vecina de La Maestra, ilustra el caso de aquellos que no están dispuestos a reconvertirse en productores agroecológicos, a pesar de tener los recursos para hacerlo. Esta familia posee 35 hectáreas, muy por encima del promedio estatal, donde siembran trigo y maíz utilizando agroquímicos y semillas transgénicas. A pesar de los grandes esfuerzos de La Maestra por convencerlos para que se conviertan a la agroecología y así mejorar la

mermada salud del jefe de la familia, los Castañeda consideran que la producción agroecológica no rinde los beneficios esperados, como sí sucede con la producción convencional que, “además de dar para el gasto de la casa, nos da dinero”.

Collin y Molina (2009: s/p) han señalado que las organizaciones de la sociedad civil en Tlaxcala pese a sus esfuerzos para lograr el desarrollo en comunidades rurales han tenido efectos limitados. No obstante, han logrado frutos en otros ámbitos, uno de ellos la política. Según los autores, estas organizaciones funcionan como un “amortiguador” entre la esfera política y la esfera social, dadas las crecientes diferencias socioeconómicas prevalecientes y transitan entre ambas. Estas organizaciones además de realizar acciones ecológicas, promoción cultural, gestión social y de generar empleo entre sus afiliados, se han convertido en un trampolín político. En este sentido, los autores (Collin y Molina, 2009) anotan que este tipo de organizaciones de la sociedad civil, especialmente las establecidas en los años 90, se constituyen y operan como intermediarios o gestores ante y de las dependencias gubernamentales. Collin y Molina (2009) destacan la tendencia de las organizaciones a transitar entre la esfera autónoma de la sociedad civil y los proyectos sociales a la esfera política.

En esta línea de reflexión vale la pena recordar la queja de La Maestra y don Eugenio sobre la gestión de los recursos. Pareciera que son los líderes y promotores de estas organizaciones y los intermediarios entre productores y mercados alternativos quienes resultan mayormente beneficiados por esta propuesta. Y no sólo me refiero a dividendos monetarios, como lo he señalado estos beneficios también se relacionan con la posibilidad de hacerse de redes políticas, comerciales o con representantes de organismos internacionales, por solo citar las más destacadas, que a la larga pueden serles útiles para sus intereses particulares.

Finalmente, me pregunto por qué obligar a gente que ha dedicado su vida a la actividad agrícola a usar una plataforma para hacer cosas que ellos han aprendido desde su niñez con sus mayores. En este sentido, puedo afirmar que esa “constante innovación” a la que estas

organizaciones y la “vanguardia” están dispuestas a someterse está relacionada con el interés de obtener recursos por parte de promotores y líderes y con los intereses nada claros de organismos internacionales y que nada tiene que ver con las necesidades de los pequeños productores.

Conclusiones

A partir del estudio de caso de organizaciones agroecológicas de productores y comercializadores del estado de Tlaxcala, en esta tesis me propuse documentar los procesos de exclusión y las desigualdades observados al interior de esas organizaciones, que se autodefinen como parte de la sociedad civil. Por esto último, consideré necesario hacer una rápida revisión del curso del concepto de sociedad civil desde sus orígenes en el pensamiento hegeliano hasta su acepción contemporánea. Hegel (1987) concibió a la sociedad civil como un espacio por antonomasia de lo privado y lo individual en oposición a lo público, que es propio del Estado. Para el filósofo alemán la sociedad civil constituye una experiencia de la burguesía, mientras el resto de la sociedad la experimenta sólo como una relación que en un determinado momento le puede ser útil.

Durante casi un siglo el concepto de sociedad civil fue dejado de lado en la discusión sobre la relación de la población con el Estado. Es en la segunda mitad del siglo pasado cuando se ubica su reemergencia en el contexto de movimientos sociales de diverso cuño: el movimiento de los trabajadores de los astilleros polacos; la nueva izquierda francesa; los verdes alemanes; la nueva izquierda democrática latinoamericana. En México la categoría de sociedad civil pronto encuentra acomodo en el escenario de la puesta en marcha de políticas de corte neoliberal que dejaron a la deriva a cientos de miles de habitantes, especialmente en las zonas rurales, donde las organizaciones de la sociedad civil se convirtieron en mediadoras entre agencias internacionales y gubernamentales y las comunidades receptoras de apoyos. Se ha dicho (Olvera, 2003; 2022; entre otros) que en nuestros días la sociedad civil se ha reducido en buena medida a las acciones que llevan a cabo organizaciones civiles o no gubernamentales.

Partiendo de la premisa de que la agroecología no sólo ha sido una respuesta a la reestructuración neoliberal, sino también a los estragos dejados por la Revolución Verde, me di a la tarea de revisar los objetivos de esta propuesta internacional iniciada al término de la

Segunda Guerra Mundial y documenté las consecuencias de su aplicación en México. Diversos autores han señalado que, aunque la producción de alimentos en nuestro país aumentó significativamente durante los años en que la Revolución Verde fue implementada, sus beneficios fueron desiguales. Mientras los grandes productores comerciales se vieron grandemente favorecidos, los pequeños y medianos productores no tuvieron a su alcance capital e infraestructura para tomar ventaja de las tecnologías, fertilizantes y semillas mejoradas ofrecidas por este proyecto (De Gortari, 2020; Astier *et al*, 2015; Gliessman, 2013; Harwood, 2009; López Sierra, 1989). Además, al favorecer el monocultivo, se golpeó fuertemente la agricultura sustentable, especialmente en el centro y sur de México (Cerutti, 2019).

La agroecología surgió en nuestro país en los años 70 como una práctica y un movimiento ante los devastadores efectos de la Revolución Verde. Desde esta propuesta se ha intentado revitalizar los conocimientos de los pueblos mesoamericanos y andinos con el propósito de lograr la soberanía alimentaria y la sustentabilidad de los pequeños y medianos productores. Dos décadas más tarde, en los años 90, con el aliento de destacados académicos, surgieron organizaciones de productores y comercializadores agroecológicos en un intento por restablecer la soberanía alimentaria nacional y la sustentabilidad de pequeños y medianos agricultores, perdidas a la luz de la puesta en marcha de políticas neoliberales.

Estas organizaciones se han valido de la promoción de sus productos como orgánicos, locales y socialmente responsables, cuyo “consumo responsable” pretende resolver la destrucción del ambiente y rescatar los “saberes” y “tradiciones” indígenas y campesinos. A esto han sumado la propuesta del “comercio justo” con la creación de “mercados alternativos”. En acuerdo con Fraser (2020), Zamora (2010) y Macip (2007), podemos decir que las organizaciones de productores agroecológicos ligadas al comercio justo no buscan resistir al dominio del mercado y del Estado. Más que resistir, estas organizaciones intentan su armonización con valores posmodernos como multiculturalismo y neoliberalismo. En este

sentido, buscan la inserción de sus miembros en la sociedad dominante vía “canales alternativos de mercado”. En suma, al no tomar en cuenta las condiciones históricas y estructurales que han transformado la producción de alimentos a nivel global a partir de la Revolución Verde, estos grupos no han logrado la autonomía del Estado ni del mercado dominante.

En mi trabajo de campo pude corroborar que los productores están a merced de organismos internacionales, del Estado y del mercado dominante. Esto último se relaciona con el hecho de que el intermediarismo que se ha intentado erradicar con la creación de mercados alternativos no se ha podido erradicar, los propios promotores de la agroecología señalan la casi imposibilidad de lograrlo. Estos mercados aglutinan a un número reducido de productores agroecológicos tlaxcaltecas que comercializan pequeñas cantidades. Más de la mitad de esta producción termina en manos de intermediarios y medianas o grandes comercializadoras o de restaurantes y panaderías que satisfacen la demanda de una clase media urbana interesada en el cuidado de la salud y el medio ambiente.

Por otro lado, en mi interés por develar el conflicto y las desigualdades al interior de estas organizaciones, pude desentrañar prácticas que abonan a relaciones asimétricas entre los miembros de las organizaciones. Destaca el papel de líderes y promotores que acceden a recursos a partir de información y relaciones con organismos y académicos, lo que los posiciona favorablemente respecto al resto de los afiliados. Respecto a los beneficios que estos sujetos obtienen de sus actividades, Collin y Molina (2009: s/p) han señalado que las organizaciones de la sociedad civil en Tlaxcala, pese a sus esfuerzos para lograr el desarrollo en comunidades rurales, han tenido efectos limitados. No obstante, han logrado frutos en otros ámbitos, uno de ellos la política.

Según Collin y Molina (2009), estas organizaciones funcionan como un “amortiguador” entre la esfera política y la esfera social y transitan entre ambas, dadas las crecientes diferencias socioeconómicas prevalecientes. Estas organizaciones además de realizar acciones ecológicas,

promoción cultural, gestoría social y de generar empleo entre sus afiliados, se han convertido en un trampolín político. En este sentido, los autores (Collin y Molina, 2009) anotan que este tipo de organizaciones de la sociedad civil, especialmente las establecidas en los años 90, se constituyen y operan como intermediarios o gestores ante y de las dependencias gubernamentales. También destacan la tendencia de las organizaciones a transitar entre la esfera autónoma de la sociedad civil y los proyectos sociales a la esfera política.

Siguiendo a Pitarch, puedo plantear que líderes, promotores y académicos practican la ventriloquía, es decir, hablan a través del otro. El autor (Pitarch, 2005: 204) señala que para que el efecto de la ventriloquía sea políticamente útil requiere el uso de una imagen estereotipada del indio que pueda ser fácilmente reconocida y no presente señales contradictorias. Parafraseando a Pitarch (2005), podemos decir que, sin importar las organizaciones agroecológicas, la actividad de la ventriloquía requiere la creación de la categoría de “productores agroecológicos”. Al respecto, Zamora (2010: 202) anota que estas organizaciones de la sociedad civil determinan identidades y acciones de sus miembros o beneficiarios en busca de su inserción en la sociedad dominante.

Por otro lado, en trabajo de campo observé que la completa transición a la agroecología implica una inversión tanto en tiempo como en recursos monetarios y de diverso tipo que solo un puñado de productores están dispuestos a poner en juego. Esto está relacionado con los desiguales recursos con los que los productores se inician en estas organizaciones, lo que coadyuva a marcadas desigualdades. Pude ubicar a productores que no dependen de la agroecología para su sobrevivencia. Quienes están jubilados y gozan de una pensión o aquellos que tienen un empleo estable pueden responder a las exigencias de esta propuesta y, además, lidiar con la burocracia que se ha gestado dentro de las organizaciones de productores y comerciantes agroecológicos. A pesar de que algunos de ellos nunca se habían dedicado a

actividades agrícolas, son reconocidos como la “vanguardia” por las organizaciones cuando se presentan informes de resultados ante financiadoras internacionales (Bernstein, 2014).

A diferencia de este grupo, la mayoría de los afiliados a estas organizaciones no pueden responder a esas demandas. Su sobrevivencia depende de la producción en tierras de temporal de baja productividad para el autoconsumo y del empleo asalariado. Sus hogares viven en una perenne precariedad, por ello ven a la agroecología como una más de las actividades que realizan para “completar el gasto de la casa”. A decir de promotores, líderes y defensores recalcitrantes de esta propuesta, estos sujetos no “tienen voluntad y actitud para participar en el proyecto”, lo que explica su “fracaso”. La imposibilidad de estos productores para transitar de manera completa a la agroecología puede explicarse por

[...] la mercantilización de la subsistencia en el capitalismo, la transformación de los campesinos en pequeños productores de mercancías, la consecuente internalización de las relaciones mercantiles en la reproducción de los hogares rurales y las inherentes tendencias a la diferenciación de la pequeña producción de mercancías, [...porque] la producción agrícola sea la única y principal base de la reproducción de los hogares o combinada con otras actividades -en otras ramas de la pequeña producción (incluida la artesanal y los servicios)- y/o, más importante, la venta de fuerza de trabajo. Otras dinámicas cercanamente relacionadas son la ubicuidad de los ingresos fuera de la producción agrícola de todas las clases de productores (aunque típicamente de diferentes fuentes y para diferentes propósitos de acuerdo a la clase) -la llamada pluriactividad- y de mercados rurales de trabajo de los cuales muchos productores agrícolas dependen [...]. (Bernstein, 2014: 1044) (traducción mía).

En esta tesis mi interés se ha centrado en el análisis de las transformaciones que se han observado en las zonas rurales de México en las últimas décadas. En esos territorios donde ha habitado uno de los sujetos privilegiados de la antropología: el campesino, hoy reconocido desde otras identidades, entre ellas, el de “productor agroecológico”. Este nuevo sujeto fue creado por organizaciones de la sociedad civil en su afán por enfrentar la gran crisis del

campesinado acaecida desde los años 80 a la luz de la reestructuración y privatización del México rural.

Asimismo, en mi propósito de documentar el acceso a los recursos que organismos internacionales e instancias del gobierno mexicano ponen al alcance de organizaciones agroecológicas de productores y comercializadores, me topé con marcadas desigualdades entre líderes, promotores y los productores mismos. No ha sido mi intención denostar la labor y el trabajo de quienes encabezan esta propuesta. No niego su buena fe. Pero tampoco puedo ser omiso ante las contradicciones y los fracasos entre pequeños, quizás minúsculos, productores, que han apostado a la agroecología para enfrentar la severa crisis que agobia a sus hogares. Uno más de mis objetivos fue contribuir al estudio desde la antropología de las poblaciones rurales y al análisis crítico de la agroecología. Sólo espero haberlo logrado, aunque sea en cierta medida.

Bibliografía

- Acosta, A. (2015). El buen vivir como alternativa al desarrollo. *Política y Sociedad* 52, no. 2: 229-330.
- Altieri, M y Toledo, V. (2010). La revolución agroecológica de América Latina: Rescatar a la naturaleza, asegurar la soberanía alimentaria y empoderar al campesinado. *CLACSO. ILSA*. 42: 163-197.
- Altieri, M. (2015). Breve reseña sobre los orígenes y evolución de la Agroecología en América Latina. *Agroecología*. 10 (2): 7-8.
- Appendini, K. (1992). La “modernización” en el campo y el futuro del campesinado: iniciamos debate de “los noventa”. *Estudios Sociológicos X*, volumen 29: 251-262.
- Astier, C. M. *et al.* (2015) Historia de la agroecología en México. *Agroecología*, 10 (2): 9-17
- Bartra, R. y Otero, G. (1988). Crisis agraria y diferenciación social en México. *Revista Mexicana de Sociología*, Volumen 50: 13-49.
- Bernstein, H. (2014). Food sovereignty via the “peasant way”: a sceptical view. *The Journal of Peasants Studies*, 41, 6: 1031-1063.
- Calderón Aragón, G y Ramírez Velázquez, Blanca R. (2002) De campesino yuntero a jornalero: neoliberalismo y “desarrollo en el campo mexicano”. En J.A. Segrelles (editor), *Agricultura y espacio rural en Latinoamérica y España: posibilidades y riesgos ante la mundialización de la economía* (pp. 265-322). Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Carrier, J. (2016). *After the Crisis. Anthropological thought, neoliberalism and the aftermath*. New York: Routledge.
- Cerutti, M. (2019). Trigo y revolución verde en el noroeste de México (1930-1970). *Mundo Agrario*, Vol. 20 (43): 2-21.
- Chandhoke, N. (2002). The Limits of Global Society. En M. Glasius, M. Kaldor y H. Anhejer (eds.), *Global Civil Society* (pp.35-53). Oxford: Oxford University Press. Recuperado el 19 de noviembre de 2020 de http://www.lead.colmex.mx/docs/s4/02_sociedad%20civil%20y%20ONG/CHANDHOKE_the%20limits%20of%20global%20civil%20society.pdf
- Chatterjee, P. (2011). La política de los gobernados. *Revista Colombiana de Antropología*, 47: 199-231.
- Cohen J y Arato, A. (2000). *Sociedad Civil y Teoría Política*. México: FCE.

- Collin, L. (2019). Mercados alternativos: recuperar la economía local. En *¿Formas alternativas de trabajo en el mundo globalizado?* (pp. 341-380) Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Collin, L. y Molina, R. (2009). Las Organizaciones de la Sociedad Civil en México: de la invisibilidad al protagonismo. Recuperado el 17 de noviembre de 2022 de <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.47723>
- Comaroff, J y Comaroff, L. (2001). First Thoughts on a Second Coming. En *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism* (pp. 1-57). Durham & Londres: Duke University Press.
- De Gortari, R. (2020). De la Revolución Verde a la agricultura sustentable en México. *Nueva Antropología*, 33, (92): 66-86.
- Edelman, M. (1999). *Peasants Against Globalization. Rural Social Movements in Costa Rica*. Stanford: Stanford University Press.
- Escalona, M.A. (2010). Los tianguis y mercados locales de alimentos ecológicos en México: su papel en el consumo, la producción y la conservación de la biodiversidad y cultura. Tesis de doctorado presentada en Universidad de Córdoba.
- Fitting, E. (2006). The political uses of culture: Maize production and the GM corn debates in Mexico. *Focaal*, 48, 17–34. Recuperado el 19 de noviembre de 2020 de <https://doi.org.udlap.idm.oclc.org/10.3167/092012906780646307>
- Fournier, S y Muchnik, J. (2012). El enfoque “SIAL” (Sistemas Agroalimentarios Localizados) y la activación de recursos territoriales. *Agroalimentaria*, vol 18, núm. 34: 133-144.
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la Izquierda*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fundación Interamericana. (2014). *Fundación Interamericana 2014 en resumen*. Washington, D.C.
- Gliessman, S. (2013). Agroecología: Plantando las Raíces de la Resistencia. *Agroecología*. 8 (2): 19-26.
- González A. (2011). Mercados Alternativos Locales frente al sistema agroalimentario global. *Revista Lider*, (19), 13: 39-56.
- Harwood, J (2009). Peasant Friendly Plant Breeding and the Early Years of the Green Revolution in Mexico. *Agricultural History*, no.3: 384-410.
- Hegel, W. F. (1987). Sociedad Civil. En *Filosofía del Derecho* (pp. 173-209). Buenos Aires: Editorial Claridad.

- Hernández Castillo, R. A. y Gutiérrez Alfonso, C. (2000). *Los Mames: Éxodo y Renacimiento. Vaivén para Ser Historia*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- Hernández, M. (2017) Impactos del cambio climático en la distribución potencial del maíz nativo en Tlaxcala, México. En *Fondo Sectorial de Investigación Ambiental Semarnat - Conacyt. 1 y 2 de junio de 2017* (pp. 95-98). SEMARNAT-CONACYT.
- Huerta, K y Martínez A. (2018). La revolución verde. *Revista Iberoamericana de Bioeconomía y Cambio Climático*, Vol. 4 (8): 1041-1052.
- Jaffe, D. (2007). *Brewing Justice: Fair Trade Coffee, Sustainability and Survival*. Berkeley: University of California Press.
- Larsen, P & Brockington, D. (2018). *The anthropology of Conservation NGOs: Rethinking the Boundaries*. Suiza: Palgrave.
- Lazos, E. (2014). Consideraciones socioeconómicas y culturales en la controvertida introducción del maíz transgénico: el caso de Tlaxcala. *Sociológica*, 29, número 83: 201-140.
- López Sierra, P. (1989). Notas sobre los caminos de la Revolución Verde. En *Historia de la cuestión agraria mexicana. Política estatal y conflictos agrarios 1950-1970* (pp. 96-102). México: Siglo XXI editores.
- Macip Ríos, R. F. (2005). *Somos un país de peones: café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz*. Puebla, México: ICSYH, BUAP.
- Macip, R y Zamora, C. (2012). “If we work in conservation money will flow our way”: hegemony and duplicity on the coast of Oaxaca, México. *Dialectical Anthropology*, 36 (1-2): 71-87
- Macip, R. (2007). Límites de la Alternativa: Café, Virtuosismo Campesino y Comercio Justo en la Opción Preferencial por la Pobreza. *Mirada Antropológica, Nueva época* no. 6: 214-231.
- Martins, P. (2001). Introduction. En *Slow Food. Collected Thoughts on Taste, Tradition and _The Honest Pleasures of Food*. Vermont: Chelsea Green Publishing Company.
- Melgar, G. (2017). Aportaciones de la Antropología al estudio de la relación del hombre-medio y la producción agrícola. *Universitas*, XV, 26: 87-108.
- Missio, M. (2020). Agroecología y mercados alternativos. Intermediación solidaria en la experiencia de mercado territorial (marzo - diciembre de 2020). *Estudios Rurales*, 11 (24): s.p.f.
- Monachon, D. (2017). *Redes Alimentarias Alternativas. Nuevos compromisos políticos y sociales. Un estudio comparativo franco-mexicano*. Tesis de doctorado presentada en

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Ciudad de México.

- Murray, L (2009). To Make Live or Let Die? Rural Dispossession and the Protection of Surplus Populations. *Antipode* Vol. 41 No. S1: 66–93
- Narotzky, S & Smith, G. (2006) *Immediate Struggles. People, Power and Place in Rural Spain*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Narotzky, S. (2007). El lado oculto del consumo. *Cuadernos de Antropología Social*, 26: 21-29.
- Nature et Progrès (2009). *El manual práctico de los Sistemas Participativos de Garantía*. Alès Fédération Nature et Progrès.
- Niño, A. (2018). Construcción de mercados alternativos y organización del consumo: una experiencia desde la universidad pública. *Revista de Ciencias Sociales*, 10, 35: 101-115.
- O'Hara, S y Stagl, S. (2001). Global Food Markets and Their Local Alternatives: A Socio-Ecological Economic Perspective. *Population and Environment: A Journal of Interdisciplinary Studies*, 22, 6: 533-554.
- Olvera, A. (2003). *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América latina: México*. México: FCE-UV.
- Olvera, A. (2022). La sociedad civil en México. Una breve historia conceptual. *Desacatos* 69: 12-27.
- Otero, G. (2011). Neoliberal Globalization, NAFTA, and Migration: Mexico's Loss of Food and Labor Sovereignty. *Journal of Poverty*, 15(4): 384-402.
- Otero, G. (2013) El régimen alimentario neoliberal y su crisis: Estado, agroempresas multinacionales y biotecnología. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, volumen. 17: 49-78.
- Peredo, Santiago, Acuña Bárbara y Hurtado, A. (2013). Agroecología y antropología: acercamientos para un encuentro transdisciplinario. Ponencia presentada al VII Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile. Recuperado el 21 de abril de 2021 de <https://www.academica.org/viii.congreso.chileno.de.antropologia/8>
- Pérez, J. y Monachon, D. (2015). La historia del mercado alternativo de Tlaxcala y su resistencia frente al mercado Neoliberal. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, Vol 2: 497-505.
- Pitarch, P. (2007). The political uses of maya medicine. Civil organizations un Chiapas and the ventriloquist effect. *Social Análisis* 51, no. 2, pp. 185-206.

- Renard, M. (1999). Globalización y mercados de calidad: una vía para los pequeños productores. *Cuadernos Agrarios*, nueva época, nos. 17-18: 76-93.
- Roldán, H, Gracia, M y Mier y Terán, M (2018). Los mercados locales alternativos en México y Colombia: resistencia y transformaciones en torno a procesos de certificación. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 15 (82): 1-17.
- Roseberry, W. (1989). Introduction. En *Anthropologies and histories. Essays in Culture, History and Political Economy* (pp. 1-14). New Brunswick: Rutgers University Press
- Roseberry, W. (1996) The Rise of Yuppie Coffee's and the Reimagination of Class in the United States, *American Anthropologists*, no. 4: 762-775.
- Roseberry, W. (2014). *Antropología e historias: ensayos sobre la cultura, historia y economía política*. México: Colegio de Michoacán.
- Rubio, B. (2008). De la crisis hegemónica y financiera a la crisis alimentaria. Impacto sobre el campo mexicano. *Argumentos*, 21(57): 35-52.
- Santana, M. (2011). Los mercados alternativos y la Economía solidaria. *Revista Eletrônica de Ciências Sociais*. 16 (11): 136-146.
- Schewentesius, R. y Gómez, M. (2015). La Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos - Renovando sistemas de abasto de bienes de primera necesidad para pequeños productores y muchos consumidores. *Revista de Ciencias de la Salud*. Research Gate.
- Segato, R. (2018). *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Prometeo. Libros
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama
- Smith, G. (2011). Selective Hegemony and Beyond-Populations with “No Productive Function”: A Framework for Enquiry. *Identities: Global Studies in Culture and Power*. 18: 1: 2-38.
- Torremocha, E. (2011) Sistemas Participativos de Garantía una herramienta clave para la soberanía alimentaria. *Revista Soberanía Alimentaria. Biodiversidad y Culturas*: 8-58.
- Velasco Santos, P. (2014). Repensando el pasado agrícola para entender el presente rural. En Salas H. y Rivermar M. L. (editores), *Nativitas, Tlaxcala. La construcción en el tiempo de un territorio rural* (pp. 115-139). México: UNAM, IIA.
- Warman, A. (2001). *El campo mexicano en el siglo XX*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Wezel, A y Jauneau J. (2011). Agroecology - Interpretations, Approaches and Their Links to Nature, Conservation, Rural Development and Ecotourism. *AGRO* Vol 1: 1-25. Recuperado el 17 de noviembre de 2022 de

https://www.researchgate.net/publication/226601131_Agroecology_-_Interpretations_Approaches_and_Their_Links_to_Nature_Conservation_Rural_Development_and_Ecotourism

- Wezel, A, Francis, C, Bellon, S y Vallod, D. (2009). Agroecology as a science, a movement and a practice. A review. *Agronomy for Sustainable Development*: 1-13 Recuperado el 17 de noviembre de 2022 de https://www.researchgate.net/publication/41699743_Agroecology_as_a_Science_a_Movement_and_a_Practice
- Wolf, E. (2001). *Figurar el Poder. Ideologías de Dominación y Crisis*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- Zagoya, J., López, R. J. y Hernández, M. L. (2017). Política agraria neoliberal: el caso del programa de modernización sustentable de la agricultura tradicional en Tlaxcala. *Revista Mensual de Economía, Sociedad y Cultura*, s/p.
- Zamora, C. (2010). ¡Al son que me toquen bailo!: los efectos del estado y la duplicidad en la instrumentalización del desarrollo sustentable. Cosméticos Naturales de Mazunte, un estudio de caso. En *Perversión y Duplicidad: en torno a la producción de subjetividades del cuerpo político en México* (pp. 199-255). México: ICSYH, BUAP.